

CAMPOAMOR Y CAMPOOSORIO, RAMÓN DE (1817-1901)

*EL DRAMA UNIVERSAL*

ÍNDICE:

JORNADA PRIMERA  
JORNADA SEGUNDA  
JORNADA TERCERA  
JORNADA CUARTA  
JORNADA QUINTA  
JORNADA SEXTA  
JORNADA SÉPTIMA  
JORNADA OCTAVA

JORNADA PRIMERA

PERSONAJES:

SOLEDAD  
JESÚS EL MAGO  
PAZ, madre de  
HONORIO y de  
PALACIANO

Escena I

*La aparición*

SOLEDAD. -HONORIO (oculto). -La sombra de JESÚS EL MAGO.

(El jardín de un convento.)

ARGUMENTO

Soledad, vagando pensativa por el jardín de su convento, ve que sus sueños toman forma real en el vacío, mientras Honorio, oculto entre unas ramas, contempla celoso la aparición de Jesús el Mago.

Sentada en el jardín de su convento  
la hermosa Soledad, soñando un día,  
hasta el cielo elevaba el pensamiento,  
arraigado a la tierra todavía.

Y ardiendo Honorio en inextintas llamas,  
sus hechizos, con furia idolatrados,  
contemplaba escondido entre unas ramas,  
con ojos por las lágrimas quemados.

Ella, soñando en celestial pereza,  
cual toda mente de mujer sin dueño,  
busca ese tipo de ideal belleza  
que flota en sus entrañas como un sueño.

Y cuanto más Honorio la admiraba,  
más se aumentaban sus amantes penas,  
y su sangre a torrentes circulaba,  
como el fuego de un rayo, por sus venas.

Coros de almas errantes parecían  
los ruidos que los céfiros alzaban;  
las sombras que los árboles hacían,  
una vida fantástica imitaban.

Ansiosa de misterios, tiende el vuelo  
del empíreo hasta el fondo, y de repente  
se destacó sobre la luz del cielo  
el brillo de otra luz incandescente.

Así esperó la noche embelesada;  
cuando de pronto, sin fulgor ni ruido,  
la presencia sintió, sin oír nada,  
de un algo que llegó, desconocido.

Aun duda; mira más, y ve delante,  
al borde de una nube de colores,  
así como una mancha más brillante  
en un fondo de vivos resplandores.

De entre las ramas en que Honorio espera,  
cuando ya la visión aparecía,

salió, como una nota lastimera,  
un profundo suspiro de agonía.

¡Dichosa Soledad! El paraíso,  
curiosa, aspira a ver, y a verle alcanza;  
pide una imagen de él, y de improviso  
ve cuajarse en el viento su esperanza.

Y conforme soñando proseguía,  
su hermoso sueño le volvía el viento,  
y era el sueño que el viento le volvía,  
espejo de su mismo pensamiento.

¡Cómo el tipo ideal de su cariño  
inquiieren en el cielo sus miradas!  
Y ¡cómo es siempre la mujer un niño  
que le gusta pensar en cuentos de hadas!

En tanto, desde el próximo convento,  
la música del órgano sagrado  
le recordaba el inefable acento  
del amante perdido y no olvidado.

Y sueña más, y al fin, aunque distante  
y envuelto entre vapores todavía,  
se dibujó en las nubes un semblante  
que sonreír a un ángel parecía.

De sus ojos la luz era inefable,  
el contorno gentil, la frente pura,  
y su tez de un color incomparable,  
hecho de luz, de azul y de blancura.

Mientras ve que la imagen vaporosa  
entre el ser y no ser vaga indecisa,  
sobre su boca de marfil y rosa,  
como un rayo de luz, salta su risa.

Y así pasan entrambos la velada,  
cual de la vida el erial camino,  
soñando Soledad embelesada,  
Honorio maldiciendo su destino.

Y ¿es placer o pesar lo que la aqueja,  
cuando ve con verdad deslumbradora  
que en un vapor de luces se bosqueja

de su sueño la sombra encantadora?

¿Era cuerpo o ilusión lo que veía?  
¿Era aquella una luz, o era un reflejo?  
Más bien que el mismo cuerpo, parecía  
la reflexión de un cuerpo en un espejo.

Cuanto más la visión se aclara y crece,  
más la verdad con la ilusión se aúna,  
pues que forman su túnica, parece,  
gasas hechas con rayos de la luna.

Y cuanto más miraba, y más creía  
que fuese realidad ventura tanta,  
pulsaban sus arterias, y sentía  
latir el corazón en la garganta.

La forma, Honorio, al ver de un ser humano,  
mezcla de aire, de luz y de tiniebla,  
le asió celoso; mas pasó su mano  
como pasa una mano por la niebla.

Aun Soledad en el tropel confuso  
de mil dudas se abisma; y dulcemente,  
para hacerla creer, la Sombra puso  
una mano de luz sobre su frente.

Pero, al creer su frente profanada,  
el más bello y más casto de los seres,  
-¡Jesús! -gritó la joven espantada;  
y contestó el fantasma: -¿Qué me quieres?

## Escena II

### *La Redención*

JESÚS EL MAGO. -SOLEDAD. -HONORIO.

El Gólgota.

#### ARGUMENTO

Jesús el Mago cuenta a Soledad y a Honorio que él es aquel joven vestido de una túnica que, como dice el Evangelio de San Marcos, siguió a Jesucristo, después de haber sido

preso y abandonado por sus discípulos. Refiere como testigo presencial la muerte de Jesucristo, y describe el puente que formaron los ángeles para que, después de la muerte del Dios hombre, bajasen del cielo a la tierra la Penitencia y el Perdón.

Esa visión que a Soledad aterra,  
y llegar de tan lejos parecía,  
¿es tan sólo algún hijo de la tierra,  
o de un planeta superior venía?

Vedle contar sus hechos y su nombre  
a Soledad y a Honorio de esta suerte:  
«Un discípulo soy de aquél que al hombre  
arrancó de las garras de la muerte.

»Aunque una vez, y con escasa gloria,  
ved ¡cuán lleno de fe se me presenta,  
cuando San Marcos en su santa historia  
la religión del porvenir nos cuenta!

»-Un joven, de una túnica vestido,  
que iba a Cristo de cerca contemplando,  
por los soldados con rigor asido,  
de ellos huyó, la túnica dejando.-

»Y al mirar el Señor tan santo celo,  
así dijo al mancebo diligente:  
-Sígueme por la tierra y por el cielo,  
invisible o visible, eternamente.

»Yo me llamo Jesús, como el Ungido;  
soy el que huyó, la túnica dejando;  
y porque Dios piadoso lo ha querido,  
me sobrevivo a mi, no sé hasta cuándo.

»Todo el mundo sembré de mis consejos,  
y harta copia cogí de desengaños,  
porque son las naciones, cual los viejos,  
que pierden la memoria a fuerza de años.

»El por qué y cómo, de mi Dios amigo,  
bajo mil formas la verdad difundo,  
ya lo sabréis cuando os halléis conmigo  
ya fuera de la vida de este mundo.

»Mi ubicuidad fantástica, de Mago  
me dio el renombre por el mundo entero,

porque me encuentro donde quiera, y vago  
cual quiero, adonde quiero y como quiero.

»Mas, dejando mi magia y vuestros males,  
oíd la ruina del vencido infierno:  
¿qué importan hoy amores terrenales,  
cuando se trata del amor eterno?

»Yo, que la escena del Calvario he visto,  
perdonad a mi celo si os diseña  
la santa muerte de Jesús, el Cristo,  
que a padecer y a perdonar enseña.»

Tras Soledad, Honorio arrodillado  
cayó, como adorando el santo leño,  
pensando en la Pasión, en ese estado,  
que no es vigilia, ni sopor, ni sueño.

Jesús siguió: «Ya, de la cruz pendiente,  
sólo algún fiel de lejos le adoraba;  
y hasta el Gólgota entonces tristemente  
con una fría luz el cielo helaba.

»Y es que al sol, el infierno tumultuario  
de espíritus malignos echa un velo;  
nada se ve distinto en el Calvario,  
ni hay un rincón azul en todo el cielo.

»Los infiernos, que al hombre dominaban,  
porque ocultar su redención querían,  
bocanadas de espíritus echaban,  
que entre nieblas los soles envolvían.

»Yo entonces diligente, en raudo vuelo,  
viendo a mi Dios sobre la cruz clavado,  
descendiendo a la tierra, abrí en el cielo  
una rendija de oro en el nublado.

»La luz filtrada, de la Virgen pura  
tocó la melancólica belleza,  
que en ella se volvió luz de ternura,  
de esperanza, de paz y de tristeza.

»Y alrededor, en círculo inefable,  
más bien que luz, junto a sus sienes bellas  
compusieron un blanco incomparable

la sombra, el sol, la luna y las estrellas.

»Brillaba así del tiempo en la gran hora,  
de frente maternal fulgor querido,  
mezcla de luz de una naciente aurora,  
y reflejo de un sol desvanecido.

»Tal de la augusta redención del mundo  
alumbró los misterios de aquel día,  
un brillo extraño, virginal, profundo,  
que un ángel le llamo luz de María.

»Rodeado de esta luz inmaculada,  
el Consummatum est! Cristo murmura,  
y ve ante sí, tendiendo una mirada,  
la soledad, el odio y la amargura.

»Bendice con su vista al mundo entero;  
le da un beso mental, suspira y muere.  
El verdadero amor, si es verdadero,  
besa, al morir, la mano que le hiere.

»Caído Adán, la Muerte y el Pecado  
un puente hicieron con un caos sin nombre,  
para pasar al mundo, condenado  
a ver la eterna esclavitud del hombre.

»La Muerte estéril y el Pecado inmundo  
a la tierra infeliz por él pasaron,  
forjando las cadenas con que al mundo  
desde Adán hasta Cristo aprisionaron.

»Los ángeles, también, en dos hileras  
fabrican con las manos otro puente:  
por la espalda tocándose ligeras  
sus alas se acarician dulcemente.

»El Pecado y la Muerte en aquel día  
ven el puente cruzar, desvanecidos,  
que desde el Padre al Hijo relucía  
como un río caudal de astros fundidos.

»Los unos de los otros frente a frente,  
en dos filas los ángeles formados,  
van por el éter fabricando el puente  
sobre nubes de luz arrodillados.

»Y por detrás sus alas rutilantes  
irradian con variados arbores  
un iris de riquísimos cambiantes,  
más bello que los iris de los soles,

»Del puente aquel que la región vacía  
desde el cielo a la tierra circunvala,  
forman al fin las manos de María  
el último peldaño de la escala.

»Desde la cruz al alto firmamento  
brilla el puente de palmas celestiales  
con tal fulgor, que verlo ni un momento  
podrían, sin cegar, ojos mortales.

»La Penitencia y el Perdón bajaron  
esta escala de luz en aquel día,  
y sus ojos a un tiempo se alumbraron  
con brillos de dolor y de alegría.

»Triste por él la Penitencia avanza;  
sigue el Perdón detrás meditabundo:  
en sus frentes brillaba una esperanza,  
mas no era una esperanza de este mundo.

»Y besan, al bajar, el pie sagrado,  
el uno tras del otro, reverentes,  
de aquél que trajo, de la cruz clavado,  
el reinado de Dios entre las gentes.

»Y el mundo redimieron apacibles,  
de Cristo al pie diciendo de este modo:  
-No hay culpas en el mundo irremisibles:  
permite Dios que se redima todo.-

»-¡El mundo es libre! -de esperanzas llenas,  
las legiones de arcángeles cantaban,  
mientras se iban rompiendo las cadenas  
que al mundo desde Adán aprisionaban.

»Así murió, como vulgar culpable,  
del cielo y de la tierra el Soberano,  
por redimir este orbe miserable,  
del polvo sideral último grano.

»Y así yo del Señor la frente bella  
pude hacer ver, dejando de pasada  
la espesa sombra de la tarde aquella  
por un rayo de luz atravesada.»

Calló Jesús aquí; lanzó un gemido,  
contando el fin del Redentor del mundo,  
y después se alejó, desvanecido  
en cierto no sé qué, vago y profundo.

Y lejos ya, se disipó diciendo:  
«Llamadme y me hallaréis a cualquier hora,  
mientras ilusos caminéis gimiendo  
por este astro feliz donde se llora.

»Y ya os diré de cómo embelesado  
hacía vosotros hoy tendí mi vuelo:  
poema que en la tierra comenzado,  
acabará cantándose en el cielo.»

Y cuando Honorio y Soledad creían  
traslucir, entre dichas y pesares,  
que, cruzando los cielos, aun lucían  
los ángeles cual fugas estelares,

Vuelven de pronto en sí, tornan los ojos,  
y su ilusión deshecha en el ambiente,  
con las manos cruzadas, y de hinojos,  
se hallaron uno de otro frente a frente.

### Escena III

#### *La fuente del olvido*

JESÚS EL MAGO. -HONORIO.

Un bosque.

#### ARGUMENTO

Celoso Honorio, refiere a Jesús el Mago, al borde de una fuente llamada del Olvido, que para hacerse dueño del amor de Soledad, secuestró a su hermano Palaciano.

-¡Sólo el amor es grande, él solo es bello!  
dice Honorio contando sus amores;

y refiere a Jesús, hablando de ello,  
la larga procesión de sus dolores.

Sentados junto al borde de una fuente,  
que brotaba de un bosque en la espesura,  
un espacio sin fin tienen enfrente,  
de aire, de luz, de cielo y de verdura.

-¡Sólo el amor es grande! -proseguía,  
añadiendo un delirio a otro delirio:  
-Por Soledad dichoso correría  
al crimen, a la gloria y al martirio.

Tengo ¡ay de mí! un hermano, a quien perjuro,  
amándole sin fin, guardo encerrado.  
Por otro amor más grande y menos puro,  
de su sagrado amor he renegado.

Aunque era Soledad una belleza  
por su padre a mi hermano prometida,  
sentía yo al mirarla esa tristeza,  
que es la bruma del alba de la vida.

Cuanto más la quería en el misterio,  
más crecía el ardor de mis quimeras;  
que el sentido halagado alza un imperio  
que, sin cesar, dilata sus fronteras.

Después que la adoré con desvarío,  
sólo atendí a mi amor y a mi despecho.  
Yo era bueno, muy bueno... mas ¡Dios mío!  
¿cómo arrancar el corazón del pecho?

Por no estorbar la dicha de mi hermano,  
a la gloria aspiré: ¡visión mentida!  
Corrí tras la ambición: ¡empeño vano!  
Amar y ser amado: he aquí la vida.

Fue mi hermano a viajar; y a su regreso,  
aquí, por gentes que compré, asaltado,  
sin saber como ni por quién, fue preso,  
escondido después y secuestrado.

Yo su amor usurpando, y él cautivo,  
ninguno de los dos su dicha alcanza:  
vive él sin libertad; pero yo vivo

roído por un mal sin esperanza.

Después que muera yo, volverá ileso  
a ser en este sitio abandonado;  
y sin saber por quién ni a qué fue preso,  
el porvenir le endulzará el pasado.

Por mi mal, me ha dotado la ventura  
de inútiles riquezas que abomino  
y estirpe casi real; no hay criatura  
más ingrata que yo con el destino.

Y es un tormento para mí espantoso,  
que habiendo delinquido tanto, tanto,  
sólo por ser con ellos generoso,  
cuantos pobres me ven, me llamen santo.

Me juzgaban tan bien, cuando por ella,  
más que en Dios, en Pitágoras creía;  
yo, que por ser lo que su planta huella,  
el cielo con delicia dejaría.

Y he de pedir, cuando al dolor sucumba,  
que me convierta, por favor divino,  
en el ciprés o el mármol de su tumba,  
compañero inmortal de su destino.

De Palaciano Soledad prendada,  
le esperaba las horas y las horas,  
y nunca su alma de esperar cansada,  
a otras brisas se abrió restauradoras.

Decía alguna vez cándidamente:  
-Palaciano no vuelve y me abandona:-  
y, empezaba a nublarse aquella frente,  
que parece que aguarda una corona.

-Bebe en ella, y tal vez, la dije un día,  
tu amor la fuente del olvido venza.-  
y bebió; mas yo al verlo, me sentía  
desfallecer de dicha y de vergüenza.

Bebió por olvidar, con tal intento,  
que del ingrato se olvido de veras,  
y en alas se lanzó del pensamiento  
al hermoso país de las quimeras.

Y es santa desde entonces esta fuente;  
pues todo el mundo en la comarca sabe  
que curó a una mujer de limpia frente,  
de celestial candor y aspecto grave.

De la ausencia y los celos ayudados,  
vinieron a estas aguas atraídos  
mil náufragos del alma, allá estrellados  
contra escollos tal vez desconocidos.

¡Ay! Después de beber aguas tan claras  
a sus casas volver, de dicha llenas,  
vi familias enteras, con las caras  
casi todas alegres y serenas.

¡A cuantos vi llegar que, pesarosos  
ni miraban las verdes enramadas,  
y que admiraban, al volver gozosos,  
las praderas de flores esmaltadas!

El agua del olvido de esta fuente  
¿es quien daba a sus almas el consuelo?  
¡No! La ausencia y los celos solamente  
levantan entre dos, montes de hielo.

Que a la ausencia añadidos, son los celos.  
el agua del olvido verdadera,  
pues pasan, como un fuego de los cielos,  
esparciendo el rencor por donde quiera.

Ya sin fe Soledad, desde esta fuente  
fue a un convento a buscar la paz perdida;  
que el ídolo, al caer tan bruscamente,  
siempre inmola al creyente en su caída.

Ya sabéis lo que pasa en un convento;  
un día que da fin, y otro que empieza.  
Si crea algún rival el pensamiento,  
son fantasmas que evoca la tristeza.

Bajo un dosel de flores y verdura,  
quise ciego... -¡perdón para un malvado!-  
o gozar una vez de su hermosura,  
o morir a sus pies desesperado.

Oculto en el jardín, todos mis males  
curar, cual visteis, o morir, quería,  
porque mi pecho en vívidos raudales  
de entusiasmo y de amor se deshacía.

Viendo por vos frustrado, aquella tarde,  
mi intento vil de amor y de despecho,  
mis rodillas flaquear sentí, cobarde,  
y el corazón desfalleció en mi pecho.

Impidiendo mi crimen, aquel día  
llegasteis vos para su bien y el mío,  
pues sin dejarse ver, Dios nos envía  
la dicha, el sol, la lluvia y el rocío.

Y desde entonces, de su pura frente  
respetando el candor y la hermosura,  
bebo el placer sin enturbiar la fuente  
de donde emana mi inmortal ventura.

Como he apurado, en mis furores, tanto  
la copa del dolor hasta las heces,  
tan cerca de los ojos tengo el llanto,  
que sin querer, cual veis, lloro mil veces.-

Como al llegar aquí, nadie ni nada  
alivio le prestaba en su tormento,  
tendió Honorio una rápida mirada,  
y halló la soledad y el desaliento.

Y ve a Jesús, que por los aires sube,  
cual blanco grupo de vapor fulgente,  
como yendo a esperar de nube en nube  
al sol, que se elevaba lentamente.

Y sus oídos, de placer ajenos,  
ni las aves escuchan, ni se encantan  
con esos ruidos, de misterios llenos,  
que del campo aun dormido se levantan.

Nada ni nadie su dolor modera,  
ni las flores, ni el sol, ni la verdura:  
cuando están en el alma, hay donde quiera  
desolación, tristeza y desventura.

Y, como siempre, en Soledad pensando,

del aura en el murmullo oye su acento,  
cree ver las huellas de sus pies andando,  
y respira en los céfiros su aliento.

Y como, fiel Honorio, en cuanto hallaba  
de su acerba pasión ponía el sello,  
andando a la ventura murmuraba:  
-¡Sólo el amor es grande, él solo es bello!-

#### Escena IV

##### *La transmigración a un mármol*

HONORIO. -JESÚS EL MAGO. -SOLEDAD.

Un cementerio.

#### ARGUMENTO

Como el sentimiento tiende a la metempsícosis, después de la muerte de Soledad, Honorio pide a Jesús el Mago que le conceda la gracia de transmigrar al mármol de la tumba de su amada.

¡Oh vida, mezcla de inquietud y calma,  
alternativa infiel de paz y guerra,  
rebelión de la carne contra el alma,  
lucha eterna del cielo y de la tierra!

Venciendo a Soledad el desaliento,  
después de su aparente desengaño,  
entró como novicia en un convento,  
y novicia salió, muriendo al año.

Allí, tranquila, ni el rencor sentía,  
ni menos del amor la ardiente llama;  
deseaba morir, porque creía  
que Dios lleva consigo a cuantos ama.

Y conforme cambiando iba su mente  
en santas oraciones sus delirios,  
su cutis fue tomando lentamente  
el color de la cera de los cirios.

¿Os contaré su vida en el convento?  
Sin pesares allí, sin alegrías,

sucediendo un momento a otro momento,  
los días sucedieron a los días.

Y sólo, al fin, en su semblante puro  
las huellas se miraron de sus penas,  
cuando ya en una red de azul oscuro  
se dibujaban en su sien las venas.

¿Y su amante? ¿Qué importa? Aunque él, acaso,  
la dejó por amor de otros amores,  
sólo le pide a Dios que abra a su paso,  
en honor a sus pies, sendas, de flores.

Pues ella triste, sin pasión, sin celos,  
al odio y al amor indiferente,  
como una desterrada de los cielos  
sólo se acuerda de la patria ausente.

No perdonando ni horas ni minutos,  
el rezo llegó a ser su afán diario,  
entre sus dedos, por la fiebre enjutos,  
deslizando las cuentas de un rosario.

¡Ay! un día en su blanco dormitorio,  
teniendo en derredor a cuantos quiere,  
su mano de marfil tiende hacia Honorio,  
les dice -¡adiós!- y sonriendo muere.

Con sed de sacrificios sobrehumanos,  
después Honorio, en lágrimas deshecho,  
su sepulcro oprimiendo entre las manos,  
lo estrechó con furor contra su pecho.

Cual ráfaga hacia allí Jesús avanza,  
mientras Honorio, con los ojos presos  
de Soledad en el sepulcro, lanza  
miradas voluptuosas como besos.

Y dice así: «Ya os lo conté: por ella,  
más que en Dios, en Pitágoras creía,  
yo, que por ser lo que su planta huella,  
el cielo con delicia dejaría.

»Y he de pedir, cuando al dolor sucumba,  
que me convierta, por favor divino,  
en el ciprés o el mármol de su tumba,

compañero inmortal de su destino.

»¡Que en posesión de sus cenizas, pueda  
con ellas ver mi corazón cubierto;  
que el hado la ventura me conceda  
de hablarla de mi amor después de muerto!

»¡Que me deje sufrir el cielo amigo  
junto a esta tumba mi dolor eterno,  
aunque por ella aquí sufra el castigo  
de todos los horrores del infierno!»

Dijo Honorio; y en tanto que aguardaba  
lo que el mago Jesús le respondía,  
en las sienas su sangre martilleaba,  
y hasta latir su corazón se oía.

Y contestó Jesús: ¿Piensas que el cielo  
te dará, ni en la misma sepultura,  
un período de tregua y de consuelo,  
un oasis de paz y de ventura?

»Transmigra, pues; mas que eludir se intente  
la pena de una culpa, es un delirio.  
si transmigras, Honorio, eternamente,  
sólo harás infinito tu martirio.

»No encontrarás la dicha en parte alguna;  
mudarás de dolor, mas no de duelo;  
hasta en la tumba es loca la fortuna,  
y no hay eterno amor sino en el cielo.»

Dijo Jesús; y al éter, fugitivo,  
le vio Honorio volar a su presencia,  
después que sus flaquezas, compasivo,  
con el manto cubrió de su indulgencia.

-Vuelvo a tu lado, Soledad querida,  
Honorio prorrumpió, y el cielo quiera  
que, después de llenar toda mi vida,  
llenen también mi muerte toda entera.-

Con voluntad tan firme y tan constante  
quiere morir, que muere porque quiere;  
vivía con la vida de su amante,  
y fiel a su pasión, con ella muere.

Activo, enamorado, violento,  
náufrago ya, sin brújula ni estrella,  
con el vivo puñal del pensamiento  
se asesinó para morir con ella.

Y el mármol del sepulcro contemplando  
con alma y vida, de alegría loco,  
la densidad del mármol penetrando,  
sintiose en él filtrar muy poco a poco.

El mármol con la carne confundiendo,  
parece que uno en otro se fundía;  
la carne se iba en mármol convirtiendo,  
y algo de carne el mármol se volvía.

Su espíritu en los poros derramado,  
lento y escaso se sumió primero;  
mas luego se recoge, y, concentrado,  
en el mármol, por fin, se vierte entero.

Y un sordo ruido de absorción se siente,  
como el que hace, al sorber, seca la tierra:  
no hiere el corazón tan tristemente  
del ataúd la tapa que se cierra.

Después que hubo al sarcófago querido  
transmigrado de Honorio el pensamiento,  
sólo se oyó en el mármol un quejido,  
y un sollozo en la ráfaga del viento.

Así dio fin, tan triste y tan oscura,  
esta historia, de amor y de ansias llena,  
encerrando una misma sepultura  
el criminal, el crimen y la pena.

Sólo un guarda infeliz, de espanto yerto,  
se encontró al despuntar del otro día,  
un muerto, tan inmóvil como un muerto,  
sobre un mármol que vivo parecía.

Escena V

*La penitencia*

PALACIANO. -HONORIO. -CORO DE ALMAS CELOSAS. -JESÚS EL MAGO.

Un cementerio.

## ARGUMENTO

Libre Palaciano del secuestro, va a visitar la tumba de Soledad. Al verle, levántase sobre el mármol la Sombra de Honorio, y empieza a sufrir la serie de padecimientos que le auguró Jesús el Mago.

No importa cuál, pero en la noche aquella  
la luna destilaba, adormecida,  
como una grande y moribunda estrella,  
una especie de luz de la otra vida.

Honrando a Soledad, cuenta la gente  
que de su tumba al pie vela algún mago;  
y los guardas de allí creen firmemente  
que en el mármol aquel flota algo vago.

Y algún misterio habrá, pues nadie ignora  
que del fúnebre mármol se contaba  
que al tacto de la brisa y de la aurora,  
como la estatua de Memnón vibraba.

En noche tan tranquila, ni un acento  
del cementerio en derredor se oía;  
la luna desde el alto firmamento  
como un disco de plomo descendía.

En calma tal, Honorio, de repente,  
se levantó del mármol vengativo,  
viendo llegar a un hombre de ancha frente,  
de airoso porte y de mirar altivo.

Era su hermano ¡ay triste! el que veía.  
que, libre del secuestro, en su impaciencia,  
la tumba ver de Soledad quería,  
con su amor, exaltado por la ausencia.

De celos de ultra-tumba Honorio herido,  
consternó con un ¡ay! el horizonte,  
que, de un sepulcro en otro repetido,  
el eco lo llevó de monte en monte.

Se acerca Palaciano, y cual si hubiera

turbado del sarcófago la calma,  
un suspiro se oyó, como si fuera  
un sollozo nacido de algún alma.

Y Honorio -¡atrás!- entre sentido y fiero  
gritó con una voz que nadie oía;  
-antes que a ella, a mí y al mundo entero,  
y a mi madre y a Dios renunciaría.

Los que, muertos de amor, sabéis mi historia,  
venid el alma a ver más desdichada,  
aquí, donde el martirio es una gloria,  
mansión fatal de gente, asesinada.-

A su acento, por valles y por cumbres,  
una legión de espíritus alados  
chispearon, cual las rápidas vislumbres  
de las tardes de estío en los sembrados.

Y nadando en suspiros, el ambiente  
inundan en su curso vagaroso  
los que llevan clavado eternamente  
el agujón del padecer dichoso.

Y al ver a Honorio de dolor transido,  
casi vuelan felices a su lado  
los que, al morir de celos, han sufrido  
el odio del amor desventurado.

En el aire, por fin, envuelto en ira,  
el fantasma de Honorio reverbera;  
duda su hermano, retrocede, y mira  
la sombra de su horrible calavera.

Era su misma imagen: Palaciano,  
al verla, fue a gritar -¡hermano mío!-  
mas vio que aquella imagen de su hermano,  
más que sombra, era un hueco en el vacío.

Y -¡un milagro! -exclamó. Después, su imperio  
perdiendo el infeliz sobre sí mismo,  
abandonó cobarde el cementerio,  
siendo un hombre avezado al heroísmo.

Y Honorio prosiguió: -¿Quién ver podría  
su sepulcro por otro profanado?

¡Atrás! porque, si no, me vengaría,  
aun después de mil años de enterrado.

¿Nunca han de dar a un verdadero amante,  
ni el mundo bien, ni paz la sepultura?  
Un consuelo, ¡un consuelo en este instante,  
en que siento, en que toco la locura!-

Y hasta consigo el desdichado en guerra,  
turbulento, iracundo, arrebatado,  
blasfemando del cielo y de la tierra,  
el pecho se golpeó, desesperado.

-Manda un ángel, buen Dios, en mi consuelo!  
exclamó Honorio; y cuando así exclamaba,  
Jesús hacia su tumba, desde el cielo,  
cual la sombra de un sueño se inclinaba.

Y dijo con la plácida indulgencia,  
que la bondad con el rigor aúna:  
-Penitencia, hijos míos, penitencia;  
contra el orden de Dios no hay fuerza alguna.-

De almas celosas el doliente coro,  
gimiendo aquí y allí, los aires hiere,  
cual si Jesús tuviese el ramo de oro  
que manda a los fantasmas como quiere.

Y a su voz, cada espíritu tranquilo  
buscó con humildad su sepultura,  
volviendo a hallar en el sagrado asilo  
el silencio, la paz y la frescura.

Y de nuevo Jesús dijo apiadado:  
-Paciencia, Honorio, en el dolor, paciencia;  
sufriendo tu destino resignado,  
rescatará tu mal la penitencia.-

Calla Jesús; en el recinto santo  
ni una sombra se ve, ni se oye un ruido;  
sólo Honorio de pie gime entretanto,  
en su prisión de mármol retenido.

Todo sigue después sin vida alguna;  
el aire sordo, encapotado el cielo;  
en el fondo del mar se hunde la luna,

y una negruzca luz rastrea el suelo.

Y Honorio, sus dolores sobrehumanos  
aglomerando en su inmortal cariño,  
cubriéndose la cara con las manos,  
se quedó sollozando como un niño.

## Escena VI

### *La idolatría*

PALACIANO. -HONORIO. -CORO DE ESPÍRITUS BUENOS. -CORO DE  
ESPÍRITUS MALOS.

Un cementerio.

### ARGUMENTO

En la ceguedad de la idolatría, la opinión popular, fascinada por la generosidad de Honorio, le tributa honores casi divinos. Avergonzado de esta honra inmerecida, rompe Honorio, por gracia de Jesús el Mago, su prisión de mármol, y huye rodeado de espíritus.

-¡Un milagro! -repite al otro día  
del cementerio en torno el pueblo unido.  
¿Quién el torrente contener podría  
de un vulgo en sus entrañas conmovido?

Exige el pueblo, de entusiasmo lleno,  
que se tributen entre gozo y llanto  
sufragios al mortal, honras al bueno,  
y un Te-Deum, por fin, al casi santo.

Ya a oír el panegírico, se junta,  
de la virtud de Honorio, el pueblo entero,  
y en la capilla al cementerio adjunta,  
canta el Te-Deum, en su honor, el clero.

Mas la sombra de Honorio, vengativa,  
los vio llegar, de tan ingrato modo,  
que lanzó una mirada tan activa,  
que ella sola abarcara el mundo todo.

Cuanto más sin razón se vio ensalzado,  
tanto más se vio Honorio despreciable,  
y el lúgubre fantasma del pasado

se alzó delante de él inexorable.

Llega el momento, al fin, que en aquel día  
de Honorio el panegírico comienza;  
mas él, al escucharlo, no podía  
el peso soportar de la vergüenza.

-¡Bien haya Honorio! -el sacerdote exclama;  
-su nombre ha de brillar entre los nombres  
que han venido a encender con pura llama  
el santo amor de Dios entre los hombres.-

Y al ver que el sacerdote continuaba  
poniéndole de ejemplo a los humanos,  
Honorio, que, leal, se despreciaba,  
cubriose la cabeza con las manos.

Y solo, y abismado en su paciencia,  
en silencio después sufre el castigo  
de esa lucha infernal de la conciencia,  
que tiene a Dios tan sólo por testigo.

De Honorio el panegírico seguía;  
el público escuchaba placentero:  
lo mismo que su voz, cuando vivía,  
su nombre hace vibrar a un pueblo entero.

Mas al llegar ¡oh escándalo! a su oído  
del Te-Deum la música sagrada,  
el canto del honor no merecido  
pasó su corazón como una espada.

Mientras los hombres, con ferviente celo,  
-A Ti, Señor, cantamos, -entonaban,  
los ángeles gozosos desde el cielo  
con sonrisa inefable se inclinaban.

Y en tanto que en su honor el canto oía,  
-¡Mísera humanidad, que imbécil honra-,  
el desdichado Honorio prorrumpía,  
-a quien, cruel, la diezma y la deshonra!-

Y a coro con el místico concierto,  
gritó, torva la faz y alta la mano:  
-¿No oís la voz de Dios en el desierto?

¡Caín! ¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano?-

¡Suerte fatal! El infeliz quería  
su acento hacer oír; mas, vano empeño:  
su voz sonaba cual sonar podría  
un suspiro lanzado en un ensueño.

Sólo arrullan a Honorio con sus quejas  
los que, al cumplir su terrenal destino,  
dejaron su virtud, cual las ovejas  
la lana entre las zarzas del camino.

Los ámbitos llenando de la esfera,  
así seguía el religioso canto:  
-A Ti toda la tierra te venera;  
a Ti todos te llaman Santo, Santo.-

Correspondiendo a tan sagrado celo,  
admirados, alegres, rutilantes,  
los ángeles circulan por el cielo,  
cual formados de polvo de diamantes.

Los espíritus malos, de los buenos  
envidiaban, gimiendo, la victoria;  
y el canto continuaba: -Y están llenos  
los cielos y la tierra de tu gloria.-

Con Honorio, entre tanto, se lamentan  
aquellos que, como él, han delinquido,  
que hasta en la vida eterna se alimentan  
del pasto de las lágrimas querido.

Le cercan los malditos por amores  
con su aflicción, más que la dicha, amada:  
esa aflicción tan dulce en sus dolores,  
que no quiere jamás ser consolada.

Y el himno continuaba de esta suerte:  
-Con tu sangre, Señor, nos redimiste,  
y el aguijón rompiendo de la muerte,  
las puertas de los cielos nos abriste.-

Oyendo de su Dios las maravillas,  
miró Honorio hacia arriba fascinado,  
y vio a Jesús orando, de rodillas,

en un trozo de cielo iluminado.

-Permitidme, exclamó, que dignamente  
sólo un pesar sin deshonor me venza;  
haced que un gran castigo me atormente,  
mas no que me atormente la vergüenza.

Dejadme que transmigre, le decía,  
a otro dolor más grande y más eterno;  
permitidme que escoja, proseguía,  
algún rincón de dicha en el infierno.-

Una mano de luz cruzó el ambiente,  
de luz más clara que la luz febea,  
y al tenderla hacia Honorio dulcemente,  
benévolo Jesús le dijo: -Sea.-

Al sea de Jesús se oyó un chasquido,  
y a Honorio que gimió; mas éste a poco  
se sintió, roto el mármol, desprendido,  
y el aire hendió con el terror de un loco.

Y entre el tropel de la infernal balumba,  
de sus honores sin honor huía,  
como espectro que sale de la tumba,  
sin sacudir la tierra todavía.

Todos a poco el cementerio dejan;  
y en pos de Honorio, en tormentoso vuelo,  
los rebeldes espíritus se alejan,  
cual aves que se pierden en el cielo.

Completa soledad: se extingue el coro;  
los devotos al fin desaparecen;  
los ángeles también en nubes de oro,  
ya fundidos en luz se desvanecen.

Sólo una voz de espanto y de agonía,  
como en sueños, oía Palaciano,  
que allá lejos, muy lejos, repetía:  
-¡Caín! ¡Caín! ¿qué has hecho de tu hermano?

## JORNADA SEGUNDA

## Escena VII

### *El cuerpo y el alma*

HONORIO. -EL CADÁVER DE CARLOS V. -LA INSURRECCIÓN DE LOS MUERTOS.

Las cinco partes del mundo.

#### ARGUMENTO

En la eterna lucha de las dos naturalezas, física y moral, queriendo poseer el sepulcro de Soledad, piensa el espíritu de Honorio en volver de nuevo a la vida, animando el cuerpo de algún grande hombre, y se dirige a buscar los restos de Carlos V. El esqueleto del Emperador se espanta a la vista de un alma, y llevando la alarma a todos los ámbitos de la tierra, una multitud de espectros dan la vuelta al mundo, huyendo del espíritu de Honorio.

Lejos Honorio de la tumba amada,  
ya del aire en las cóncavas regiones,  
confusa entre la niebla su mirada,  
las siluetas perdió de las visiones.

Duda, mira, se orienta, y de esta suerte  
murmura en su espantosa pesadilla:  
-¡Sí! quiero el odio que me de la muerte;  
mas no quiero el honor que así me humilla.-

Luego del sol a un rayo moribundo,  
ya del vacío en la región más baja,  
ve el negro tul que pesa sobre el mundo,  
cual manto que le sirve de mortaja.

Y piensa así, luchando con fiereza  
contra el rigor de su destino adverso:  
«¡Querer! ¡Tener! ¡Con gloria y con riqueza,  
tendría de su tumba el universo!»

Y al penetrar en su memoria herida  
el mundo de la tumba de su amante,  
no se ha visto una pena parecida  
a la pena pintada en su semblante.

Y continuó: «¡Poder! ¡Cumplir el sueño  
de conquistar el bien por que deliro!  
¡Ser, sin rival, de su sepulcro duelo!  
¡Comprendo la ambición, la honro y la admiro!

»¡Sentir! ¡De dichas caminar sediento,  
con odio ciego o con amor profundo!  
¡Saber! ¡O con un solo pensamiento  
quemar, mover o iluminar el mundo!

»¡Dadme, -añadía en su arrogante acceso-,  
Atila, tu querer; tu ciencia, Dante;  
Mahoma, tu sentir; tus arcas, Crespo;  
tu universal poder, Carlos de Gante!»

Y añadió: «Tomaré de alguna huesa,  
de estos hombres de siempre la envoltura.»  
Dijo, y voló hacia España, siendo presa  
de una ardiente y terrible calentura.

De Carlos de Austria ante la tumba, osado,  
el cadáver llamó que reposaba,  
y el cadáver se alzó, como animado  
por la vista de Honorio, que abrasaba.

Al verlo el Rey, del panteón turbando  
la no envidiada y envidiable calma,  
-¡Que viene un alma! -dijo, y retumbando,  
el eco respondió: -¡Que viene un alma!-

Carlos con ira, Honorio con respeto,  
se contemplan y callan; mas al cabo,  
dijo, mirando a Honorio, el esqueleto,  
con gesto superior de rey a esclavo:

«Del rey don Carlos, mi señor, ignoro  
si fui vaso de honor o sambenito;  
y el día en que nací, que siempre lloro,  
fue para mí entre todos el maldito.

»Del cuerpo el alma se convierte en dueña,  
y es su ventura un insaciable anhelo:  
si ama, es con fiebre; si se duerme, sueña:  
para el cuerpo hay no ser, para ella hay cielo.

»Y el cuerpo, como el alma, a Dios alaba,  
y como ella su nombre lleva escrito;  
de la choza más pobre hasta una aldaba  
la puerta puede abrir de lo infinito.

»Libre el alma en obrar, de su miseria

ante Dios y los hombres nos acusa;  
y es siempre para el alma, la materia,  
de su eterno pecar, eterna excusa.

»¿Y cómo el cuerpo, a quien así se humilla,  
le verá como amigo, cuando el hombre  
no sabe respetarse ni en la arcilla  
que honró su alma y que llevó su nombre?

»¡El Saber! Ignorantes nuestros dueños,  
este cuerpo, que juzgan miserable,  
matan a fuerza de vigilia y sueños,  
tratando de explicar lo inexplicable.

»¡El Poder y el Tener! Si el oro es fuente  
del gusto de hoy y el duelo de mañana,  
con el poder el cuerpo es solamente  
un mártir sin honor del alma humana.

»¡El Sentir y el Querer! Su furia es tanta,  
cuando se juzgan de su fuerza ciertos,  
que en su honor el espíritu levanta  
pedestales de ejércitos de muertos.

»¡La ambición de las almas! ¿Quién podría  
realizar vuestras locas esperanzas,  
y esa pasión tan llena de energía,  
de delirios, de muertes y venganzas?

»Nunca, nunca los cuerpos fatigados  
podríamos calmar vuestros afanes,  
aunque fuésemos hechos y amasados  
con candentes sustancias de volcanes.

»Apártate de mí, que harto he sufrido:  
como alma humana, la pasión te ciega.  
Busca, si quieres ser, lo que no ha sido;  
el polvo que fue ya, del ser reniega.»

Calla el espectro. Honorio, en su esperanza,  
aun el cuerpo del Rey vestirse intenta,  
y hacia el cadáver con ardor se lanza,  
en la fiera ambición que le atormenta.

Huyendo de su nueva servidumbre,  
con el terror que inspira el escarmiento,

voló del Guadarrama hacía la cumbre,  
como polvo barrido por el viento.

Y el muerto, desde lo alto de la sierra,  
dejando el mundo de la paz sin calma,  
lanza, mirando en derredor la tierra,  
este grito de horror: -¡Que viene un alma!-

Como suele el ¡alerta! misterioso  
correr de centinela en centinela  
aquel ¡que viene un alma! pavoroso  
de cementerio en cementerio vuela.

Con el terror que inspira el escarmiento,  
creyéndose de un alma frente a frente,  
surgiendo van cadáveres sin cuento  
al Norte, al Sur, a Oriente y a Occidente.

Dando alaridos, con furor levantan  
mil espectros su pálida osamenta,  
como las aves de la mar, que cantan  
hacia el lado en que ruge la tormenta.

De un pueblo al otro pueblo, no corría  
la repetida voz, porque volaba,  
y aquel ¡que viene un alma! parecía  
la trompeta del juicio que sonaba.

Sonámbulo que corre sin conciencia,  
cuanto más huyen de él, el más se irrita,  
y ante abismo tan hondo de demencia,  
Honorio con furor se precipita.

La madre tierra sacudió el regazo;  
y entre esqueletos mil que echó esparcidos,  
medios cuerpos se ven de un pie y un brazo,  
de arriba abajo por mitad partidos.

Se ven cruzar de seres incompletos,  
por aquí y por allí, las varias piezas;  
fragmentos de fragmentos de esqueletos,  
pies sin troncos, y troncos sin cabezas.

Y hay brazos que se ignora lo que abrazan,  
cual pegados a un ser que va invisible;  
y manos cercenadas que amenazan,

y dedos que señalan algo horrible.

Y algunos vueltos, por los pies colgados  
de las nubes, pendientes se columbran;  
y hay cráneos que, de fósforo impregnados,  
cual linternas diabólicas alumbran.

Y en zigs-zags pavorosos y sutiles,  
huesos sueltos, de formas desiguales,  
trazan líneas sin fin, como reptiles,  
ya derechas, ya curvas, ya espirales.

Lleno ya el aire hasta los cuatro vientos  
de esqueletos de muertos espantados,  
furioso resonó con los acentos  
de todos los lugares desolados.

Conforme los cadáveres huían  
salvando pueblos y cruzando esferas,  
circular por los aires parecían  
alaridos de hiena, ayes de fieras.

Volando sin cesar, ya ven lejanas  
las playas de esa tierra que está llena  
de rocas y de plantas africanas,  
bosques de palmas y tostada arena.

De un hondo terremoto al traqueteo  
se oye el suelo crujir, y en lo más alto,  
el ruido que se oiría en el saqueo  
de mil Romas tomadas por asalto.

El polvo que hombre fue surge abundante  
de los fúnebres campos de batalla;  
materia en frenesí, muy semejante  
a la lava del cráter cuando estalla.

Cruzan la parte en que el escita mora,  
y ven, pasando, a la derecha mano,  
los países del sol, donde se adora  
la cruel trinidad del culto indiano.

Del Asia la región, de Honorio el alma  
ve trasponer la caravana horrible,  
mientras reina en el mar profunda calma,  
mucho más que la cólera terrible.

Por la nueva región, que es de oro el suelo,  
y es más que la ilusión encantadora,  
cruzaron embriagados en su vuelo  
por bosques de fresca abrasadora.

Y vuelven, trasponiendo el Océano,  
a la región de Europa, ardiente y fría,  
helada en el invierno, y en verano  
quemada por el sol del Mediodía.

Y al ver de Soledad la tumba amada,  
lanza Honorio, gimiendo, un ¡ay! agudo;  
va a seguir, ¡imposible!: insiste, y ¡nada!  
mil veces fue a pasar, pero no pudo.

Y al fin, consigo de luchar cansado,  
se paró, más amante que rendido;  
pues si al mundo dio vuelta el desgraciado,  
no dio ni un solo paso hacia el olvido.

Ve una vez y otra vez la sepultura,  
y desciende, atraído hacia la tierra,  
dejándose caer desde su altura,  
como cae el alud desde la sierra.

Y allí vuelve a rodearle, fascinado,  
de todas sus quimeras el cortejo;  
pues tiene el hombre del amor cegado  
sueños de niño en corazón de viejo.

Borra al fin con sus rayos esplendentes,  
polvo, nieblas, fantasmas y rumores,  
el sol, para quien son indiferentes  
los placeres del hombre y los dolores.

Y de nuevo otra vez, quietos o activos,  
el campo y la ciudad se ven cubiertos  
de muertos que dudaban si eran vivos,  
de vivos que no dudan que están muertos.

Y como es tan común en nuestra estrella  
no ser constante el mal, ni el ruido eterno,  
el día puso fin a toda aquella  
babilónica noche del infierno.

## Escena VIII

### *La transmigración a un árbol*

HONORIO.

Un cementerio.

#### ARGUMENTO

De vuelta al lugar de la tumba de su amada, Honorio se detiene, y ascendiendo en la escala de la naturaleza física, transmigra al ciprés que da sombra al sepulcro de Soledad, y vuelve a creer en la posibilidad de su dicha.

Quiso Honorio seguir, pero ¡imposible!  
de nuevo lo intentó, mas ¡nada! ¡nada!  
una atracción inmensa, irresistible,  
le arrastró hacia la tumba de su amada.

Que huir de aquel sepulcro lamentable  
el pobre no podía, o no quería,  
cegado por el fuego incomparable,  
que hasta los mismos soles fundiría.

Y así como al imán sigue el acero,  
volvió a mirar la tumba, y al mirarla,  
«¡Si no puedo, -decía-, si no quiero,  
si tengo tantas cosas que contarla!»

Y el ciprés de la tumba contemplando,  
fue Honorio, sus deseos más queridos  
celoso entre sus ramas ocultando,  
como ocultan los pájaros sus nidos.

Corría el viento, y el ciprés ondeaba,  
y al mirarlos, dudaba el pensamiento  
si es que el viento al ciprés acariciaba,  
o era el ciprés el que movía al viento.

«Desde ese árbol, -seguía-, ángel divino,  
tus cenizas guardando encantadoras,  
cual un genio invisible del destino,  
por ti podré velar a todas horas.

»Los días, las semanas y los meses

veré pasar en tiernas confianzas,  
y entre tumbas y adelfas y cipreses,  
en vez de olvido, encontraré esperanzas.

»Te prestará el ciprés, la noche andando,  
paz, calor y silencio; y por el día,  
en las ramas los pájaros cantando,  
todo en él será amor, luz y armonía.

»Propicia ya una vez la buena suerte,  
después de tanto amor y pena tanta,  
mi unión, acrisolada por la muerte,  
será más que hasta ahora augusta y santa.

»Allí, -seguía Honorio-, allí, bien mío,  
desde ese oculto y ondulante asiento,  
te mandaré, estampado en el vacío,  
mi último beso en mi postrer aliento.

»Coronando la hermosa sepultura,  
ese árbol que ondulando baja y sube,  
con mi amor y su sombra y su verdura,  
parecerá un edén sobre una nube.»

Y ante la tumba, de esperanza llenos,  
las verdes ramas del ciprés veían  
aquellos ojos de león, serenos,  
que rara vez los párpados cubrían.

Y transmigrando a una segunda vida,  
volando hacia el ciprés, los aires hiende,  
y su sombra, ya a plomo suspendida,  
cual nevada de luz, sobre él se tiende.

Llega el alma cual brisa que se queda,  
y después de quedarse no se mueve;  
luego en el centro del ciprés se hospeda,  
y fluyendo sutil, en él se embebe.

El rostro, que primero va filtrando  
por dentro del ciprés, se eleva al cielo:  
son sus brazos dos ramas, y es, bajando,  
cada pie una raíz que horada el suelo.

Y ya en savia su sangre convertida,  
en torno circulando, sube y baja,

y Honorio en fácil curso, así se anida,  
de su dolor cambiando la mortaja.

Y fluye, y fluye, y tras de mil congojas  
realiza en el ciprés su amante objeto,  
pues su cuerpo de tronco, y dedos de hojas,  
forman ya un hombre vegetal completo.

Después de ser un mármol que vivía,  
un árbol llega a ser, que vive y siente;  
así en ciprés se convirtió aquel día,  
cual Dafne y Biblis en laurel y en fuente.

Y cuando Honorio vio, sintiendo frío,  
que en carne del ciprés se fue volviendo,  
en su pecho esperó que, cual rocío,  
el silencio y la paz fuesen cayendo.

Mas todo era ilusión, porque su estrella  
le hace, aumentando su inmortal cuidado,  
hasta en la tumba, y hasta al lado de ella,  
y hasta amando sin fin, desventurado.

¡Pobre Honorio! En sus locos desvaríos,  
soñando en ser feliz, piensa, inocente,  
que ya de Soledad los restos fríos  
quemándole estarán eternamente.

## Escena IX

### *Lo que dicen los árboles*

HONORIO, convertido en ciprés.

Un cementerio.

#### ARGUMENTO

Como tal vez todo lo que vive siente, Honorio, convertido en ciprés, habla de su amor a Soledad. Se evocan todos los espíritus que, como Honorio, parecen gemir transmigrados en árboles.

Lo que dice en el árbol embebido,  
amante Honorio, de la tumba al hueco,  
lo devuelve la tumba repetido  
con la marcada exactitud de un eco.

«¡Ya de ti estoy, -a Soledad decía-,  
hasta el día del juicio, frente a frente,  
y esperándote así me aguardaría  
mil años, y otros mil, y eternamente!

»Oye, -seguía, revelando el duelo,  
de sus tiernos combates interiores-,  
por verte vine aquí, cual van al cielo  
volando los aromas de las flores.»

Ya es Honorio, cual veis, árbol que siente,  
después que ha sido ya mármol sensible:  
¿será este mundo real tan solamente  
el velo de otro ser que esté invisible?

¡Ay, sí! ¿Quién sabe si, de angustia locas,  
las almas que echa Dios al purgatorio,  
convertidas en árboles o en rocas,  
nos hablarán también, como habla Honorio?

Estos ecos, que turban mi conciencia,  
salvando de ambos mundos el abismo,  
¿ejercen sobre mi alma una influencia  
ignorada del mundo y de mí mismo?

¿Será cierto el placer o el desencanto  
de nuestros sueños tristes o risueños?  
¡Quién me diría a mí, que sueño tanto,  
que acaso son verdad mis largos sueños!

«¿Tal vez porque estás sola y enterrada  
sientes dolor? -Honorio proseguía.-  
Si yo pudiera consolarte, nada  
a las dichas del cielo envidiaría.»

Calla Honorio, y en lánguido abandono,  
remedando el ciprés su triste acento,  
resuena como el arpa, cuando el tono  
en que templada está, susurra el viento.

¡Santos recuerdos de mi amor difuntos;  
ya sé por el ciprés que esa alma anida,  
que sois, uno por uno, o todos juntos,  
invisibles testigos de mi vida!

Ya, a costa de mi dicha, he presentido  
que, al través de este mundo tenebroso,  
en torno de lo claro y definido,  
vuela algo indefinible y misterioso.

Sin duda no ve el mundo aletargado,  
mas bien que al alma, a su sentido atento,  
ese otro mundo de ideal soñado,  
por fatiga, indolencia o desaliento.

¡Oh inspiración del alma candorosa!  
¡Cuántas veces a mí, quiera o no quiera,  
divina una atracción, siempre imperiosa,  
de la terrestre acción me empuja fuera!

La tumba contemplando embebecido,  
Honorio continuaba: «No te alejes;  
temo, al verte dormida en ese nido,  
que un soplo te despierte y que me dejes.

»Eternamente gemiré a tu lado,  
para ti vivo, y para el mundo muerto;  
estaré en el ciprés siempre encantado,  
dormido a todo, y para ti despierto.»

Y esclavo satisfecho del ambiente,  
después que esto el espíritu decía,  
al impulso del aire mansamente,  
moviéndose el ciprés, iba y venía.

Y mientras tanto que el ciprés, sombrío,  
gemidos esparcía solitarios,  
arrebatao Honorio, en el vacío  
sus besos estampaba imaginarios.

Y si de hablar, para gemir, cesaba,  
el ciprés parecía que, ondulando,  
en un mental monólogo quedaba,  
en silencio las hojas agitando.

¿Si quejas, como Honorio, le darían  
a mi alma joven, de ventura escasa,  
cuando a impulsos del aire se movían  
los árboles del huerto de mi casa?

Al gozar de la sombra encantadora

de este árbol que mi padre plantó un día,  
¡cuántas cosas, Dios mío, entiendo ahora,  
que entonces, pobre niño, no entendía!

¿Será un eco el ciprés de mi ventana  
del acento del padre idolatrado,  
del triste adiós de la difunta hermana,  
del ¡ay! del ser de pena asesinado?

Sin duda a todo amante que padece,  
en nombre de los muertos y los idos,  
de algún Honorio el alma les ofrece  
grato festín de encantadores ruidos.

¡Vosotras sois, visiones gemidoras,  
las que en forma de céfiros alados,  
pasando, despertáis a todas horas  
estos ojos al sueño no cerrados!

Vosotras al perdido caminante  
le anunciáis, susurrando, su destino,  
con la voz de la madre o de la amante,  
desde el árbol del borde del camino.

¡No mi pena aumentéis, sombras queridas,  
pues por no hallar olvido en mi quebranto,  
desgarro con mis manos mis heridas,  
de sangre apacentándome, y de llanto!

¡Espíritus de Honorios, tentadores,  
dejadme por piedad, dejadme un poco;  
que al ver almas gimiendo hasta en las flores,  
más bien que alucinado, estoy ya loco!

¡Recoge, oh noche, el manto en que se anida  
tanto rumor, que soportar no puedo!  
¡Sol, que alumbras las sendas de mi vida,  
dame luz, dame luz; que tengo miedo!

Escena X

*El alma desterrada*

SOLEDAD.

El cielo.

#### ARGUMENTO

Ve Soledad desde la gloria el amor de Honorio, y en castigo de pensar en redimirle bajando al mundo, es desterrada del cielo, a ya puerta queda de rodillas pidiendo luz para poder ver la tierra.

Con sobrehumana intuición presiente  
Soledad, desde el cielo donde mora,  
que la ama Palaciano dulcemente,  
mientras que Honorio con furor la adora.

Y sabe que uno loco, y otro amante,  
un amor la profesan verdadero:  
Palaciano tranquilo y vacilante,  
sensual Honorio, arrebatado y fiero.

Leal y agradecida, allá en su mente  
piensa en los dos, y por entrambos ora;  
mas ella en cuanto a afectos, sólo siente  
el placer de hacer bien, que la enamora.

Son ellos y ella, en el amor humano,  
ella, lo que hay en el amor de eterno;  
las pasiones del mundo, Palaciano,  
y Honorio, los ardores del infierno.

La amaba el uno, el otro la adoraba;  
pero ella, sin pasión, era tan buena,  
que en otra vida de dolor soñaba,  
de abnegación y sacrificios llena.

Piensa de Honorio en el suplicio horrendo,  
y a sí misma, pensando, se decía:  
-¿Debo yo redimir su alma sufriendo,  
pues sufre el infeliz por causa mía?-

Por lástima (¡y quién sabe!), por ternura  
se enciende su bondad en vivo celo:  
¿podrá ser que, a pesar de su ventura,  
tenga también sus vértigos el cielo?

Goza el supremo bien; mas de manera,  
que unas veces sintiendo, otras pensando,  
su ventura, en la gloria, es tan austera,  
que recuerda el dolor de cuando en cuando.

-¿Por qué seré de Honorio tan querida?-  
pregunta a su razón su ánimo inquieto:  
¡casta flor en los bosques escondida,  
que no está de su encanto en el secreto!

¡Cuánto incienso a la virtud quemamos,  
la pureza ensalcemos de su llama;  
más noble que penar por el que amamos,  
es sufrir por el pobre que nos ama!

¡Oh! ¡Si dichosa redimir pudiera  
al infeliz que por su amor sufría,  
a ganar con mil vidas que tuviera  
otro cielo, y mil cielos, volvería!

De Soledad el pecho, ni en la gloria  
de afectos de piedad se encuentra lleno,  
pues sólo le consuela la memoria  
del santo alivio del dolor ajeno.

Pero una vez, más que otras, que al amante  
bajó, soñando, a redimirlo al suelo,  
los ojos Soledad cerró un instante...,  
y al abrirlos se halló fuera del cielo.

¿Qué falta cometió? -Llamó, atrevida,  
un amor de la tierra a su memoria:  
¡quién lleva al centro de la eterna vida  
pensamientos indignos de la gloria!

Transmigando por ella, y de amor muerto,  
de Honorio, el infeliz, pensó en el nombre:  
pensó tan sólo en redimirle, es cierto;  
pero al fin Soledad pensó en un hombre.

Al verse de los cielos desterrada,  
rezó con santa devoción el Credo;  
después miró hacia el mundo, y, espantada,  
no viendo luz, se santiguó de miedo.

Hallando el cielo enderredor sombrío,  
la creación miró desde su altura;  
mas sólo halló su vista en el vacío  
la noche de una inmensa sepultura.

Y al cielo, en cruz, por el amor de Cristo,  
le pide un rayo de su luz brillante:  
¿cómo ha de ver el sol la que ya ha visto  
la verdadera luz un solo instante?

Mientras, ciega, en sus horas solitarias,  
en vano los espacios escudriña,  
repite fervorosa las plegarias  
que la enseñó su madre siendo niña.

Sondeando los abismos tenebrosos,  
pensó, miró, volvió a pensar, y luego  
vio con ojos tan grandes como hermosos  
que, del cielo al salir, todo está ciego.

Mientras los ojos Soledad tenía  
en la profunda oscuridad clavados,  
a la puerta del cielo parecía  
una estatua con ojos animados.

Ni el sitio ve donde la planta asienta;  
y hasta el sol, allá bajo suspendido,  
con luz, como la tierra, cenicienta,  
parecía también casi extinguido.

La pobre Soledad de cuando en cuando  
aun se vuelve hacia el sol; mas no ve nada,  
parece decir, como soñando:  
-¿Por qué siempre seré desventurada?

Por culpas de otro a padecer comienza,  
y llora el mal de la primera herida,  
la que no tiene que sentir vergüenza  
ni de un solo momento de su vida.

Y ciega y aterrada y sin consuelo,  
en aquel limbo, sin dolor, sombrío,  
sin frío ni calor, fuera del cielo,  
siente ya ideas de calor y frío.

Aguarda y tiene fe; mas nada alcanza.  
Y a Dios, que sordo está, ¿qué le pedía?  
Ni entereza le pide, ni esperanza;  
un rayo sólo de la luz del día.

De lejos mira atravesar, dolientes,

las sombras de los coros celestiales,  
pues cerraban el cielo, transparentes,  
así como unas nieblas ideales.

Y un grave son de música sagrada  
pasar dejaba a su avariento oído  
la puerta, por un ángel mal cerrada,  
de aquello que nos es desconocido.

Y sus ensueños de piedad febriles  
encomiando con frases de ventura,  
la arrulla un coro de almas juveniles,  
himnos de amor cantando, y de ternura.

Su destierro lamentan, aterradas,  
las vírgenes de paz que no han sufrido;  
mas la admiran las almas desoladas,  
que han amado, llorado y padecido.

Y unas y otras, en santas melodías,  
enviándola palabras de consuelo,  
el Trisagio cantaban, que Isaías,  
feliz desde la tierra, oyó en el cielo.

Y el canto que se eleva al Dios augusto,  
de este modo alentaba su paciencia:  
-Y sabio y poderoso y bueno y justo,  
nuestra maldad perdona tu clemencia.-

Oyendo el canto con ferviente celo,  
mientras llega la luz, que tanto tarda,  
sola, a la puerta del perdón del cielo,  
como una pobre de pedir aguarda.

Y seguía la noche; y mientras puras  
dos lágrimas surcaban sus mejillas,  
se quedó Soledad sola y a oscuras,  
a la puerta del cielo, de rodillas.

## Escena XI

### *Castigo de Dios*

SOLEDAD. -JESÚS EL MAGO. -HONORIO.

Entre el cielo y la tierra.

## ARGUMENTO

Desterrada Soledad a la puerta del cielo, invoca el nombre de Jesús el Mago. La reverberación que produce la presencia de éste, le permite ver el mundo, a tiempo en que caía sobre él una tempestad. Soledad baja envuelta en un rayo, y destruye sus propias cenizas. Honorio la maldice. Cae otro rayo, que incendia el ciprés. Honorio sale de entre el árbol incendiado, y huye de aquel sitio.

Falto de luz, ajeno de reposo,  
de Soledad el corazón sumiso,  
ya empezaba a sentir cuánto es costoso  
el ganar para otro un paraíso.

Jamás, después de Dios, de afectos lleno,  
pudo un celeste amor llegar a tanto:  
purgar la propia falta es noble y bueno;  
mas pagar culpas de otro es bueno y santo.

A oscuras, sola, y de dolor transida,  
se acuerda de Jesús, y en su amargura,  
se siente a este recuerdo estremecida  
de esperanza, de gozo y de ternura.

Y «ampárame», pensó. Jesús, llegando,  
puso término al fin a sus clamores;  
pues, su frente de luz reverberando,  
de él un foco salió de resplandores.

Curar a Honorio de su amor quería;  
y al ver su propia tumba, ella pensaba  
que, extinguiendo su cuerpo, extinguiría  
la causa del amor que le abrasaba.

Sobre la tierra su furor pasean  
en sorda tempestad los elementos,  
y desde el Norte al Sur chisporrotean,  
como un árbol de pólvora, los vientos.

Mira al mundo, que a trechos parecía,  
en partes encendido, en partes ciego,  
porque sobre el a la sazón caía  
una tromba infinita de agua y fuego.

Ve una chispa a sus pies que nace y crece;

suenan un trueno, la envuelve una centella,  
se mete entre su luz, y resplandece  
el rayo, como nunca, al entrar ella.

Y Soledad, en rayo transformada,  
de sus restos mortales en acecho,  
a la tierra bajó, como sentada  
en un trozo de sol, pedazos hecho.

Y al caer, su sepulcro calcinando,  
ni en él dejó de sus cenizas huella,  
y luego hacia el ciprés su vuelo alzando,  
ángel subió la que bajó centella.

Por más que Honorio a Soledad veía,  
no estaba aún de la verdad seguro,  
porque aquella mirada parecía,  
más bien que de mujer, de un ángel puro.

La frente, aquella frente recordaba  
de Soledad; mas sus pupilas bellas,  
húmedas otro tiempo, hoy las hallaba  
sosegadas, y enjutas como estrellas.

Aunque era Soledad, no parecía  
la misma Soledad que él tanto llora:  
él amó más que a un ángel todavía,  
pues amó a una mujer encantadora.

Al estrago fatal de la centella,  
Honorio, eternamente altivo y tierno,  
extintas viendo las cenizas de ella,  
dio un grito que era un eco del infierno.

Y al bárbaro fragor perdió, aturdido,  
de su razón la varonil firmeza,  
cual si le hubiese horrísono partido,  
el retumbar de un trueno, la cabeza.

Sus ojos como llamas relucían  
de la noche a los lúgubres destellos;  
y crespos por la ira, parecían  
manojos de serpientes, sus cabellos.

Mientras, causando universal espanto,  
le envuelve de volcanes una nube,

el corazón de Honorio es, entre tanto,  
llama voraz, que del infierno sube.

Y como Honorio, en su furor, vertía  
de injurias y denuestos un torrente,  
estaba Soledad como estaría  
la tórtola mirando a una serpiente.

Y tanto mal a Soledad desea,  
forjando de venganza atroces planes,  
que Dios, por castigarle, le rodea  
de una explosión completa de volcanes.

Y arde el ciprés, y con mortal desmayo  
ella lo mira, mientras que él, paciente,  
un rayo ve caer tras otro rayo,  
con la altivez de un rey, sobre su frente.

Como estatua de mármol derribada,  
de hinojos, Soledad llora sus duelos,  
llamando sobre Honorio, resignada,  
las bendiciones todas de los cielos.

Y al salir de las llamas abrasado,  
ella le mira consternada y tierna,  
y él la dice, de cólera cegado:  
-¡Que caiga en ti la maldición eterna!-

Y escapa Honorio, entre espantado y fiero,  
del seno de las llamas desprendido,  
como hombre que ha ofendido al mundo entero,  
y que aborrece al mundo que ha ofendido.

## Escena XII

### *La lluvia de esperanzas*

JESÚS EL MAGO. -HOSORIO.

Delante del sol.

ARGUMENTO

Honorio pide consejo a Jesús el Mago, el cual le dice que obre con arreglo a su conciencia. Jesús el Mago sube al trono del sol, desde donde vierte, al amanecer, una lluvia de esperanzas. Descripción del amanecer. Invocación a Jesús el Mago, como dispensador de las esperanzas.

Viendo siempre la ex-tumba de soslayo,  
prosigue Honorio su aturdido vuelo,  
y encima ya de la región del rayo,  
se encuentra cara a cara con el cielo.

Y avanza inquieto, y cuanto más avanza,  
la causa mira más de sus pesares,  
como el pobre, proscrito cuando lanza  
la postrera mirada a sus hogares.

Y viendo Honorio que Jesús atento  
le contemplaba triste y apacible,  
«¿Qué haré? -le dijo con amargo acento-,  
¿hoy, que el bien para mí ya es imposible?»

«Ten fe, -dijo Jesús-; en Dios confía,  
y no será tu desventura tanta,  
pues al bien puede unirse todavía  
alguna mano cariñosa y santa.

»Tu gusto, aun transmigrando, sera el mío;  
sea el juez de ti mismo tu conciencia:  
obre primero, Honorio, tu albedrío;  
que después ya obrará la Providencia.»

Dice Jesús, y por los aires sube,  
cual blanco grupo de vapor fulgente,  
como yendo a esperar de nube en nube  
al sol, que se elevaba lentamente.

Y vio Honorio después que, al sol llegando,  
iba del alba entre la luz primera,  
semillas de esperanzas arrojando  
en su marcha triunfante por la esfera.

Y es que Jesús las esperanzas vierte  
ante el trono del sol, de Cristo en nombre,  
desde el gran día en que rompió su muerte  
la servidumbre universal del hombre.

Por eso, ya a granel, ya de una en una,

vierte, hechas luz, en nombre del Ungido,  
esperanzas de gloria y de fortuna,  
de fe, de amor, de libertad y olvido.

Era la hora en que del alba el velo  
de una noche de horror borra las huellas,  
y ya el sol, ascendiendo por el cielo,  
recogía a su paso las estrellas.

Honorio, en esperar siempre remiso,  
de su vida de amor desesperado,  
se oculta en el crepúsculo indeciso,  
entre el sol y la sombra colocado.

Y conforme la lumbre los colora,  
despojándose van los horizontes  
de esos velos de gasa que a la aurora  
se arrollan a las faldas de los montes.

Alegre el mirlo, al alba saludando,  
ya a la cima del árbol se encarama,  
y tras de una canción otra entonando,  
canta y salta a la vez de rama en rama.

Del lecho de sus únicos amores  
las zagalas en paz se alzan tranquilas,  
pues la luz anunciando a los pastores,  
mueven las vacas su collar de esquilas.

Y empieza el humo a circular ligero  
desde el hogar de la feliz cabaña,  
y ya una vez el canto del jilguero  
el eco repitió de la montaña.

Y en tanto que Jesús cruza la esfera  
entre la sombra y el confín del día,  
se oculta Honorio, sin mirar siquiera  
la lluvia de esperanzas que caía.

Y murmuró por fin: -Se acabó todo;  
perdiendo a Soledad, todo lo pierdo:  
pensaré siempre en ella, y de este modo  
viviré, aunque infeliz, con su recuerdo.-

Y por última vez mira a la tierra,  
y el negro rumbo de la noche toma,

y por no ver ni aun esperanzas, cierra  
sus ojos de león y de paloma.

Y entre tanto Jesús vierte, cernidas,  
semillas de esperanza y de contento  
por entre nubes, que, del alba heridas,  
cual copos de algodón esparce el viento.

¡Feliz mil veces tú, Jesús bendito,  
que el santo honor por Jesucristo alcanzas  
de cruzar ante el sol el infinito,  
derramando semillas de esperanzas!

Sembrando el aire, cual tu Dios fecundo,  
de ensueños, esperanzas y consuelos,  
urbem et orbem, la ciudad y el mundo,  
bendices desde lo alto de los cielos.

Tú de la aurora a la naciente risa,  
trayendo dicha, a nuestra puerta llamas  
con voz como el susurro de la brisa  
cuando besa las puntas de las ramas.

De nación en nación, de gente en gente,  
derrama tu piedad tanto consuelo,  
que al que se cree maldito eternamente  
echas sobre él la bendición del cielo.

Tú das valor al que a vivir empieza;  
fe a los que sufren, ilusión al que ama;  
al pobre la esperanza de riqueza;  
al débil, de poder; al vil, de fama.

Yo también, porque alivies mis desvelos,  
de Cristo en nombre, mi oración te envío;  
acuérdate, al sembrar tantos consuelos,  
de este rincón del mundo, Jesús mío.

Por ti al que pierde su esperanza, y llora,  
y reza al comenzar de la velada,  
la perdida esperanza, con la aurora,  
se encuentra, al despertar, sobre la almohada.

¡Yo no aguardo esperanzas ni alegrías;  
mas por la sangre pura del Ungido,  
manda a esa bendición que tú me envías

que me traiga la dicha del olvido!

## JORNADA TERCERA

### Escena XIII

#### *La transmigración a un águila*

HONORIO. -UN ÁGUILA.

En las nubes.

#### ARGUMENTO

Cansado Honorio de la dicha del reposo, subiendo más en la escala de los seres, transmigra a un águila.

El verdadero amor nunca sosiega,  
y así el bien como el mal a todo alcanza;  
como el castigo a toda falta llega,  
le llega a cada pena su esperanza.

Honorio, en aquel caos sepultado,  
principio de la noche y fin del día,  
en vano, en sus memorias abismado,  
cara a cara el fastidio desafía.

Sobreexcitando su inmortal quimera,  
su eterna aspiración a ser dichoso,  
en transmigrar pensó por vez tercera,  
cansado de la dicha del reposo.

Buscando un ser para su nueva historia,  
puso Honorio, por fin, sus asechanzas  
sobre un águila, símbolo de gloria  
de los pueblos que viven de matanzas.

Y aguarda un día y otro a que altanera  
el águila caudal cruce a su lado,  
como el que vuelto hacia la mar espera  
el regreso del barco deseado.

De transmigrar de nuevo ya anhelante,  
la ve como el que afila su mirada,

cuando, atrevida, el cielo cruza errante  
con sus aires de reina destronada.

Viendo una vez su brillo de topacio,  
cual desciende el halcón sobre su presa,  
Honorio, tras del águila, el espacio,  
como descarga eléctrica, atraviesa.

Sigue al pájaro el alma diligente,  
y al verse, gime Honorio y grita el ave,  
ella con voz aguda y estridente,  
y él con la voz ya lúgubre, ya grave.

Al águila en sus giros caprichosos  
persigue Honorio, y persiguiendo aterra  
al ave a quien los pueblos belicosos  
escogen por enseña de la guerra.

El fantasma y el águila luchando,  
se persiguen, se acosan y se acechan,  
y haciendo inmensos círculos, volando,  
poco a poco sus órbitas estrechan.

El ruido extraño que luchando hacían,  
lúgubre Honorio, el águila estridente,  
confundidos, un grito producían  
parecido a la risa de un demente.

Con el fantasma el pájaro revuelto,  
si avanza el uno, el otro se retira,  
y ve éste al fin que, por el alma envuelto,  
hecha nube, la aspira y la respira.

Hasta el pulmón el pájaro acosado  
por un vapor que respirar no quiere,  
con el pico torcido y acerado,  
al fantasma picando, el viento hiere.

Sintiendo el doble afán que sentirla  
el que aspirase un alma en un aliento,  
vio el ave que por grados adquiriría  
vida, instinto, pasión, casi talento.

Y Honorio, al transmigrar, ve con encanto  
más aire y luz, más infinito el cielo,  
mientras se siente el águila, entretanto,

superior a sí misma por el vuelo.

Rey uno de otro, y a la vez vasallo,  
juntos los dos en transfusión suave,  
cual se encarna el centauro en el caballo,  
de Honorio el alma se encarnó en el ave.

Y de un alma ya el águila animada,  
lanza de gozo y de victoria un grito,  
atravesando audaz con la mirada,  
y casi en un momento, lo infinito.

Como pájaro humano, a todo excede  
en pensar y en volar, pues nadie sabe  
lo que puede pensar, y volar puede,  
un espíritu de hombre en cuerpo de ave.

Dueño ya Honorio del león alado,  
después de tanto esfuerzo y pena tanta,  
con cierta especie de chirrido hablado,  
del amor imposible el himno canta.

#### Escena XIV

##### *Lo que cantan las aves*

HONORIO, convertido en águila.

En todas partes.

#### ARGUMENTO

Canta una golondrina, como Honorio, el himno del amor imposible. -Honorio, convertido en águila, vierte flores sobre el lugar donde estuvo la tumba de Soledad. -Descripción del crepúsculo de la tarde. -Cesa con la venida de la noche el canto de las aves.

Ya entre enjambres de espíritus camina,  
hecho un águila, Honorio, y entretanto,  
una gárrula y mansa golondrina  
me aturde con la jerga de su canto.

Si este pájaro hablase, ¿qué diría?  
Nos diría que al alba se levanta,  
y que, gimiendo hasta acabarse el día,  
del amor imposible el himno canta.

Diría que es un alma que, a otra amando,  
ni dio en la vida paz, ni halló contento,  
y que, aun febril, volando y más volando,  
descansa en el eterno movimiento.

Diría que, por culpas que ella sabe,  
la hizo Dios un espíritu sin nombre,  
y que en su idioma rítmico, aunque es ave,  
charla, grita y dialoga como el hombre.

Diría, en fin, que su desdicha es tanta,  
que, después de morir, vive gimiendo;  
que también, como Honorio, el himno canta  
del amor imposible, así diciendo:

«¡Bendita sea el alma que no sabe  
sobrevivir a una ilusión perdida,  
y luego muerta, y transmigrada en ave,  
canta el amor de su primera vida!

»Bien haya la pasión del ser bendito  
que sueña que algún día, sin cuidados,  
allá entre el esplendor de lo infinito  
sus votos colmará nunca saciados!

»¡Bendita el alma, a la que, siempre pura,  
la tentación de lo ideal acosa;  
que embebida en sus sueños de ventura,  
nada encuentra feliz, y así es dichosa!

»¡Bien haya el que, en su dicha desdichado,  
quiere a su ingrato amor porque le quiere,  
y que acaba la vida resignado,  
bendiciendo al ingrato por quien muere!

»¡Dichoso el que por sueños de mañana  
no halla hoy placeres ni ventura cierta,  
pues sólo hay dicha para el alma humana  
mientras soñando está que está despierta!»

El imposible amor así cantando,  
golondrina locuaz, caerás rendida,  
como en su cuerno de marfil Rolando  
gastó su fuerza hasta acabar la vida.

No importa: canta así, pues tus amores  
escucho con tal fe, que no me extraña  
que sólo por las aves y las flores  
tenga el palacio envidia a la cabaña.

A tus abuelos, como a ti, volando,  
vi en torno de mi cuna siendo niño:  
¡cuánto recuerdas a mi amor, charlando,  
de mi madre los brazos y el cariño!

¿Serás la misma tú que a mi ventana  
escuché tantas veces extasiado,  
cuando al compás de tu canción, mi hermana  
se columpiaba a un lado y a otro lado?

Tu fuente inagotable de ternura  
derrama en torno mío, ¡oh golondrina!  
Canta más, melodiosa criatura,  
azul reflejo de la luz divina.

Cuando vea en otoño tristemente  
que tu nidada hacia el Egipto pasa,  
te diré que no olvides en Oriente  
el nido del alero de mi casa.

Di a tus hijos que vengan algún día  
a proseguir tu interrumpido canto  
a este albergue, en que reina la alegría  
del continuo festín del libro santo.

Y diles que tu pena aquí en mi pecho,  
como en el tuyo, siempre hallo morada;  
que jamás desoída fue en mi techo  
tu redicha canción, nunca imitada.

Porque causa tu voz tan tierno encanto,  
que escucha Honorio tu canción divina,  
mientras, rendido con mortal quebranto,  
entre enjambres de espíritus camina.

Paseando con olímpico denuedo  
su amor eterno y su inmortal constancia,  
vuela y vuela, cual pájaro, sin miedo,  
el tiempo suprimiendo y la distancia.

Él, que, obcecado por la vez tercera,

de piedra en árbol transmigrando, lucha,  
ya águila al fin, del ritmo de la esfera  
el eco, cual Pitágoras, escucha.

De Soledad, volando, presentía  
en dónde el sitio de la tumba estaba,  
y sin duda el lugar reconocía  
por el santo perfume que exhalaba.

Y círculos y círculos describe,  
y circulando así, jamás se ausenta  
de un cierto punto azul, donde se vive  
en paz mientras que ruge la tormenta.

Como alma que a su hermana anda buscando,  
va una vez y otra vez, cual de pasada,  
sobre la ex-tumba una mirada echando,  
jamás por el dolor escarmentada.

Y excepto de su voz algún gemido,  
pensando ver el alma que no olvida,  
son sus ojos el único sentido  
en que voraz reconcentró su vida.

A veces, al mirar, tras corta ausencia,  
de Soledad la ex-tumba, un ¡ay! exhala,  
y derrama jazmines de Valencia  
y rosas de los huertos de Bengala.

Y en tanto que entre espíritus camina  
Honorio, y sin llorar, se ahoga en llanto,  
la gárrula y flotante golondrina,  
para llorar también, cesó en su canto.

Y es que llega la noche, y no gorjean  
las aves su canción en torno mío,  
porque ya las estrellas centellean  
del alto cielo en el azul sombrío.

Por la luz del crepúsculo asaltados,  
ya bajando los pájaros el vuelo,  
descienden a los bosques y a los prados,  
como flores caídas desde el cielo.

La noche avanza, y a esparcir empieza  
los coros de las pobres avecillas,

como al traer otoño su tristeza,  
sus brumas y sus hojas amarillas.

Ya al aura de la tarde, que fluyendo  
se perfuma por bosques de rosales,  
los árboles se inclinan, como oyendo  
misteriosos conciertos celestiales.

Y al tiempo en que se ocultan los pardillos,  
monótonos los búhos se levantan,  
y ya comienzan a entonar los grillos  
unas canciones de adormir que encantan.

Y al fin un himno a resonar empieza,  
misterioso, confuso, palpitante,  
que sin duda alza a Dios naturaleza,  
perpetua madre y eternal amante.

Himno de amor, que cantan los ambientes  
y las ondas del aire y las del río,  
los árboles, las aves y las fuentes,  
en las noches serenas del estío.

Queda Honorio en las nubes, y entretanto  
un solo ruiñón, muerto de pena,  
velando como yo, con triste canto  
el gran silencio de la noche llena.

Ven, noche, ven, y hacia la pena mía,  
de olvido y sueño enriquecida, avanza;  
ven, mientras suenan, al rayar el día,  
los himnos de la alondra a la esperanza.

#### Escena XV

#### *La verdad de lo que se dice*

HONORIO. -LA CAVA. -EL CONDE DON JULIÁN.

Encima y no lejos del mundo.

#### ARGUMENTO

Vagando Honorio, llega a una región de la atmósfera donde se oye la verdad de todo lo que se dice. -Oye después que Florinda hace a su padre el Conde D. Julián la confesión

de cómo fue engañada por el Rey D. Rodrigo. -Luego Honorio escucha las maldiciones que en algún tiempo lanzó sobre su raptor su hermano Palaciano, secuestrado entonces y preso por él. Horrorizado Honorio al oír las quejas de su hermano, huye de la esfera en donde se oye la verdad de todo lo que se dice.

Vagando Honorio por el aire un día,  
halla una esfera, de sonidos llena,  
que un eco de este mundo parecía,  
pues cuanto se habla en él, allí resuena.

Se sabe del lugar de donde vienen  
y adonde van, cuando se van, los ruidos,  
y en aquella región siempre se tienen  
cargados de rumores los oídos.

Por hechos mil, a la razón extraños,  
suena allí todo ruido en un momento,  
y si unos tardan días, y otros años,  
alguno tarda un siglo, y otros ciento.

Oía tanto Honorio, que hasta oía  
el recuerdo del son que muerto estaba,  
y hasta el silencio mismo parecía  
que, cuanto era mayor, más se escuchaba.

Se oye el más leve murmurar del viento,  
lo que el que duerme en sus ensueños dice,  
el ¡ay! del triste, el grito del contento,  
el odio que entre dientes nos maldice;

La tierna voz del que a vivir empieza,  
el eco del que ríe y del que llora,  
la madre fiel que por el hijo reza,  
y el joven que requiere a la que adora;

El vil que se desliza cual serpiente,  
el héroe que galopa a toda brida,  
la campana que anuncia, indiferente  
tocando, nuestra muerte y nuestra vida;

El que duerme tranquilo en las cabañas,  
los que casi en silencio hablan de amores,  
y esas cosas monótonas y extrañas,  
que el céfiro, al pasar, cuenta a las flores.

Honorio a oír con ansiedad se puso

una voz de mujer, que gime hablando,  
y se empeña en saber, todo confuso,  
si aquello es cierto, o si estará soñando.

Y entre un gemido oyó, y otro gemido,  
que así la Cava sus amores cuenta;  
y Honorio, que la escucha enternecido,  
para oirla mejor, casi no alienta.

## LA CONFESIÓN DE FLORINDA

Del Tajo en la ribera, así la Cava  
triste le hablaba, a Don Julián sombrío,  
ocultos en un soto que formaba,  
entre dos orlas de álamos, el río.

Florinda, echada de su padre al cuello,  
así su pena a referir comienza:  
«¡Cómo empezar, señor! ¡Cómo hablar de ello!  
¿Quién me esconde de mí? ¡Tengo vergüenza!

»Aunque perdón por mi desdicha imploro,  
por vuestra vida os juro, que es la mía,  
que, en mi infantil candor, del mal que lloro,  
el cómo fue no sé; yo no quería.

»Antes de hacer, más que galán, cobarde,  
a mi inocencia y a su honor agravios,  
siempre al decirme el Rey el cielo os guarde,  
me cerraba los ojos con sus labios.

»Yo, ajena del amor que le inspiraba,  
dejándome querer, pensé, inocente,  
que Rodrigo en los ojos me besaba  
como besan los padres en la frente.

»Una noche ¡ay de mí! sentí durmiendo  
el beso de los ojos en la boca...»  
Calló un instante, y prosiguió diciendo:  
-¡De pensar lo demás, me vuelvo loca!-

Tras nueva pausa continuó, llorando:  
«¡Cuánta afrenta y dolor, Virgen María,  
hallé en mi corazón, la luz mirando,  
que brilló como siempre al otro día!

»Luego, ni amante, ni siquiera amigo,  
si al verme, el cielo os guarde, murmuraba,  
no volvió a darme el infeliz Rodrigo  
aquel beso en los ojos que me daba.

»Tanto a los dos nuestro recuerdo humilla,  
que, él pensando en su honor, yo en mi pureza,  
con cierta palidez, casi amarilla,  
bajamos, al mirarnos, la cabeza.»

Y ahogada en llanto, y sin mirar al padre,  
una vez y otra vez le repetía:  
-Mas por la sombra, os juro, de mi madre  
que el cómo fue no sé; yo no quería!-

Con lágrimas de amor y de despecho  
ve el llanto de Florinda el pobre Conde,  
y con noble pudor, contra su pecho,  
como ocultando el de ella, el suyo esconde.

Y haciendo al cielo, al que miró con saña,  
testigo del furor de sus querellas,  
un ¡ay! lanzó, que consternando a España,  
por encima rugió de las estrellas.

Las quejas que algún día alzó su hermano,  
oye Honorio después, todo aturdido,  
y es para él la voz de Palaciano,  
más que audición, remordimiento oído.

De la verdad en la celeste esfera,  
oyendo aquella voz que resonaba,  
sin pestañear, la oía de manera,  
que casi con los ojos la escuchaba.

Mientras que Honorio de su hermano oía  
maldiciones y gritos de venganza,  
de aquellos ojos de águila vertía  
destellos de un dolor sin esperanza.

Maldice Palaciano, secuestrado,  
al que fue su raptor, desde un abismo;  
y Honorio oye su voz desencajado,  
cual si fuese el fantasma de sí mismo.

Y triste, y ciego, y de furor beodo,

sube, y baja, y suspira, y de repente,  
de aquella esfera en que se oía todo,  
desconcertado, huyó como un demente.

Y vuela con histérica agonía,  
y suelta Honorio, al emprender su vuelo,  
la risa que el demonio invento el día  
en que lanzado fue del alto cielo.

## Escena XVI

### *La verdad de lo que se hace*

HONORIO. -CÉSAR. -PALACIANO. -UN BÚHO.

El mundo a vista de pájaro.

#### ARGUMENTO

Como no hay nada grande ni nada pequeño, al huir Honorio de la esfera en la cual se oye todo cuanto se dice, llega a otra región donde se ve todo cuanto se hace. -Ve a César a la orilla del Rubicón, límite de su gobierno, que las leyes le prohibían traspasar, consultando el augurio del vuelo de las aves. -Oye cantar a un búho, le arroja una piedra para ver hacia dónde vuela, y espantado el búho, pasa el río y se dirige hacia Roma. -César, suponiendo que el vuelo del pájaro es la voluntad de los dioses, pasa el Rubicón. -Ve después Honorio el acto en que gentes enviadas por él aprisionan y secuestran a Palaciano. -Avergonzado de su acción, huye Honorio, alejándose de la región en la cual se ve todo cuanto se hace.

De vuelo en vuelo, al fin, de pausa en pausa,  
se queda Honorio a contemplar atento  
ese espejismo mágico que causa  
la desigual rarefacción del viento;

Y un alta esfera de la luz querida  
ve Honorio, donde, en óptico escenario,  
contempla cada drama de la vida,  
cual si fuese algún drama imaginario.

Cuando, al final de su veloz carrera,  
de la audición la atmósfera traspasa,  
ascendiendo, ascendiendo, halla la esfera  
donde se ve cuanto en el mundo pasa.

Mira Honorio las ansias y el desvelo,

la fe sangrienta, la inquietud horrible  
del hombre de ambición, en quien el cielo  
grabó la tentación de lo imposible.

Trasluce las visiones transparentes  
que aun guarda en el no ser lo no venido,  
y mira los espectros refulgentes  
de los imperios que en la tierra han sido.

Se miran con horror santificados  
el deshonor, el vicio y la ignorancia,  
cuando se ven los hombres despojados  
del prestigio del tiempo y la distancia.

Ve Honorio con tristeza que aminoran  
las glorias del mortal, ruines misterios,  
que Dios, aunque los Césares lo ignoran,  
destruye por nonadas los imperios.

Y mira, en prueba de ello, una mañana,  
que a César hacia Roma un ave guía,  
pese al orgullo de la historia humana,  
engañosa o engañada hasta aquel día.

Mira al héroe mayor, que, batallando  
con no usado valor e inútil brío,  
el mundo se le escapa, conquistando,  
a fuerza de batallas, el vacío.

Y meditar le mira el gran perjurio,  
que aun duda cometer su alma traidora,  
hasta que así, de un búho ante el augurio,  
conquista la nación conquistadora.

## EL BÚHO DE CÉSAR

Junto a un río, una noche, piensa un hombre  
delgado, calvo, pálido y pequeño,  
que es cosa vil para su ilustre nombre  
ser siempre vencedor y nunca dueño.

Vacilante en la sombra, al fin se inflama,  
ya del alba a los pálidos destellos,  
y -El mundo y Roma, o yo, -resuelto exclama.  
-Si no paso, ¡ay de mí!; si paso, ¡ay de ellos!-

Y el tardo vuelo a consultar se humilla,  
como augurio feliz de cosa santa,  
de un búho que en un árbol de la orilla  
con monótono son pausado canta.

Aquel César audaz, tan orgulloso,  
que el orbe entero avasallar quería,  
como romano, al fin, supersticioso,  
del búho en la presciencia encuentra un guía.

-Si va hacia Roma, dice, paso el río;-  
y añade, abandonándose al acaso:  
-El rumbo de su vuelo será el mío.  
Si pasa, paso; y si no pasa, ¿paso?...-

Se acerca al árbol silencioso y grave;  
cauto, una piedra de entre el césped toma;  
se alza, la tira, y espantada el ave,  
pasando el Rubicón, voló hacia Roma.

Siguió César detrás, y luego a dúo,  
a la primera luz de la alborada,  
en tanto que pausado canta el búho,  
-¡Ya está, César gritó, la suerte echada!-

Del Rubicón sobre la opuesta loma  
César gritando: -¡A Roma! -al mundo espanta;  
y contestando la legión: -¡A Roma!-  
con monótono son el búho canta.

«Y nos mintió después que oyó trompetas-,  
murmura Honorio, -y cantos de victoria,  
y sueños, y visiones, y cometas,  
la necia intemperancia de la historia.

»Y es que al besarle cual señor, más tarde,  
servil el pie, se avergonzó la tierra  
de que a un pájaro fe diese cobarde  
este genio del vicio y de la guerra.

»¡Suerte fatal, que con augurios ande  
la vida de los Césares mezclada!  
Cuando un búho es un búho, es César grande;  
cuando un búho es su dios, César no es nada.»

Honorio, después de esto, el tiempo andando,

a César contempló del mundo dueño,  
y el Rubicón y el búho recordando,  
-Nada hay grande, exclamó, nada hay pequeño.

Y ve después que a Palaciano, un día,  
gente enviada por el aprisionaba,  
y dudando de aquello que veía,  
quería persuadirse que soñaba.

Con la magia cruel del espejismo,  
de su antiguo baldón la infamia crece,  
y viendo la deshonra de sí mismo,  
de vergüenza su pecho desfallece.

Y la extensión cruzando del vacío,  
se aleja hasta de sí con loca prisa,  
sintiendo de la fiebre el calofrío,  
que acaba siempre en convulsión de risa.

Y llevando de nuevo hacia otra esfera  
la triste historia de su amor eterno,  
huía con terror, como si huyera  
rozando con los bordes del infierno.

## Escena XVII

### *La verdad de lo que se piensa*

HONORIO. -EL DANTE. -PALACIANO.

Debajo y cerca del cielo.

### ARGUMENTO

Subiendo Honorio de la región donde se ve todo lo que se hace, se encuentra en otra región donde se penetra todo lo que se piensa. -Allí, entre otras cosas, ve el siguiente último sueño del Dante:

El Dante, poco antes de morir, sueña que vive Beatriz, y que sus enemigos, los Güelfos, le encierran en la Torre del Hambre de Ugolino, para que desde ella vea cómo ejecutan a Beatriz, haciéndola morir en un cadalso. -Al ver el tormento y muerte de Beatriz, el

Dante sigue soñando que se estrella la frente contra el suelo, y del dolor que le causa la caída, muere despertando en el otro mundo. Encuentra, al entrar en el cielo, a Beatriz.

Después Honorio sorprende el pensamiento de Palaciano, fijo en el semblante de Soledad, y desde la región del lugar donde se penetra todo lo que se piensa, vuelve a bajar a la esfera donde se ve todo lo que se hace. -En esta región ve la imagen de Soledad en un altar, y clavada en ella la mirada de Palaciano; y por no verlo, baja Honorio a la esfera donde se oye todo lo que se dice. -En esta última región oye la oración que Palaciano eleva a Dios rogando por Soledad, y Honorio vuela hacia donde suena la voz de su hermano.

Y vuela Honorio más, y a cada paso  
sus ojos con valor rápidos miden  
las etéreas regiones, donde acaso  
las suertes de las almas se deciden.

Y llega, de dolor calenturiento,  
a otra región más alta y menos densa,  
donde abarcando el mundo el pensamiento,  
penetra desde allí cuanto se piensa.

Y tanta alma conoce disfrazada,  
que el globo desde allí le parecía  
una mina de crímenes cargada  
que a un rayo de verdad reventaría.

Viendo Honorio a la luz de la evidencia  
la secreta intención de las acciones,  
que es en el mundo, advierte, la existencia  
un ojeo de tigres y leones.

Si Dios las cosas separase un día,  
de las que falsas son, las verdaderas,  
el hombre hacia los bosques correría  
a disputar sus antros a las fieras.

Mira Honorio que, en lucha desastrosa,  
no va el hombre a su hermano destrozando,  
porque en pos la mentira va, piadosa,  
las garras de los tigres afelpando.

Y un día Honorio con dolor repara  
el gran remordimiento y la agonía  
que revelan los pliegues de la cara

del padre de la ardiente poesía.

## EL ÚLTIMO SUEÑO DEL DANTE

En su lecho, al morir, Dante reposa,  
y en vez de descansar, sueña el poeta:  
una visión terrible y espantosa  
con bárbaro furor su sueño inquieta.

Viva y hermosa a Beatriz soñaba,  
y que, puesto en prisión por Gibelino,  
para verla, a la reja se asomaba  
de la Torre del Hambre de Ugolino.

¡Atroz remordimiento! Sueña el Dante  
que en la Torre del Hambre se le encierra  
para hacerle sufrir la más punzante  
de todas las angustias de la tierra.

Entre unos Güelfos, de furor beodos,  
mira a Beatriz llorando tristemente,  
y sufre en uno los tormentos todos  
que hizo él sufrir en la ciudad doliente.

Y cuando esto soñaba, iba cayendo  
un llanto de sus párpados, que ardía,  
mirando a un prigionero que, leyendo  
la sentencia fatal, así decía:

«Aunque es tan sólo el gibelino Dante  
un loco que escribió lo que soñaba,  
hoy vengarán los Güelfos en su amante  
cuanto hizo padecer a los que odiaba.

»Cual vampiro, las tumbas escarbando,  
fue exhumando cadáveres, y luego  
las frentes de los Güelfos señalando  
con luz de infamia y rótulos de fuego.

»Que sufra el Dante en el dolor de aquella  
que sus cantos de furia le inspiraba;  
muera en su nombre ahorcada la doncella  
que, aun niña y sin amor, ya le adoraba.

»Él al infierno condenó inclemente  
cualquiera papa o rey, siendo enemigo;

quien hizo padecer injustamente,  
que sufra justamente igual castigo.

»Vea el Dante expirar, desesperado,  
el solo aliento de su vida entera;  
y siendo en Beatriz ajusticiado,  
ya que a hierro mató, que a hierro muera.»

Viendo el Dante el patíbulo afrentoso,  
de la tarde a los últimos reflejos,  
-¡Malditos Güelfos! -murmuró furioso,  
pensando en alta voz como los viejos.

Y al ruido de los Güelfos, que aplaudían,  
de su sueño juguete desdichado,  
vio que al cadalso a Beatriz subían,  
sudando el Dante, y a la vez helado.

Armados ya con el dogal, rompieron  
las gasas de aquel cuello, a cuyo broche  
sólo a tocar ocultas se atrevieron  
las alas de las brisas de la noche.

Y al cuello de Beatriz a echar se atreve  
un sayón el dogal con insolencia,  
sin el santo respeto que se debe,  
más bien que a la virtud, a la inocencia.

Dante su cárcel con furor recorre,  
y -¡Oh Ugolino! ¡Ugolino! -repetía;-  
fue un idilio de paz, en esta torre,  
tu muerte, comparada con la mía.-

Mirándola otra vez, sacude airado  
los hierros de la reja en que se asoma,  
viendo ya negro el círculo azulado  
que rodeaba sus ojos de paloma.

La turba de los Güelfos aplaudía,  
viendo al Dante rugir como una fiera;  
y en tanto el pregonero repetía:  
-El que a hierro mató, que a hierro muera.-

De venganza tan vil, a Dios clamaba,  
la maldición mezclando con el ruego,  
el hierro de la reja en que miraba

escaldando con lágrimas de fuego.

Y un no sé que mirando de hito en hito,  
-¡Dame ahora, gritaba, patria mía,  
más llanto que verter, ya que, proscrito,  
te he dado cuantas lágrimas tenía!-

Beatriz rompiendo de la vida el yugo,  
la vista alzaba de la misma suerte  
que quien pide perdón para el verdugo  
en la hora postrera de la muerte.

Y después que ella expira, él ve espantado,  
yendo y viniendo en tenebrosos giros,  
de espectros el patíbulo erizado,  
de perros vagabundos y vampiros.

Y al verlos repartirse en son de guerra,  
de Beatriz los miembros destrozados,  
cayó rendido, quien infierno y tierra  
de venganza y terror dejó agotados.

Vuelto ya en sí, su sangre cual torrente  
por sus arterias rápida corría,  
y contra el suelo se estrelló la frente  
cuando vio, sin morir, que ella moría.

Y soportar el Dante no pudiendo  
el golpe atroz de su mortal caída,  
a un tiempo despertándose y muriendo,  
despertó, despertando en la otra vida.

Y ya en la vida eterna, al fin vio Dante  
que su alma soñó lo que temía,  
y encontró a Beatriz, cuyo semblante  
hacer palidecer al sol podría.

Por caminos de luz va de la que ama  
el Dante en pos, con el anhelo mismo  
con que asimos en sueños una rama,  
creyéndonos lanzados a un abismo.

Y -¡He sufrido, al morir, la dijo, tanto!...-  
Y contestó Beatriz, de gracia llena:  
«Ya vi que a punto de morir de espanto,  
al fin tu sueño te mató de pena.

»Tú, al castigarte en sueños, iracundo,  
el odio que has sembrado recogías.  
Para aquél que obra mal en ese mundo  
no hay bellas noches ni serenos días.

»Hoy conmigo vendrás al paraíso,  
pues sentiste al morir remordimientos:  
así purificar el cielo quiso  
tu alma de culpables pensamientos.»

Dijo al Dante Beatriz, y lo guiaba  
por la región de las celestes brisas,  
y el horror de su sueño disipaba  
vertiendo en derredor santas sonrisas.

La mística ciudad, por fin, tocando,  
con la actitud de un Dios sin resplandores  
entró en el cielo el que vivió soñando  
en la eterna ciudad de los dolores.

Desde aquel sitio Honorio, en su presciencia,  
los hombres y las cosas penetraba,  
e intranquila al mirar tanta conciencia,  
-¡Cuánto sueño del Dante!... -murmuraba.

Y descornado al ver el denso velo  
que cubre el corazón, pensó aquel día  
que es la mentira vil un don del cielo,  
y una inicua virtud la hipocresía.

Mas luego, desdichado y siempre amante,  
tornando, al fin, a su inmortal tormento,  
de Soledad clavado en el semblante,  
penetra de su hermano el pensamiento.

Y a desandar volviendo su carrera,  
con sentimiento aquí, y allí con ira,  
de la visión bajando hacia la esfera,  
ve de color de sangre cuanto mira.

Y en un altar la imagen adorada  
de Soledad columbra, y que profano  
tiene en su rostro fija la mirada  
de sus ojos amantes, Palaciano.

Y huye más, y huye más, y cuando el vuelo  
hacia el lugar de la audición tendía,  
oye Honorio que mística hacia el cielo,  
de Palaciano una oración subía.

Nombrando a Soledad, oye que de ella  
la eterna salvación, enamorado,  
le pide a Dios, por el amor de aquella  
que ha sido concebida sin pecado.

En boca de un rival le da aquel día  
la oración por la que ama, tal martirio,  
que era el furor con que a su hermano oía,  
el rencor en el colmo del delirio.

Y vuela oyendo y el lugar buscando  
en que la voz de Palaciano suena;  
y parece, más que águila volando,  
un león que sacude la melena.

Por los celos cegado, el aire hiende  
con fiero amor e insólita arrogancia,  
y hacia la tierra con furor descende,  
del sitio de la eterna resonancia.

Y ¿adónde vuela Honorio? ¿Adónde piensa  
saciar la inextinguible idolatría  
de una pasión feroz, a la que inmensa  
la misma eternidad no saciaría!

## Escena XVIII

### *Justicia popular*

HONORIO. -PALACIANO. -SOLEDAD. -PUEBLO.

Una catedral

### ARGUMENTO

Honorio celoso, después de mirar al centro de la catedral, y ver la imagen de Soledad colocada en un altar, entra por el rosetón de la fachada, y empujando el águila de bronce que contenía el fuego sagrado, se repite la misma escena que ocurrió en la catedral de Valencia el de Mayo de , pues al bajar, como entonces se acostumbraba, desde el

cimborio, un águila echando fuego, saltó una chispa que hizo arder el altar, fundiéndose la plata que contenía, la cual corrió hasta la reja del presbiterio. -El águila en que se halla transmigrado Honorio es maltratada, presa y condenada a morir en una hoguera. - Después de quemada el águila, huye el alma de Honorio, y bajando Soledad, se mete en la hoguera, en expiación de los pecados de Honorio, y sufre por él los tormentos a que estaba condenado.

Rápido, altivo, enamorado, ardiente,  
sigue Honorio su vuelo infatigable.  
Estar loco de amor es tan frecuente  
como es lo natural inevitable.

Furioso, de la cima de los cielos  
bajó, como el que baja un precipicio,  
llevado de la rabia de los celos,  
que roe el corazón y turba el juicio.

De la gran catedral ya frente a frente,  
al bajar de las zonas superiores,  
ve que de luz vomitan un torrente  
las ventanas de vidrios de colores.

La voz de Palaciano en lontananza  
solemne desde el púlpito retumba,  
y Honorio, para oírle, el rostro avanza,  
cual máscara exhumada de una tumba.

Hacia el altar, que brilla esplendoroso  
y es el blanco de ardientes oraciones,  
Honorio un no sé qué de misterioso  
ve, ahogado por sus mismas pulsaciones.

Entre la luz inmensa que fulgura,  
a los ojos de Honorio se presenta,  
igual a Soledad, una escultura,  
que como el sol sobre el altar se ostenta.

De ella esculpir las púdicas facciones  
Palaciano mandó, devoto y tierno,  
y él con ojos lo ve cual los tizones  
que enciende Satanás en el infierno.

Y clavando en la imagen su mirada,  
tanto o más que celoso, sanguinario,  
por el gran rosetón de la fachada  
hasta el fondo voló del santuario.

Dejan a Honorio, al penetrar, a oscuras  
de unas luces sin fin los resplandores;  
mas ve en torno después las mil figuras  
de ángeles, cristos, santos y doctores.

Y unas formas que en otras se perdían  
vio, no sé si en quietud o en movimiento,  
que del suelo a la bóveda subían,  
bajando de la ojiva al pavimento.

Y vio que por las naves se enlazaban,  
corriendo en variedad inagotable,  
dibujos y calados que imitaban  
tejidos de un vapor imponderable.

Todo el genio del arte, en savia ardiente,  
por ramos y molduras se extendía,  
y la masa de piedra, transparente,  
bajo el cincel su pesadez perdía.

Y cual grita al salir, exorcizado,  
del cuerpo, Satanás, de algún maldito,  
oyó el pueblo en la iglesia congregado  
un graznido feroz, casi inaudito.

Cuando Honorio irascible así gritaba,  
el vulgo, embelesado y de fe ciego,  
bajando del cimborio contemplaba  
otra águila de bronce echando fuego.

Por Honorio empujada, se desploma  
sobre el altar esta águila humeante,  
y lanzado ya el rayo, Honorio toma  
un aspecto de Júpiter tonante.

Prende el fuego al altar, y de manera  
va de un ángulo a otro ángulo corriendo,  
que al calcinar la llama la madera,  
funde la imagen la madera ardiendo.

Acude el pueblo, y el altar socorre;  
mas pronto, derretido el gran tesoro,  
del presbiterio hasta la reja corre  
de un sol fundido una cascada de oro.

El águila, aletazos sacudiendo,  
tanto la imagen deshacer quería,  
que hasta el oro en fusión que iba corriendo,  
quemándose las alas, esparcía.

Cuando ya en humo el águila altanera  
vio convertida del altar la gloria,  
el rico timbre de su voz guerrera  
la alegría expreso de la victoria.

Entre la rabia y el terror que pasma,  
no sabe el pueblo, en su opinión incierto,  
si es aquel monstruo un águila, un fantasma,  
o un demonio tal vez que lleva a un muerto.

Le ve, le acosa, y destrozarle quiere,  
y rindiendo a aquel Hércules alado,  
por más que grita y que amenaza y hiere,  
queda a golpes muy pronto acogotado.

El pueblo, de su rabia en el delirio,  
le arrastra sin piedad, y antes que muera,  
le impone, al fin, por último martirio,  
la pena de morir en una hoguera.

Le arrojan a la llama, y los sayones,  
celebrando el tormento merecido,  
lanzan gritos de horror y maldiciones  
en torno del suplicio del vencido.

Se va el águila, al fin, carbonizando  
entre la hoguera en que cayó jadeante,  
mientras se iba entre el humo levantando,  
de Honorio el cadavérico semblante.

Y huye después, y en tanto que divisa  
la hoguera y los sayones, sobre el mundo  
va arrojando una histérica sonrisa,  
que revela el desprecio más profundo.

Y como suele a veces de la esfera  
bajar desconocido un meteoro,  
desciende Soledad, y entra en la hoguera  
con tez de nieve y con cabellos de oro.

Y en el incendio de que Honorio huía,

cual mártir voluntario se atormenta,  
y al cielo el rostro con dolor volvía,  
como diciendo a Dios: -Ténselo en cuenta.-

Tranquilo el corazón, el alma pura,  
santa redime al obcecado amante;  
y brilla más al fuego su figura,  
como al darle la luz brilla el diamante.

Vuelta hacia el cielo la gentil cabeza,  
triste y alegre Soledad tenía  
los ojos impregnados de tristeza  
y la frente radiante de alegría.

Después de tanto afán y penas tantas,  
cuanto sufre por él, tanto ella goza,  
obrando generosa, cual las plantas,  
que perfuman el pie que las destroza.

Y, en vez de un diablo, el público no mira  
que abraza a un ángel de hermosura extrema,  
pues sucede a menudo que la ira,  
por quemar a un demonio, a un ángel quema.

## JORNADA CUARTA

### Escena XIX

#### La transmigración a un hombre

LOS DOS HONORIOS.

Diócesis del obispo Palaciano.

#### ARGUMENTO

El alma de Honorio, completando la escala de los seres, vuelve a transmigrar al cuerpo de un joven profeso, a quien, al confirmarle el obispo Palaciano, había puesto el nombre de Honorio, en memoria de su difunto hermano.

Y cuando esto sucede, en un convento  
vive feliz un joven en clausura,  
alma de fe, de paz y de contento,  
de inocencia impregnada y de dulzura,

Con el nombre de Honorio, siendo niño,  
le confirmó el obispo Palaciano;  
recuerdo inolvidable del cariño  
que profesaba a su difunto hermano.

Sin historias presentes ni pasadas,  
sólo en las ciencias su pasión encierra,  
como una de esas almas resignadas  
que jamás se confían a la tierra.

Grande es su fe, severa su alegría,  
sus mejillas y labios sonrosados;  
limpia y blanca, su frente parecía  
la frente de una niña sin cuidados.

Un día cierto espíritu que vuela,  
de niebla el brillo de sus ojos cubre,  
como la escarcha los retoños huela  
de los últimos soles del octubre.

Algo en su pecho abrasador se embebe,  
pues, de pronto, esta noble criatura  
presiente que a su espíritu de nieve  
un bautismo de fuego transfigura.

Y lo mismo que un alma que no ha amado  
se encuentra, sin saberlo, a otra alma unida,  
sobre la vida, el joven, que ha gozado,  
¡fatal resurrección! siente otra vida.

Y es que, uno resignado, otro altanero,  
con la duda amargando la inocencia,  
en el humilde Honorio, Honorio el fiero,  
transubstancia su vida en su existencia.

Al joven con dolor, como el que siente  
su juventud a una vejez unida,  
ya empieza a parecerle vagamente  
sueño de fecha inmemorial su vida.

Tranquilo sin razón, o turbulento,  
ve a veces con terror, y otras con calma,  
que un vapor tan sutil como su aliento  
turba sus ojos o ilumina su alma.

Parece que le envuelve, y no le toca,  
algún ser escapado de la tumba,  
que, impalpable, al pasar, besa su boca,  
late en sus venas, y en sus sienes zumba.

En los sueños sin fin que le extravían,  
más que el cuerpo su espíritu embarazan  
manos de luz que a su pesar le guían,  
y brazos aeriformes que le abrazan.

Al ver que sobre su alma se desploma  
la invisible presión de alguna mano,  
se agita con pavor, cual la paloma  
se agita bajo el vuelo del milano.

Se vuelve en torno, mira, y no ve nada,  
mas siente que tenaz, fría, invisible,  
en el fluido eléctrico mezclada,  
le acosa una influencia indefinible.

Turbado, entre tristeza y alegría,  
con noble abnegación y hondo egoísmo,  
con dos almas se encuentra cierto día,  
prisionero de guerra de sí mismo.

Luchan con ira o con mortal desmayo,  
con sus gustos pasados los presentes,  
cual si hubiese su espíritu algún rayo  
partido en dos mitades diferentes.

En un alma que ríe, otra que llora,  
como el mal en el bien, al fin se anida.  
¡Oh Dios! y ¡cuántas veces, como ahora,  
se anidará otra vida en nuestra vida!

Así en lucha tenaz, en el pequeño,  
Honorio el grande se embebió implacable,  
encadenando a un porvenir risueño  
un pasado del todo irreparable.

Y el joven, sollozando, se decía:  
«¿Habrà cual mi dolor, dolor alguno?  
¿Me guío yo a mí mismo, o quién me guía?  
¿Vengo a ser uno en dos, o dos en uno?

»Si la que ayer pensaba era mi mente,

esta conciencia de hoy no es mi conciencia:  
o yo soy otro, o misteriosamente  
repercute en mi ser otra existencia.

»Tendré fe en Dios, pues con su santa ayuda  
toda la luz de la verdad se alcanza.»  
Y calla, y al callar, cae en la duda  
desde el cielo feliz de su esperanza.

Así, una vez creyendo, otras dudando,  
queda el alma del joven confundida,  
temerosa de sí, como buscando  
por qué puerta escaparse de la vida.

## Escena XX

### *El bien y el mal*

DOS ALMAS EN UN CUERPO.

El cuerpo humano.

#### ARGUMENTO

Existencia antitética del bien y el mal, El espíritu del joven, viéndose contrariado por las inclinaciones del alma transmigrada, huye, y deja en su cuerpo, alojada y sola, el alma de Honorio.

Al profeso infeliz, desde aquel día  
a nueva vida el corazón abierto,  
su morada claustral le parecía  
un sepulcro perdido en un desierto.

Llevando Honorio al joven sus dolores,  
juntos así vivieron y penaron:  
cual en el tallo de una flor, dos flores,  
dos almas en un cuerpo se injertaron.

De pesar abrumado, y siempre en vela,  
con dos almas cargado, el cuerpo gime,  
y lucha, y forcejea, y se rebela  
bajo el peso de hierro que le oprime.

Confuso el joven, distraído, inquieto,  
si se asoma al jardín, mira embebido

en el árbol de enfrente algún objeto  
que nunca ha estado allí, pues no ha existido.

De hastío y de dolor el joven muere,  
pensando que es un alma desolada,  
que segura no está de lo que quiere,  
mas que no quiere del presente nada.

¡Tormento universal! ¿Cuál ser oscuro  
hace inútil la acción de su albedrío?  
Porque el joven Honorio está seguro  
que entre su cuerpo y él corre algo frío.

¿Podrá ser que a nuestra alma, otra alma infusa,  
sus recuerdos le añada y sus flaquezas,  
cuando, al sentirse dominada, acusa  
a la carne infeliz de sus torpezas?

¡Cuántas veces herido de pasada,  
en esta vida de inquietud que llevo,  
por causa de un pesar, de una mirada,  
transformado mi ser, nací de nuevo!

Del alma de aquel joven frente a frente  
queda el alma del hombre transmigrado,  
como al lado de un ser bueno y creyente  
vive otro ser rebelde y sublevado.

Las dos almas en lucha fratricida  
se ahogan en un cuerpo, y de esta suerte,  
mezclada a los deseos de la vida,  
siente el joven las ansias de la muerte.

Vagando por sus miembros agitados,  
circula el alma de él como una loca,  
al ver por otro espíritu animados,  
sus turbios ojos y su inquieta boca.

Aquel cuerpo sin paz sirve de asilo,  
además de la propia, a un alma ajena,  
y esclavo de las dos, sufre intranquilo,  
tras noches de pesar, días de pena;

Pues viviendo azorado noche y día,  
pensando si creía o si dudaba,  
aunque una parte de su ser creía,

en medio de su fe se despreciaba.

Luchando entrambas en batalla ruda  
dentro de un cuerpo en desigual manera,  
el alma transmigrada siente y duda,  
el alma del profeso cree y espera.

Y en el cuerpo infeliz, de ambas juguete,  
un alma candorosa, y otra impía,  
ésta le dice a la esperanza: -¡Vete!-  
y aquélla: -¡No te vayas todavía!-

Y en terrible y perpetua discordancia,  
rechazan o acarician la ventura,  
la del uno jovial como la infancia,  
la otra triste cual la edad madura.

Lo que hace un alma, la otra lo deshace.  
¡Oh fiel imagen de las ansias mías!  
¡Tener una cabeza que renace,  
y sentirla cortar todos los días!

Aunque va de pesar y horror cubriendo  
al alma buena el alma sin ternura,  
el joven, por bondad, vive creyendo  
la mitad de sí mismo en la ventura.

¡Oh! dejad a la mente confundida  
sus recuerdos confusos y adorados;  
si ilumináis los días de la vida,  
no serán lo que son, iluminados.

Tenaz Honorio, en fin, ahogo iracundo  
al alma joven, que murió de pena;  
y como el mal al bien suele en el mundo,  
derrotó el alma grande al alma buena.

Y muerta esta alma ya, sin lucha alguna,  
en el cuerpo gentil, de gracia espejo,  
sólo quedó de las dos almas una,  
muriendo el joven, y naciendo el viejo.

Juntando Honorio a la altivez la gracia  
en el cuerpo hoy soberbio, antes sencillo,  
con tal facilidad lleva su audacia  
como el tallo la flor y el sol su brillo.

Aunque Honorio llevaba, transmigrando,  
su memoria, razón y sentimiento,  
el cuerpo de hombre, en que se entró volando,  
la esencia le ofusco del pensamiento.

¡Oh humana confusión! Sólo Dios sabe  
por cuál secreto fin, y extraño modo,  
al mismo que vio claro siendo un ave,  
hombre después, se le oscurece todo!

Sola en el cuerpo el alma transmigrada,  
quedando cual la flor que, sin rocío,  
repliega su corola, condenada  
a eterna soledad, a hondo vacío.

Tan sólo al cielo en admirar se emplea:  
que el alma que su origen adivina,  
siempre hacia Dios, aunque rebelde sea,  
como las flores hacia el sol, se inclina.

## Escena XXI

### *Vivir es recordar*

HONORIO. -SOLEDAD. -UNA MUJER DESCONOCIDA.

Dentro del alma.

### ARGUMENTO

La vida es una reminiscencia. Se confiesa con Honorio una mujer desconocida y buena. Abismado en las reminiscencias de sus recuerdos, ni siquiera oye la santidad de la doctrina de la desconocida; y Soledad, para fijar la atención de Honorio, encarna su espíritu en el rostro de aquella mujer. Honorio se exalta al ver la imagen de Soledad reverberando en los ojos de la desconocida. Vuelve a desaparecer Soledad, y Honorio vuelve a no escuchar la doctrina de la mujer que se confiesa. Nueva aparición de Soledad, y nueva exaltación de Honorio. Después Soledad desaparece del todo; la mujer se aleja, y Honorio queda sumido en el dolor de sus recuerdos.

Buscando un privilegio de inocencia,  
que darle Honorio el confesor podía,  
se acercó de la santa penitencia  
al tribunal una mujer un día.

Y aunque Honorio, sin fe, no la escuchaba,  
decía la mujer tan santas cosas,  
que un ángel parecía que acababa  
de abandonar las zonas luminosas.

Al trabajo, al dolor y hasta a la muerte,  
altivo Honorio cual Zenón, resiste;  
mas sin saber por qué, varón tan fuerte,  
cuando oye hablar de amor, se siente triste.

De traje honesto, de esperanzas puras,  
le hablaba la mujer con tanto celo,  
como una de esas nobles criaturas  
que a hacer pensar en Dios bajan del cielo.

Mas, sin oirla, Honorio se abandona  
al sueño vil de una ilusión impía,  
pues más que en la verdad del que perdona,  
en la fe de Pitágoras creía.

A la mujer de singular belleza  
oye Honorio con aire soñoliento,  
aunque habla como un ángel de pureza,  
de gracia, de virtud y de talento.

Y de ella, aun no escuchada, proseguía  
hablando dulce, el murmurar sonoro,  
que un arroyo de perlas parecía,  
sonando al paso sobre guijas de oro.

Al hablar de virtud con tanto celo,  
parece que es su natural destino  
el de un ángel enviado por el cielo  
para enseñar a Honorio el buen camino.

De pronto Soledad pasa e ilumina  
de la mujer la sin igual belleza,  
para que oyese Honorio la doctrina  
que vertían sus labios de cereza.

Y fulgura en su faz, como si fuese  
la imagen de un visible pensamiento,  
o un velo azul y blanco que estuviese  
tejido con la luz y con el viento.

De la santa mujer, al rostro hermoso

añadió Soledad, pasando pura,  
el no sé qué divino y misterioso  
con que alumbra el amor a la hermosura.

Mas ¡ay! cuando de Honorio impenitente  
en conseguir la conversión se empeña,  
las aguas Soledad mueve, imprudente,  
que duermen en el hueco de la peña.

Honorio sin placer ni simpatía  
de Soledad el alma contemplaba;  
pero un alma que nada le decía,  
unida ya a la carne, le abrasaba.

Por eso, al ver su brillo soberano,  
sintió el dolor de su olvidada historia,  
cual si hubiera llegado alguna mano  
que le hubiese traído una memoria.

¿Qué son esos fugaces resplandores,  
que renovando una cerrada herida,  
despiertan en el alma los ardores  
de la alegre mañana de otra vida?

¡Oh! ¡cuántas veces, como a Honorio ahora,  
al vago son de nuestra voz responde  
la voz de una persona que se adora,  
mas sin saber quién es, cómo ni dónde!

Para traer a Honorio al buen camino,  
que la escuchase Soledad quería;  
mas de la hermosa al resplandor divino  
Honorio, por mirar, casi no oía.

De aquel fulgor fantástico tocada,  
brillaba tanto la mujer hermosa,  
que, por la luz de Soledad bañada,  
más bien que una mujer, era una diosa.

Mirando a la mujer, Honorio, ardiente,  
halló en ella el recuerdo de otra vida,  
y una mirada echó sobre su frente;  
mirada en mil ojeadas dividida.

Mientras él la veía, ella buscaba  
hincada al pie del confesor, consuelo,

y más bien que pecados, confesaba  
mil dichas aprobadas por el cielo.

Viéndola Honorio, de su antigua historia  
fue sintiendo unas hondas simpatías,  
cual si encontrar quisiese en su memoria  
algún vago recuerdo de otros días.

¡Ay! ¿qué serán esas visiones bellas,  
que, los tiempos venciendo y la distancia,  
con vaguedad nos acordamos de ellas,  
cual de un libro leído en nuestra infancia?

Al contar la mujer tan santas cosas,  
mira de frente a Honorio, hermosa y pura,  
como una de esas niñas candorosas  
que no saben qué hacer de su hermosura.

Y como él, decidido, ciego, ardiente,  
miraba a la mujer, a toda prisa,  
robando aquel encanto de su frente,  
se alejó Soledad como una brisa.

Cuando del rostro de la dama bella  
la luz de Soledad huyó del todo,  
no miró Honorio, pues la dama aquella  
era hermosa también, mas de otro modo.

Conforme de ella Soledad huía,  
con más tristeza Honorio que despecho,  
no encontrando el recuerdo que quería,  
inclinó la cabeza sobre el pecho.

Cuenta en tanto la dama lo que siente,  
noble en creer, en pensamientos vasta,  
pasando al porvenir desde el presente,  
encantada, feliz, ingenua y casta.

De la mujer desconocida y bella  
no mira Honorio el rostro peregrino;  
mas Soledad, reverberando en ella,  
de nuevo aumenta su esplendor divino.

Y Honorio, al ver que a la mujer inflama  
aquella sombra, al parecer, venida  
a revelar a la persona que ama

los profundos misterios de otra vida.

Con grandes ojos, de pureza ajenos,  
todo el amor vertiendo de la tierra,  
mira en los de ella, de inocencia llenos,  
un reflejo del cielo que le aterra.

Aquella luz de una ilusión pasada  
le parece una mágica caricia,  
o el canto de una música, escuchada  
por él en otro tiempo con delicia.

Viendo de Honorio la infernal ternura  
se espanta Soledad, emprende el vuelo,  
ciñe un rayo de sol a la cintura,  
y elevada por él, se sube al cielo.

Despojada otra vez de lo ilusorio,  
a ser real, de ideal, volvió la hermosa,  
y volvió entonces a mirarla Honorio  
con ojos que miraban otra cosa.

No viendo ya a la dama, poco a poco  
sus sentimientos sofocó livianos,  
echó de sí su pensamiento loco,  
y el rostro se cubrió con ambas manos.

Y una esperanza aquí, y allí una queja,  
exhala, medio vivo y medio muerto,  
y aquel fatal confesonario deja,  
de una espantosa palidez cubierto.

Absuelta la mujer encantadora,  
se alejó, satisfecha, de su lado,  
como se aleja el alma pecadora  
ya aliviada del peso del pecado;

Y Honorio, recordando embebecido  
sus labios de coral, sus ojos bellos,  
el fuego de un volcán desconocido  
en su raíz quemaba sus cabellos.

«¿De quién es, de quién es? -grita soñando-  
la voz del eco que en mis sienas zumba?  
¿Qué imagen era aquella que pasando  
me habló del otro lado de la tumba?

»¿Por qué sombra mi indómito deseo,  
de todo vencedor, es hoy vencido?  
¿De mi vida qué haré, si no la veo?  
¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde se ha ido?«

Y en lucha tan fatal su alma vencida,  
Honorio el confesor queda de suerte,  
que, en su austero pesar, su triste vida  
no tiene más objeto que la muerte.

## Escena XXII

*Recordar es vivir*

HONORIO. -PALACIANO.

El corazón del hombre.

### ARGUMENTO

Panteísmo del corazón. El obispo Palaciano, consolando a Honorio en su tristeza y dudando de su fe, registra sus papeles, y halla entre ellos unos versos titulados El Rosal del Paraclete. El Prelado echa en cara a Honorio su impiedad, y éste escandaliza a Palaciano con sus sentimientos panteísticos hasta un punto que el Obispo se aleja, decidido a entregarlo al rigor del Santo Oficio.

Consuela a Honorio Palaciano un día,  
prelado lleno de bondad y celo,  
alma débil y honrada, que vivía  
a una distancia igual de tierra y cielo.

Triste Honorio, en fugaz reminiscencia,  
no sé por qué, mirando a Palaciano,  
se dibuja al fulgor de su conciencia  
la prisión y el secuestro de su hermano.

Con amor paternal, casi importuno,  
va el Obispo a animar su fe perdida,  
y registra eficaz uno por uno  
los libros compañeros de su vida.

Y -este hombre es un impío, este hombre es loco-,  
dice al ver los fantásticos amores  
de Honorio, a quien acaban poco a poco  
por consunción la fiebre y los dolores.

Y ve que, en su inmortal melancolía,  
vuelve sólo a su espíritu la calma  
el ritmo de la noble poesía,  
esa divina música del alma.

Y que exhala su amor y sus congojas  
en cantos, ora locos, ora cuerdos,  
como este eco arrancado de las hojas  
del libro de sus íntimos recuerdos:

## EL ROSAL DEL PARACLETO

«La muerte nos transforma, y no morimos»  
leía estremecido Palaciano.

«Es la tierra en que amamos y sufrimos,  
de un infinito amor el oceano.

»Sobre la tumba de Abelardo había  
cual símbolo de amor y de respeto,  
un rosal que Eloísa plantó un día  
en su amado jardín del Paracleto.

»Primero su raíz, después sus flores,  
la suerte uniendo fue, compadecida,  
como el germen vital de los amores  
junta o dispersa el viento de la vida.

»Y humilde la raíz, y alto el ramaje,  
después que aquélla los mezcló en el suelo,  
envueltas en perfume alzó el follaje  
las almas de los dos juntas al cielo.

»El rosal de ella y de él la savia toma,  
y mece, confundiéndolos, la brisa,  
en una misma flor, y un mismo aroma,  
las almas de Abelardo y de Eloísa.

»Para ejemplo y envidia de las gentes,  
la suerte los unió de esta manera.  
¡Oh ser que crees, que esperas y que sientes,  
siente mucho, cree más, y en Dios espera!

»Con variedad, en la apariencia, loca,  
camina un mismo ser, mudando el nombre,  
bajo la forma de árbol o de roca,

de niebla, de aire, de animal o de hombre.

»Si va a un fin cada ser, luego aparece  
que uno en otro mezclándose, se abisma,  
y en variedad perpetua resplandece  
la eternidad sobre la muerte misma.

»Fue símbolo el rosal del mundo entero;  
nuestra vida es la vida de las rosas;  
todo es un accidente pasajero  
de ese fondo invariable de las cosas.»

¡Ay! así Honorio el confesor pensaba;  
y al leer con horror tal desvarío,  
por lo bajo el Obispo murmuraba:  
-No es un loco; es peor, es un impío.-

Ve Honorio el rostro de su antiguo hermano:  
y en forma vaga, su confusa historia,  
unida a Soledad y a Palaciano,  
en lo más hondo hallo de su memoria.

Y exaltado exclamó: «Todo cuanto ama  
se torna en lo que amó; pues nadie sabe  
por qué la tierra se convierte en grama,  
la grama en ruiseñor, y en hombre el ave.

»¿Sabe lo que es vuestra razón, acaso,  
esa fuerza vital, alma sin nombre,  
que lleva a la materia, paso a paso,  
de roca en flor, y de animal en hombre?

»Yo soy un ser de los que en sí batallan;  
esclavos de un delirio, y nunca dueños,  
que, a cualquier lado que se vuelven, hallan  
lo infinito en el fondo de sus sueños.

»Siempre agitó mi corazón amante  
el vago son de una olvidada historia,  
una niebla sin forma, un eco errante,  
perdido a la ventura en la memoria.

»Si veo un placer real, sigo, lo cojo;  
su dicha toda a devorar me apresto;  
lo gusto con ardor, luego lo arrojo;  
gimo y exclamo con dolor: -¡No es esto!-

»¡Sí! ¿quién sabe -prosigue-, si habré sido  
vuestro deudo algún día, Palaciano?  
¿No amasteis algún ser que hayáis perdido,  
vuestro padre, algún hijo, algún hermano?

»Fruto tal vez de una ilusión funesta,  
yo sé que hay algo que con ansia adoro.  
¡Oh! ¿qué fatal reminiscencia es ésta?  
¿Dónde he amado? No sé. Y ¿a quién? Lo ignoro.

»La vaga tradición voy renovando  
de una antigua existencia que he perdido,  
en tenebrosa confusión mezclando  
lo que será, lo que es y lo que ha sido.»

De Honorio al ver que es la febril cabeza  
de todo sueño y desventura foco,  
Palaciano, con ira y extrañeza,  
-No es un impío, dice; es que está loco.-

«¿Para qué vivo yo? Por más que avanzo,-  
absorto Honorio, continuó diciendo;-  
un cierto no sé qué, que nunca alcanzo,  
caminando hacia Dios, voy persiguiendo.

»¿Qué será esta emoción, que se deshace  
como el fulgor de una ilusión perdida?  
O ¿es un futuro amor esto, que me hace  
la muerte apetecer toda la vida?

»Yo he sido algo otra vez, y condenado  
por mi maldad o por mi mala suerte,  
al través de la vida, disfrazado,  
purgando no sé qué, voy con la muerte.

»¿Dónde he gozado esta divina esencia,  
amada en otro tiempo y hoy perdida?  
¿Es sólo una fugaz reminiscencia,  
como dice Pitágoras, la vida?

»Aunque todo perece, todo dura;  
lo que muere, no muere, y se transforma.  
Cree el hombre de esta vida en la futura;  
pero ¿cómo? ¿a qué luz? ¿bajo qué forma?

»¡Tras de una cosa, o muerta, o no nacida,  
marcho sin guía, y sin imán navego;  
emigrado perpetuo de la vida,  
navegante eternal, que nunca llevo!»

Y cara a cara de su antiguo hermano,  
mira al Prelado, alza la vista, gime,  
y -¡Ay! ¿qué será, pregunta a Maciano,  
este raudal de vida que me oprime?-

De nuevo Honorio con dolor suspira;  
murmura, sin querer, imprecaciones,  
y se pone a alentar como el que aspira  
todo el aire del cielo en sus pulmones.

Y Palaciano murmuró: -¡Que muera!  
Para este infiel la excomuni3n es poco.  
Que purgue su maldad en una hoguera.  
Es un impío, y adem3s un loco!-

Y de su fe dudando, y de su juicio,  
Palaciano parti3, lleno de celo,  
a entregarle al furor del Santo Oficio  
con el ardor de un justo que ama el cielo.

### Escena XXIII

#### *Fin de recuerdos y vidas*

SOLEDAD. -HONORIO. -PALACIANO. -JESÚS EL MAGO.

En una catedral, ante el sepulcro de Palaciano.

#### ARGUMENTO

Muere Honorio de pena, y Palaciano de remordimientos. Se encuentran junto al sepulcro del obispo Palaciano, y los dos hermanos se echan en cara sus faltas. Aparece en un p3lpito de la catedral la sombra de Jesús el Mago, y encarga a Palaciano que, en castigo de haber sido causa de la muerte de su hermano, vaya a convertir a otros culpables. Dirigiéndose a Honorio, le manda ir al astro donde purgan sus culpas los perezosos, y en el cual su madre se halla padeciendo por su negligencia en cuidar de su fe, y le dice que ella le conducirá a otros planetas, a presenciar el resultado que traen los pecados capitales. -Mientras Soledad se queda orando por ellos, los dos hermanos parten a cumplir la penitencia que les fue impuesta, y Honorio sube a la regi3n de los astros, siguiendo el camino de la vía láctea.

Es, por la duda y el escaso juicio  
que el monje Honorio en escribir emplea,  
entregado al poder del Santo Oficio,  
cual loco aventurero de una idea.

Cree que todo está en todo, y así muere  
en una cárcel a la luz cerrada,  
como un ser sin consuelo, que no quiere  
ni ver, ni oír, ni respirar, ni nada.

Aunque era siempre de su encono objeto,  
fue al morir, para el débil Palaciano,  
la historia del rosal del Paracleto,  
la historia fiel del corazón humano.

Si muere Honorio triste y en clausura,  
muere el Prelado con la fe perdida.  
Lleva un premio en sí misma la amargura,  
porque abrevia los días de la vida.

Mas nada importa a nadie el sentimiento  
del alma de los dos: el hombre llora;  
sus lágrimas, pasando, enjuga el viento,  
las cuenta Dios, y el sol las evapora.

Mientras que Honorio, sin ajeno amparo,  
de sus verdugos el poder vencía  
con la paciencia, ese valor más raro  
que el valor que se llama valentía.

Sin ver, ni oír, ni respirar, ni nada,  
mataba a Palaciano el desconsuelo,  
cual mártir cuya sangre sofocada  
ni cae de alto, ni enrojece el suelo.

«El poder, piensa Honorio, es iracundo,  
y toma los errores por maldades,  
porque jamás, artificioso el mundo,  
se aviene con las fáciles verdades.

»Lo que escribí otra vez, de nuevo escribo:  
¿qué dije a Palaciano? Lo que es cierto;  
que el ser que vive, sueña que está vivo.  
Que el ser que muere, sueña que está muerto.

»¡Justicia de los hombres y naciones!  
Salva Juana al francés; -pues ¡a la hoguera!  
Colón descubre un mundo; -¡a las prisiones!  
Da Cristo al hombre libertad; -¡que muera!»

Palaciano expiró, y el mismo día  
la dicha Honorio de morir alcanza,  
sin abjurar ni un punto su herejía,  
de un cierto mal de amor sin esperanza.

Cortando a aquél su duda, a éste sus sueños,  
sus ojos a los dos la muerte cierra,  
librándolos así de estos pequeños  
miserables afanes de la tierra.

Bajo una inmensa bóveda, en que había  
un algo de solemne y misterioso,  
y en donde el pueblo a su prelado un día  
inmóvil le escuchaba y silencioso.

En espíritu se hallan mano a mano  
con su odio inmenso o con su amor eterno,  
Honorio, Soledad y Palaciano,  
o a un tiempo el cielo, el mundo y el infierno.

Al verse los hermanos frente a frente  
ante la tumba del Obispo,alzada  
debajo de la bóveda esplendente,  
sobre espesos pilares asentada.

Inmóvil cada cual como una roca,  
hasta el furor llevando sus enojos,  
se esta viendo en los dos la rabia loca,  
que hace afluir la sangre hasta los ojos.

-¡Mi hermano! -grita aquél, y éste: -¡Mi hermano!-  
Y recordando su fatal destino,  
se decían Honorio y Palaciano:  
-¡Tú fuiste mi raptor! -¡Tú mi asesino!-

Y llenos de mortal melancolía,  
cada cual de su error cogiendo el fruto,  
ven los dos su pasado, y día a día  
lo recuerdan, minuto por minuto.

Pensando así los dos, y esto diciendo,

de repente, ante un bello crucifijo,  
desde el fondo de un púlpito surgiendo,  
Jesús el Mago apareció y les dijo:

«¡Palaciano infeliz! álzate y anda;  
purgarás tus errores y fierezas,  
porque, en vez de matar, Cristo nos manda  
compadecer al hombre y sus flaquezas.

»Fue ¡oh pastor sin piedad y sin cordura!  
con tu hermano tu cólera terrible,  
no perdonando a un alma sin ventura,  
que ama tanto, que hasta ama lo imposible.

»Para dudar, al fin, de tu creencia,  
porque él dudaba, le impusiste el yugo.  
Tu celo, hecho pasión, fue violencia;  
y apóstol con poder, fuiste verdugo.

»Tú, que al morir, hasta la fe perdiste,  
la fe predicarás a otros culpables,  
ya que dudaste, y conocer quisiste  
los caminos de Dios impenetrables.

»¡Vosotros, que sufrir en un infierno  
a una madre dejáis que tanto os ama...»  
(Y al oír de su madre el nombre tierno,  
Palaciano da un ¡ay! que al cielo clama;

Y Honorio, que no hay pena a que sucumba,  
oye ahora a Jesús, desencajado,  
cual Lázaro que sale de la tumba  
después de enfermo, muerto y enterrado.)

«Tu última vida a recorrer empieza,-  
dice a Honorio Jesús; -ve al sol, y luego  
el astro encontrarás de la Pereza,  
entre sangre, entre lágrimas y fuego.

»De sol en sol después, de luna en luna,  
tu madre, que te amó sin ser querida,  
te mostrará, pasando, una por una,  
las dichosas miserias de la vida.

»Si en velar por tu bien fue descuidada,  
tú, en cambio de su amor, penar la dejas,

cuando por ti, cual garza aprisionada,  
sufre cautiva sin pesar ni quejas.

»Tornad vuestras injurias en perdones,  
y elevando las almas como el vuelo,  
subid a Dios con santas oraciones,  
que son las alas del amor del cielo.

»Recobrad, desandando el mal camino,  
los tiernos sentimientos de la infancia,  
ya que a uno a ser raptor, y otro asesino,  
os llevo la pasión o la ignorancia.»

Exhortando a los dos de esta manera,  
sin apariencia de alejarse alguna,  
despareció Jesús, cual si se hubiera  
desleído en los rayos de la luna.

Palaciano y Honorio, horrorizados,  
vagan como almas por Jesús malditas,  
cual ruedan esparcidas por los prados  
las flores olvidadas y marchitas.

Y una mirada, al fin, los dos partiendo,  
indiferente el uno, el otro tierna,  
a Soledad echaron, como haciendo  
una señal de despedida eterna.

Viendo partir con pena a los hermanos,  
Soledad, de rodillas, reverente,  
miro al altar, gimió, cruzó las manos,  
y quedó como orando mentalmente.

Viendo Honorio entre dudas y dolores  
el fulgor de los astros indeciso,  
cual si fueran los vidrios de colores  
las puertas de cristal del paraíso,

Aunque loco de amor, honrado y justo,  
del cielo contemplando la belleza,  
baja, de Dios ante el poder augusto,  
aquella alma rebelde la cabeza.

Traspone, al fin, los vidrios de colores;  
al éter insondable, audaz se lanza;  
y al pensar de su madre en los dolores,

halla el valor, perdida la esperanza.

Ve en una faja, que el espacio puebla,  
como sombra en los cielos extendida,  
una vía monótona de niebla  
encima de un abismo suspendida;

Y por ella elevándose, apresura,  
entre dolor y admiración, el vuelo,  
sintiendo por su madre una ternura  
tan inmensa y profunda como el cielo.

#### Escena XXIV

#### *El himno de Pitágoras*

HONORIO. -PAZ.

La bóveda estrellada.

#### ARGUMENTO

Armonía de la creación. Saliendo Honorio de la catedral en busca del astro de la Pereza, donde está castigada su madre Paz por haber sido negligente en enseñarle el camino de la virtud, oye el concierto armonioso que hacen los astros girando en los espacios, conocido con el nombre de Lira de Pitágoras. Siguiendo la vía láctea, llega Honorio al astro de la Pereza, donde encuentra a su madre.

Cuando en pos de su madre, Honorio el vuelo  
desde la augusta catedral alzaba,  
al mismo tiempo hacia la luz del cielo  
la alondra, hija del sol, se levantaba.

Desparramando ante él luz y colores,  
sus abismos los cielos entreabrían,  
y a nuevos esplendores de esplendores  
ensanches de horizontes sucedían.

Midiendo en su camino paso a paso  
esa faja de brillo ceniciento,  
cual metal en fusión, que es hoy acaso  
de mundos que han de ser vivo fermento.

Sigue esa láctea y misteriosa vía,  
que de un solsticio al otro derramada,

a la luz de la aurora parecía  
un encaje, una gasa, un aire, un nada.

Vio lo infinito, y se sintió admirado,  
ante aquel mar de espléndidos vapores,  
el corazón de Honorio, lacerado  
por la historia cruel de sus amores.

Mas sus celos, su amor y su esperanza  
en lo más hondo de su pecho encierra,  
cuando ya casi a distinguir no alcanza  
esta nada visible de la tierra.

Y luego vuela más, y ve, volando,  
que, entre ardores y vívidos celajes,  
en libertad salpican, circulando,  
de la luz y el calor los oleajes;

Y que allá en las esferas luminosas  
del claro cielo, en la región más alta,  
como el agua en cascadas espumosas,  
en cascadas de luz el éter salta.

En piélagos de luces y colores,  
cree que esparcidos o apiñados mira  
los brillos, los diamantes y las flores  
de Delhy, de Golconda y Cachemira.

«¡Gloria a Dios!» en la esfera esplendorosa,  
en olas de ondulante movimiento,  
vibra el éter la nota luminosa,  
como la nota musical el viento.

«¡Gloria a Dios! ¡Gloria a Dios!» ¡Así llenaba  
del orbe todo el celestial circuito,  
el concierto inefable que formaba  
la eterna ebullición de lo infinito!

De pie sobre una nube luminosa,  
oír Honorio preludiar creía  
esa lira celeste que, armoniosa,  
en éxtasis Pitágoras oía.

Y del espacio en la suprema altura,  
va escuchando, aunque triste, embelesado,  
ese ruido de ruidos que murmura

el infinito hervor de lo creado.

Siguiendo el curso de la láctea vía,  
ve que, embriagada de ventura tanta,  
la inmensa creación, con su armonía,  
al gran poeta de los mundos canta.

Allí con voz sutil o poderosa  
la lira de Pitágoras resuena,  
como la flauta, a veces misteriosa,  
y a veces ronca como el rayo, atruena.

Hoy Honorio la música indecisa  
escucha del concierto soberano,  
como el fácil murmullo de la brisa  
que sopla al mediodía en el verano.

Ya remedan las notas encantadas  
vuelos de alas de alegres mariposas,  
ya el rumor de las hierbas agitadas  
por familias de insectos tenebrosas;

Ya fingen los planetas, circulando,  
del follaje arrastrado el sordo ruido;  
ya murmuran caricias, imitando  
dulce gorjear al rededor de un nido;

Ya repiten las auras inseguras  
la canción, vagamente modulada,  
de la alondra arrogante en las alturas,  
del tordo inimitable en la enramada;

Ya es de un agua invisible la corriente,  
árbol que ondea, céfiro de estío,  
cantar de ruiseñor, ruido de ambiente,  
lejana tempestad, queja de río;

Ya el rumor de las cosas que se mecen;  
ya, a un tiempo encantadores y encantados,  
ecos de ecos de sonos, que parecen  
ensueños por los astros murmurados.

Así Honorio, que vive entre quimeras,  
del infinito el vértigo sintiendo,  
va a través del azul de las esferas  
el himno de Pitágoras oyendo.

Y hasta exhalan también cantos benditos  
sus labios, para orar siempre cerrados,  
allí donde los mundos infinitos  
germinan cual las hierbas en los prados.

¡Santas salmodias, de esperanzas llenas!  
¡Para creer en Dios con vivo celo,  
no hay remedio mejor que tener penas,  
ir por el mar o contemplar el cielo!

Como siempre a la boca del que admira,  
Dios acude de Honorio a la memoria,  
y en su loor su corazón respira  
amor, respeto, bendición y gloria.

Y al compás de los astros, halagüeño,  
busca Honorio a su madre, embebecido,  
cual si fuese feliz, en un ensueño,  
del cielo por los hálitos mecido.

De la Pereza el astro entre los soles  
rebuscan sus pupilas agrandadas,  
viendo a su paso las inmensas moles  
de unas islas por almas habitadas.

Piensa en su madre al remontar la esfera.  
«¿Me esperará? -Me esperará, -se dijo;-  
que una madre amorosa siempre espera  
la llegada del alma de algún hijo.»

Avanza más y más, e inquiere amante;  
y el astro al distinguir de la Pereza,  
nadie ha visto jamás en un semblante,  
ni alegría mayor, ni más tristeza.

Y al llegar de su madre al purgatorio,  
Paz se arrodilla, gime, besa el suelo.  
Se alza, y prorrumpe al acercarse Honorio:  
-¡Gloria a Dios en la tierra y en el cielo!-

## JORNADA QUINTA

### Escena XXV

*El pecado de la pereza*

(PRIMERA PARTE)

PAZ. -HONORIO.

Un astro volcanizado.

ARGUMENTO

Después de abrazarse la madre y el hijo, Honorio, a instancias de Paz, le cuenta sus transmigraciones y su amor a Soledad. Luego sobreviene una tempestad de viento y lava en aquel astro, que es uno de los purificadores de las almas pecadoras.

Llegando al astro en que castiga el cielo  
la dejadez de la pereza extrema,  
siente Honorio, al andar, que hierve el suelo,  
el aire da calor, y el agua quema.

Si calientes los céfiros abrasan,  
son las sombras allí sofocadoras;  
y hasta del tiempo que se arrastra, pasan  
más lentas y monótonas las horas.

Más que el cansancio, la quietud se siente;  
y arabescos fantásticos formando,  
con un zumbido agudo y estridente,  
piden sangre los cínifes volando.

Nubes de insectos, circulando en torno,  
cubren la extensa soledad del cielo;  
toda fuente es termal, el aire un horno,  
y un nido de tarántulas el suelo.

Del uno al otro apenas les dejaba  
contemplar a placer la faz querida,  
la oscuridad de plomo que formaba  
la arena por el viento removida.

Paz y Honorio se abrazan, y encantados  
se vuelven a abrazar; toman asiento,  
y luego se contemplan, ya sentados  
en dos piedras de un blanco ceniciento.

Miraba a Honorio Paz cómo lo haría  
la madre más feliz junto a una cuna;  
y -«Acércate, hijo mío, -le decía-,  
y cuéntame tus penas una a una.

»Y ¡háblame mucho, pero mucho! -dijo-,  
de ti, de Soledad y Palaciano...»  
Calló la madre, y con vergüenza el hijo  
bajó los ojos y besó su mano.

Y de Paz, cuando Honorio se prepara  
la historia a referirle de sus males,  
dos lágrimas de amor ve por su cara  
rodar, como dos perlas orientales.

Después que Honorio en el profundo abismo  
de su espíritu entró, de esta manera,  
sacándola del fondo de sí mismo,  
a su madre contó su vida entera.

«Por ese amor que hasta el honor relaja-,  
dice Honorio-, a mi hermano he secuestrado.»  
Y esto lo habló con la cabeza baja,  
cual delante del juez habla un malvado.

Y continuó después, enternecido,  
aun rojas de vergüenza las mejillas:  
«La hermosa Soledad siempre ha debido  
ser de un rey adorada de rodillas.

»¡Ay! ya veréis, al escuchar mi historia,  
que en muchas vidas, de amargura llenas,  
sólo está Soledad en la memoria  
de tantas dichas y de tantas penas.

»Con permiso del cielo, transmigrando  
por senderos del mundo no sabidos,  
fue la ilusión a mi alma traspasando  
la ternura fatal de mis sentidos.

»Tanto alegraba esta fatal ternura,  
de mis vidas la rueda interminable,  
que hallaba en el amor cierta dulzura,  
aun siendo mi desdicha inagotable.

»Amado a Soledad, fui condenado

a ser por su memoria perseguido,  
ya en los poros de un mármol encerrado,  
ya en el cuerpo de un águila embebido.

»¿Quién hubiera creído, madre mía,  
en terrenal amor tanta firmeza?  
¿Quién lo hubiera creído? -repetía,  
sobre Paz inclinando la cabeza.-

»Con el fuego voraz en que aún me abraso-,  
prosiguió Honorio-, la seguí contento,  
por una y otra vida, paso a paso,  
desde el primero al último momento.

»Vivo o muerto, de noche cual de día,  
templaba mi dolor con mis amores,  
pues siempre fue en el mundo, madre mía,  
más fuerte mi pasión que mis dolores.

»Fui mármol y ciprés; luego, subiendo,  
fui pájaro de aliento soberano,  
para pasar después, siempre sufriendo,  
desde el reino animal al reino humano.

»Y hombre, roca, o ciprés, siempre he seguido  
con estas ansias para mí queridas;  
siempre acabé, de su memoria asido,  
la rueda interminable de mis vidas.

»Y amaba, madre mía, de tal suerte,  
que embebido en la tumba en que ella estaba,  
aunque es tan frío el frío de la muerte,  
como una hoguera el mármol me abrasaba.

»Jamás he visto de sentir cansado  
mi triste corazón, que tantas veces  
desde mármol a espíritu ha apurado  
la dicha y la desdicha hasta las heces.»

Diciendo Honorio así, dando bramidos,  
rodó una nube lóbrega, que, impura,  
dejó, al pasar, sus rostros encendidos,  
que abrasaba también la calentura.

Y en medio de vapores inflamados  
cuando fin a su historia Honorio daba,

a rugir empezó por todos lados  
una atroz tempestad de viento y lava.

Soplando como cárdena humareda,  
un simoun abrasado de un desierto,  
trastornándolo todo, rueda y rueda  
sobre aquel purgatorio a cielo abierto.

Miran correr las sombras tenebrosas  
por un aire cargado de suspiros.  
Rayos que forman zedas luminosas  
cruzan el cielo en angulosos giros.

Quemados ya por el volcán que abrasa,  
sintiendo uno por otro amarga pena,  
se echan los dos, mientras el viento pasa,  
como quien va a morir, sobre la arena.

Y dice a Honorio Paz, envuelta en lava:  
«La clemencia de Dios con fe pidamos.  
¡Perdónanos, Señor, -Paz exclamaba-,  
así como nosotros perdonamos!...»

## Escena XXVI

### *El pecado de la pereza*

(SEGUNDA PARTE)

PAZ. -HONORIO. -LOS INDOLENTES. -LOS EGOÍSTAS. -PANCHO EL INDIANO.

Un astro volcanizado.

### ARGUMENTO

Recorriendo el planeta en que se purga el pecado de la pereza, ven Honorio y Paz el castigo que se da a los indolentes y a los egoístas. Entre éstos hallan a Pancho el Indiano, quien les cuenta que habiéndose hecho rico, dejó morir a su madre indigente a la puerta de su casa, por no sacar la mano del lecho para abrirle la puerta en una noche de invierno.

Pisando Honorio y Paz con planta inquieta  
aquel suelo, que un horno parecía,  
los ámbitos recorren del planeta,  
encendido volcán, aunque no ardía.

Y por más que aquel astro enrojecido  
cruzaron con terror de arriba abajo,  
no hallaron ni un lugar embellecido  
por el amor, la dicha y el trabajo.

Tenaces, a las almas indolentes  
acosan, entre horribles convulsiones,  
unas nubes de moscas relucientes,  
esparcidas por miles de millones.

Espantada por él, su madre a Honorio,  
«Pasa, hijo mío, -le decía-, pasa;  
que al ardor de este horrible purgatorio  
se angustia el corazón, y el pie se abrasa.»

Hallan luego la raza maldecida  
de cuerpo sin vigor y de alma inerte,  
que teme a los pesares de la vida,  
por si pueden durar hasta la muerte;

A quienes en sus cómodas posturas,  
picando a un tiempo y susurrando a coro,  
inquietan con acerbos picaduras  
mil cínifes de luz con trompas de oro.

Y ellos de pie, la faz desencajada,  
al tórrido calor que se desploma,  
tienen con pena esa tensión forzada  
que, al querer tomar vuelo, el ave toma.

Después, con el sudor de la agonía,  
ven que no dan los cínifes reposo  
a un tal Pancho el Indiano, que algún día  
se condenó a sí mismo a ser dichoso.

El cual explica así su gran pecado,  
dando a Honorio estas cínicas razones,  
en tanto que, de insectos acosado,  
se agita entre horrorosas convulsiones:

#### PANCHO EL INDIANO

«En todo tiempo, y de cualquier manera,  
después del oro apetecí la calma;  
y al cabo de una vida aventurera,

en que perdí el honor y casi el alma,

»Rico y a todo sinsabor extraño,  
siendo mi bien el único amor mío,  
sin la fe, y con la paz de un ermitaño,  
me instalé en un pensil cercano a un río.

»A fuerza de inquirir, mi residencia  
halló mi madre en mi feliz desierto;  
su miseria olvidaba en mi opulencia,  
suponiendo además que había muerto.

»Llegó una noche del invierno fría,  
y a mi puerta llamó, pidiendo asilo:  
que era un pobre cualquiera, presumía,  
y así en el lecho me quedé tranquilo.

»Volvieron a llamar tras corto plazo;  
pero yo, para abrir al que llamaba,  
tenía al menos que sacar un brazo  
y tender una mano hacia la aldaba.

»Ya, dando la infeliz diente con diente,  
-¡Tengo frío! -decía-, ¡tengo frío!-  
y era, en verdad, mortífero el ambiente  
que subía soplando desde el río.

»Con frío tan glacial cayó aterida:  
yo dormía entretanto satisfecho,  
pues no hay cosa más dulce en nuestra vida,  
que en una noche de tormenta, el lecho.

»Por no turbar la madre, resignada,  
tal vez el sueño o la quietud del hijo,  
al umbral de la puerta acurrucada,  
-Hasta mañana aguardaré, -se dijo.

»Y se puso a rezar, y un ¡ay! doliente  
creo escuchar, mezclado con su rezo;  
pero yo me dormí tranquilamente,  
contestando a aquel ¡ay! con un bostezo.

»El rostro entre las manos recogido,  
sobre el regazo a dormirar empieza,  
como antes de morir, el cisne herido  
recoge entre las alas su cabeza.

»Sueña feliz su maternal locura  
que me ve, que me besa y que me toca,  
y a raudales afluye la ternura  
a sus ojos, sus manos y su boca.

»Soñando moderar, ya medio muerta,  
aquel frío que helaba hasta sus huesos,  
imagina, por fin, que abro la puerta,  
la cojo al vuelo y me la como a besos.

»Que una taza de leche la servía,  
soñaba en sus risueños pensamientos,  
y que luego afanoso la encendía  
una grande fogata de sarmientos.

»Fingiendo amor en mí, siempre amorosa,  
la pobre se quedó, muriendo helada,  
marchita y sin color, como la rosa  
que se queda en un búcaro olvidada.»

Y cuando esto el Indiano iba diciendo,  
por el rostro de Paz, descolorido,  
dos arroyos de lágrimas ardiendo  
caían de sus párpados sin ruido.

«Cuando ya con buen sol abrí la puerta-,  
siguió el hombre-, de lágrimas preñados,  
casi lloraron, al mirarla muerta,  
mis ojos, a llorar no acostumbrados.

»Juré en falso después que no sabía  
cuál fuese el nombre de la pobre aquella;  
pero ahora conozco que debía  
de rodillas caer delante de ella.

»Un cura pobre, y como un ángel bueno,  
rogó por ella y la enterró en sagrado;  
pues yo, apartado del dolor ajeno,  
soy tan poco feliz, que nunca he orado.

»¡Al pensar en sus besos repetidos,  
pensó la madre fiel cuanto quería;  
soñando en mis sarmientos encendidos,  
soñaba la infeliz lo que debía!

»¡Pobre madre, que helada y delirando,  
muerta al umbral de mi feliz estancia,  
extática quedó, como escuchando  
las dulces melodías de mi infancia!

»A qué extremo fatal me han conducido  
el oro, el egoísmo y la indolencia!  
Obré mal, ¿qué queréis? así he nacido,  
y el gusto es condición de la existencia.»

Honorio y Paz, al hombre contemplando,  
en muda y noble indignación se abrasan,  
y de ira ardiendo y de dolor llorando,  
miran gimiendo, y despreciando pasan.

## Escena XXVII

### *El pecado de la pereza*

(TERCERA PARTE)

HONORIO. -PAZ. -LOS EXTÁTICOS. -LAS VIRTUDES ESTÉRILES. -LOS  
ESPAÑOLES. -FELIPE IV. -INÉS DE RIBERA.

Un astro volcanizado.

### ARGUMENTO

Hallan Paz y Honorio a los extáticos, a las virtudes estériles, a varios españoles y a Felipe IV. -Ven después a una mujer en medio de dos hombres, que, por herirse furiosos, involuntariamente la hieren a ella. Cuenta uno de ellos la historia de Inés de Ribera, la cual recibía a dos amantes a distintas horas de la noche: una vez se encontraron en el fondo de una atajea, por donde entraban y salían, y no pudiendo retroceder, murieron ahogados por el agua destinada a regar un jardín. Vuelven Honorio y Paz a tomar el camino de la vía láctea, y continúan su viaje por los espacios.

Entre el vapor de fuego que caía,  
rendido Honorio, Paz infatigable,  
cruzando el astro van, que casi ardía  
bajo el calor de un cielo insoportable.

Y lamentando, aunque sus pies se abrasan,  
más que la propia, la desdicha ajena,  
sufriendo al ver sufrir, inquietos pasan

de dolor en dolor, de pena en pena.

Al llegar a los sitios abrasados  
de unas playas tranquilas y desiertas,  
se encuentran a los seres extasiados,  
de mentes locas y de entrañas yertas;

Que, abandonados con inútil calma  
a las varias delicias del reposo,  
no piensan que, lo mismo que nuestra alma,  
el cuerpo se corrompe estando ocioso.

Y los codos hincando en las rodillas,  
se entregan con placer a sus quimeras,  
y apoyando en sus manos las mejillas,  
se quedan sin moverse horas enteras.

Hallan después a los que llaman buenos,  
a quien la ardiente caridad no inflama,  
que nunca sienten, de indolencia llenos,  
la gran virtud del que padece y ama.

Jamás la luz de ajenas alegrías  
en la virtud estéril reverbera;  
que en ciertas almas, cual la nieve, frías,  
ni reina el vicio, ni el amor impera.

Muestran con gesto, en la apariencia amante,  
con blando acento y corazón de roca,  
una inútil bondad en su semblante,  
que hiela lo que mira y lo que toca.

Dejando Honorio y Paz las almas ruines,  
que en vano en sueños escuchar intentan  
las cosas que los buenos serafines  
a los oídos de los que aman cuentan.

Unos hidalgos ven, cuyos semblantes  
jamás revelan ni placer ni pena,  
pues piensan sólo en disipar instantes  
por la árida extensión de un mar de arena.

Tan bravos infanzones, convirtiendo  
a la pereza en su deidad querida,  
haciendo sólo tiempo, van haciendo  
un eterno bostezo de la vida.

Allí al ciego querer de la fortuna  
Felipe cuarto, el español, se entrega,  
y jamás llega a tiempo a parte alguna,  
esperando una cosa que no llega.

Vasallos dignos de él le van siguiendo,  
que holgando hacen al Rey digno agasajo,  
y más que en trabajar, sufren huyendo  
del que llaman demonio del trabajo.

Cercando a una mujer de estrecha frente,  
dos hombres ven que con furor combaten;  
mas ella entre los dos sufre indolente,  
cual les dejó morir, que ellos la maten.

### INÉS DE RIBERA

Era Inés de Ribera, que en Granada  
tristemente fue célebre algún día;  
tipo común de dejadez, mezclada  
con cierta astucia subterránea y fría.

Y al ver que Honorio y Paz lloran su suerte,  
«Ésta, -uno de ellos a decir comienza-,  
arrastró nuestros cuerpos a la muerte,  
hundiendo nuestro nombre en la vergüenza.

»Había y hay en la feliz Granada  
cierto conducto angosto y encubierto,  
por donde hallando artificial entrada  
el agua del Genil, regaba un huerto.

»Por la acequia arrastrándose anhelante,  
a contemplar de noche a esta señora,  
al ocultarse el sol, iba un amante,  
y otro amante después iba a deshora.

»Chocando ¡ay Dios! cabeza con cabeza,  
una noche en la oscura cañería,  
ya sin poder retroceder, tropieza,  
con el hombre que entraba, el que salía.

»Como amantes los dos, faltos de juicio,  
se apretaban furiosos las gargantas.  
¡Nunca alumbró tan bárbaro suplicio

el sol, que alumbra desventuras tantas!

»¿Qué hacía en tanto la mujer funesta?  
Dejar que horrible se cumpliera el hado,  
pues aun amando a dos, siempre fue en ésta  
más grande la pereza que el cuidado.

»Antes de ser desesperadamente  
uno por otro destrozado y muerto,  
corriendo por la acequia de repente  
el agua del Genil, entró en el huerto.

»Al verse por las aguas inundados,  
y el uno contra el otro comprimidos,  
se oyeron dos gemidos sofocados...  
mas después no se oyeron ni gemidos.»

Calla, se miran, y con rabia y tedio  
renuevan ambos su feroz querella,  
y al pegarse los dos, con ella en medio,  
se dan el uno al otro y dan en ella.

De la mujer funesta, pero amada,  
tiran después con cólera homicida;  
y si a medias amó, casi arrastrada,  
a medias sufre, entre los dos partida.

Mas de aquella mujer de escasa frente  
nunca la fuerza de la inercia abaten,  
pues sin odio ni amor, sufre indolente,  
cual les dejó morir, que ellos la maten.

Los dos huyen después, con ella en medio,  
demostrando en su bárbaro suplicio,  
ellos la rabia, el deshonor y el tedio,  
y ella la inercia, el deshonor y el vicio.

Después Honorio y Paz, andando, andando,  
pusieron fin a su estival carrera,  
y alejados del sol, fueron dejando  
de su calvario la estación primera.

De nuevo entrando en la celeste vía,  
siguen los dos ese inmortal sendero,  
ancha faja de luz, que parecía,  
de soles en fusión blanco reguero.

Y más que por sus penas, fatigados  
de ver un vicio aquí, y allí otro vicio,  
prosiguen su camino, condenados  
a andar de precipicio en precipicio.

## Escena XXVIII

### *El pecado de la avaricia*

HONORIO. -PAZ. -LOS USUREROS. -GIL GÓMEZ. -LOS MALOS JUECES. -  
CATÓN. -CRESO. -CRASO. -PERICLES. -LOS VENTEROS DE DAIMIEL.

Un astro de oro.

### ARGUMENTO

Llegando al planeta donde se purga el pecado de la avaricia, encuentran a Judas con los usureros; a uno que les cuenta el hurto de Gil Gómez; a los malos jueces mezclados con los ladrones; a Catón con los avaros; a Creso y Craso acompañados de los conquistadores, y a Pericles con los dilapidadores. -Ven luego a los venteros de Daimiel, que les cuentan el robo y parricidio cometidos en su propio hijo. Después Honorio y Paz vuelven a seguir por la vía láctea su peregrinación celeste.

Y andando más y más, miran delante  
un astro rojo relumbrar un día,  
donde el rayo feliz de un sol levante  
próvido el oro y los diamantes cría.

Aunque allí el ansia de apilar inquieta,  
rueda inútil la plata por el suelo:  
da fiebre de adquirir aquel planeta,  
inagotable Potosí del cielo.

La tierra el seno de metal mostraba  
por las grietas sin fin de un suelo hendido;  
el agua de los ríos reflejaba  
los cambiantes del oro hecho fluido.

La tierra, como el agua, al hombre ofrece  
los milagros que sueña la pobreza,  
y hasta la árida arena allí parece  
que exhala de sí misma la riqueza.

Allí, por una baja idolatría,  
está el becerro de oro hecho divino,  
y el sitio de la escena, parecía,  
de la historia oriental del vellocino.

Triunfando los innobles pensamientos,  
el hurto sólo el corazón halaga,  
excitando los ricos avarientos  
una hidrópica sed, que no se apaga.

En vano reclinando la cabeza,  
quiere gozar de calma la codicia;  
que aumenta el oro el ansia de riqueza,  
y exalta la riqueza la avaricia.

Nada de Paz los ojos alegraba;  
hasta el color del campo era amarillo:  
la rica arena estéril no criaba  
ni romero, ni rosas, ni tomillo.

Y ven que, de usureros circundado,  
su talla Judas el traidor ostenta,  
crespo el cabello y de color dorado,  
con la cara también amarillenta.

Después Honorio y Paz se acercan, viendo  
un avaro a quien otros perseguían,  
y a una gente que, audaz, tras de él corriendo,  
-¡Asesino de muertos! -le decían.

## GIL GÓMEZ

-¿Quién es ese infeliz, que un torbellino  
de enemigos cercáis? -Paz les pregunta;  
y uno de ellos contesta: «Un asesino,  
que una vez cortó un dedo a una difunta.

«Es Gil Gómez, señora», -proseguía,  
«avaro, sacristán, y valenciano,  
que por robar a una difunta un día,  
creyendo ser ladrón, fue cirujano.

»Miró a una muerta Gil llevada en coche;  
la vio enterrar con sus anillos de oro,  
y al nicho el muy bribón volvió de noche,  
como vuelve el avaro a su tesoro.

»No pudiendo sacarle un grueso anillo,  
el sacristán, con el mayor denuedo,  
su linterna dejó, sacó un cuchillo,  
y ¡horror! cortó de la difunta un dedo.

»Por efecto tal vez de la sangría,  
mientras Gil, por huir, al viento pasa,  
alzándose la muerta, que vivía,  
cogió la luz y se volvió a su casa.

»Mas desde entonces Gil, lleno de miedo,  
sin que haya nada que su espanto venza,  
mientras vive ella alegre y sin el dedo,  
él se muere de susto y de vergüenza.

»Por eso siempre y sin cesar la gente,  
por cualquiera lugar que Gil camina,  
-¡Al valiente! -le gritan, -¡Al valiente,  
que hace vivir los muertos que asesina!»

Ven luego curas, jueces y doctores,  
que vendieron con sórdida avaricia,  
por oro, por favor o por honores,  
unos gracia, otros ciencia, otros justicia.

Tirándoles al rostro su grillete,  
se vengan de los jueces los penados,  
y en ir con los marchantes de bonete,  
se juzgan los ladrones deshonorados.

El ansia de adquirir no tiene freno;  
lo suyo y lo no suyo les desvela;  
no les deja dormir el bien ajeno,  
y ansiado el propio bien, los tiene en vela.

Patricio sin valor, venal esposo,  
recogiendo y ansiando cuanto mira,  
se arrastra allí Catón el virtuoso,  
mancillando hasta el aire que respira:

Marcha Creso detrás, que fue preclaro  
por contar más tesoros que proezas,  
el que avaro, y tan sólo por avaro,  
las riquezas amó por las riquezas.

Y con Craso el venal, al que proclaman  
los proscritos de Sila el gran villano,  
marchan los héroes, que a sus robos llaman,  
lo mismo allí que aquí, golpes de mano.

Y va Pericles, que lanzó a la guerra  
a su patria, ocultando su codicia,  
enseñando falaz cómo en la tierra  
nació la crueldad de la avaricia.

Ven luego dos esposos que suspiran,  
y que huyen de mirarse frente a frente,  
porque se dan los dos, cuando se miran,  
el horror que da al ave la serpiente.

#### LOS VENTEROS DE DAIMIEL

Suspende, al verlos, la mujer su lloro,  
y a Honorio y Paz les dice con tristeza:  
«¿Queréis en cambio de la paz el oro?  
¡La paz del alma es la mayor riqueza!

«¡Yo soy, -prosigue-, una mujer maldita,  
a quien ha vuelto de avaricia loca  
la sed del oro, un monstruo que marchita  
el corazón que con su mano toca.

»Pobre, con fe, y una medalla al cuello,  
fue nuestro hijo a correr tierras extrañas,  
y después de encantarnos por lo bello,  
a Flandes admiró con sus hazañas.

»Tras largo tiempo de su patria ausente,  
llegó un soldado a nuestra venta un día;  
era el rico, era el bello, era el valiente,  
era el hijo infeliz del alma mía.

»Sin darse a conocer, de mi sigilo  
fió el caudal de que volvía dueño:  
cogí el dinero, él se durmió tranquilo;  
mas yo no pude conciliar el sueño.

»Sin conocer al hijo, y codiciosa,  
al ver en mi poder tan gran tesoro,  
sentí la tentación vertiginosa  
que da, al alcance de la mano, el oro.

»Busqué a mi esposo, y como, mal guardada,  
la mies inspira el robo y el saqueo,  
me dejó a su presencia avergonzada,  
cogiéndome en el aire un mal deseo.

»Viendo tanto oro relucir enfrente,  
nos miramos la esposa y el esposo,  
y jamás a un mirar más elocuente  
un silencio siguió más espantoso.

»En la estancia del huésped, que dormía,  
pasó después, entre la sombra oscura,  
una escena de sangre, una agonía,  
un delirio, un horror, una locura.

»¡Cuando vi, al enterrarle, la medalla!...»  
Aquí enmudece, en su dolor se abisma,  
y dice al hombre, que no hablaba: -«¡Calla!  
Pues más que me odias tú, me odio yo misma.»

Y continuó después: «Mudos cual bronce,  
viendo al hijo del alma asesinado,  
cayó de nuestros párpados entonces  
la lágrima mayor que se ha llorado.»

-Pero ¿cómo al decirte: ¡Oh madre mía!  
su voz no conociste? -exclama el padre.  
Y dice la mujer: -Porque creía  
que era otro hijo, que hablaba de otra madre.-

Y el hombre y la mujer en sus miradas  
el mutuo horror de su maldad revelan,  
y se cruzan las frases aceradas,  
y las ideas que asesinan vuelan.

Y al padre vil la madre le decía:  
«¿Te acuerdas del dogal con que le ataste?»  
«¿Y recuerdas,» -el padre respondía,  
el puñal con que atroz le asesinaste?»

«Fue el mismo que después clavé en mi pecho  
dice ella-, «castigando mi avaricia.»  
«Yo, ahorcándome», -dice él-, en mi despecho,  
con el mismo dogal me hice justicia.»

«¡Parricida!» -uno de otro aborrecido,  
gritan con alma de dolor transida;  
y el eco, doblemente repetido,  
-«¡Parricida! -responde-, ¡parricida!»

Y siempre recordando al hijo muerto,  
el hombre avaro y la mujer avara,  
se miran cual si un día en un desierto  
se hallasen con un tigre cara a cara.

Y ya lejos, mirándolo hacinado,  
-¡Oro! ¡Más oro! -la mujer decía;  
mas el hombre a su vez, desesperado,  
-¡Pero y la paz del alma! -respondía.

Del astro sin quietud en que, villanos,  
para robar el oro que apilaban,  
el padre al hijo, el hijo a sus hermanos,  
como el buitre a su presa, se espiaban.

Odiando Honorio y Paz todos sus dones,  
con la cara de horror casi amarilla,  
se alejan de un lugar donde a montones,  
inútil para todo, el oro brilla;

Y donde, en ansia vil, jamás se ha hallado  
ni un corazón con paz ni un ser risueño.  
Lugar de los insomnios adorado,  
donde nunca a dormir se para el sueño.

## Escena XXIX

### *El pecado de la gula*

PAZ. -HONORIO. -LOS GLOTONES. -UN DESTACAMENTO DE FRANCESES.

Un astro despeñado.

### ARGUMENTO

Un día alcanzan a ver una especie de cometa en el que están castigados los glotonos, y ven a Heliogábalo, Galba, Claudio, Albino, Mitrídates, Lúculo, Vitelio, Maximino, Enrique VIII y Catalina de Lancaster. El capitán de un grupo de soldados franceses les cuenta la heroicidad de Blanca Armendáriz, quien, envenenándoles el vino, bebió y

murió con ellos, matándolos a todos por ser enemigos de su patria. -Honorio y Paz ven desaparecer el cometa.

Un día que encantados contemplaban  
esos globos inmensos de topacio,  
que en infinita profusión brillaban,  
sembrados como polvo en el espacio,

Ven que en sus curvas, ondulante y varia,  
en marcha desigual, sin luz ni huella,  
describiendo una elipse cometaria,  
luce errática y nómada una estrella.

En un golfo de pálidos vapores,  
balanceando sin fin, vira en redondo,  
cual del mar se abandona a los furores  
algún barco que hace agua, al irse a fondo.

Después de ir, ya subiendo, ya bajando,  
del cenit al nadir, marcha el cometa  
de un lado al otro, en derredor girando,  
cual gira sobre el eje una veleta.

Cuanto anda en él, o rueda o se desliza;  
marea el movimiento como el vino;  
en el suelo de arena movediza,  
donde pisan los pies, huye el camino.

Junta el cometa en su veloz carrera,  
describiendo la elipse cometaria,  
al tumbo de una innoble borrachera,  
el vaivén de una danza involuntaria.

Nada tranquilo ni de pie se tiene;  
los que marchando van, marchan lo mismo  
que un hombre que se agita, y que va y viene  
en un barco que rueda en un abismo.

Movidos siempre allí, sin que se muevan,  
ven Césares rodar con pie inseguro,  
que en los anillos de sus dedos llevan  
el retrato del cínico Epicuro.

Como Galba, Heliogábalo y Albino,  
que presentan sus caras amarillas,  
con los labios resecaos por el vino,

jaspeadas por los besos las mejillas.

Marcha, no hallando de parar manera,  
Mitrídates también, de rabia lleno,  
que en su estómago atroz de hambrienta fiera  
voraz desafiaba hasta el veneno.

Y amando el juego y el beber sin tino,  
y la mesa y el circo y las mujeres,  
van Lúculo, Vitelio y Maximino,  
gastados por frenéticos placeres:

Y Enrique VIII, el del impuro fuego,  
que podía beber cuanto quería;  
y Catalina de Lancaster luego,  
que quería beber cuanto podía.

Todos, haciendo a la razón insulto,  
tentaban la justicia del destino,  
palpitando en sus labios en tumulto  
la muerte, el vicio, el deshonor y el vino.

Marcados se desploman, caen, juran,  
cual en un barco por la mar perdido;  
después como sonámbulos murmuran  
palabras desprovistas de sentido.

Y Honorio y Paz después ven que, gritando  
un ruidoso tropel, a gran distancia,  
más y más cada vez se va acercando,  
diciendo sin cesar: -¡Viva la Francia!-

Y dando hacia los dos pasos inciertos,  
cual beodos que salen de una orgía,  
en tanto que en sus labios entreabiertos  
una sonrisa idiota aparecía,

Salió uno al frente, que hacia Honorio anduvo,  
le saludó colérico, aunque urbano,  
con la rabia de un galo que no tuvo  
la gloria de morir espada en mano.

BLANCA DE ARMENDÁRIZ

Y el bravo capitán de aquellas gentes,  
encarándose a Honorio, así decía:

«Llegué con este grupo de valientes  
a cierto pueblo de Navarra un día.

»Fiel a su patria, y a la fe traidora,  
para acabar con mi brigada entera,  
disfrazada y cruel, cierta señora  
se convirtió de pronto en cantinera.

»Viendo el vino y la joven, nos rendimos  
al goce de una innoble intemperancia,  
y bebimos, bebimos y bebimos,  
exclamando al beber: -¡Viva la Francia!-

»Porque yo, astuto y receloso acaso,  
la pregunté si el vino era un veneno,  
me miró la mujer, y apuró un vaso  
con pulso firme y corazón sereno.

»Hallándonos en guerra y en España,  
dudar debí de la mujer aquella...  
¿Quién resiste al prestigio que acompaña  
a un rey si es bueno, a una mujer si es bella?

»Al vernos vacilar, ella arrogante,  
-Ya el veneno os abrasa, os turba el vino,-  
nos dijo audaz, brillando en su semblante  
la expresión infernal del asesino.

»Y mostrando, fanática en sus ojos  
un patriótico amor y un odio eterno,  
-¡Viva España! -gritó con labios rojos  
como el tizón más rojo del infierno.

»Blanca, al mirar que echaban mis valientes  
la mano a sus inútiles espadas,  
una risa infernal muestra en los dientes,  
y un báquico delirio en sus miradas.

»Me lancé yo a matar aquella fiera;  
mas vi su cara de color de rosa,  
y caí sin matar por vez primera,  
porque al fin soy francés, y ella era hermosa.

»Y era además tan brava, que aquel día  
con risa tan gentil bebió el veneno,  
que, entreabierta, su boca parecía

un vaso de coral de perlas lleno.

»Dispuestos ya a morir mis camaradas,  
uno jura, este ruega, aquél suspira:  
era un caos de frases pronunciadas,  
una vez con ternura, otras con ira.

»-¡Adiós, mi eterno amor! Allá te espero.  
-¡Qué risa de mujer! ¡Maldita sea!  
-¡Desgraciado de mí, porque me muero  
sin oír las campanas de mi aldea!

»-Nadie esta infamia sospechar podría.  
-¡Bendigamos a Dios, pues lo ha querido!  
-¿Qué dirás de nosotros, patria mía?  
-¡Quién pudiera morir donde ha nacido!

»Dándose todos, al caer, la mano,  
se acuerdan al morir, aunque beodos,  
uno del padre, el otro del hermano,  
y de su madre y de la patria todos.

»Y al fin, entre nosotros maldecida,  
como nosotros de sufrir cansada,  
soltó también la carga de la vida  
la mujer venenosa envenenada.»

Calló aquí el capitán, y en tal momento,  
por la memoria del veneno herido,  
aletargado, inmóvil, soñoliento,  
la cabeza inclinó, como dormido.

Y consigo después en tierra dando,  
en honda estupidez, aquella gente,  
uno a uno cayeron, imitando  
el letargo brutal de la serpiente.

Y dejando aquel astro, en su camino,  
las curvas de sus órbitas borradas,  
se aleja, cual errante peregrino,  
del éter por las playas azuladas.

Honorio y Paz desde la láctea vía  
lo ven que, como esquife arrebatado,  
en una elipse inmensa se movía  
por las sendas del cielo extraviado.

Y se quedan los dos del cielo enfrente,  
casi sintiendo del terror el frío,  
mientras ven el planeta enteramente  
perdido en los desiertos del vacío;

Admirando las glorias infinitas  
del Dios que reina en su inmutable asiento,  
que con letras de fuego están escritas  
en la bóveda azul del firmamento.

### Escena XXX

#### *El fin de un mundo*

PAZ. -HONORIO. -JESÚS EL MAGO. -LAS ALMAS EN PENA. -PALACIANO.

Un astro moribundo.

#### ARGUMENTO

Sorprende a Paz y a Honorio el espectáculo de la destrucción de un mundo. Quedan en el vacío una multitud de almas en pena, que van guiadas por el espíritu de Palaciano.

A la parte oriental de su camino,  
ven que un día siniestro se descubre  
ese color oscuro y mortecino  
de los últimos días del octubre.

Y entre una multitud de inmensas moles,  
un planeta brillar por todos lados,  
en un vasto archipiélago de soles,  
por un cósmico mar desparramados.

Como al brillo de un sol que se ponía,  
sintiendo Honorio y Paz el alma inquieta,  
asisten a la bárbara agonía  
de las últimas horas de un planeta.

De pronto un gran fragor, sobrecogido  
dejó hasta a Honorio, que, en su eterno duelo,  
jamás le conmovió ningún rugido  
ni del mar, ni del mundo, ni del cielo.

Y al tiempo en que del ruido desusado

la causa Honorio con afán inquiera,  
dice Jesús, pasando por su lado:  
-Cumplió su tiempo ese planeta y muere.-

¡Oh ley universal! ¿Es que perecen,  
como el hombre, los astros en el cielo?  
Después que vegetando resplandecen,  
¿llegan también a una vejez de hielo?

¿Qué es ya ese mundo? Impulso que se agota,  
cosmos sutil que agonizando vaga,  
de un péndulo inmortal fuerza ya rota,  
voz que se extingue, hoguera que se apaga.

Mirando el astro aquel, despavoridos,  
más les consternan, cuanto más caminan,  
los débiles, siniestros y perdidos  
resplandores de luz que lo iluminan.

Condensándose más, van adquiriendo  
las nubes un carácter despiadado,  
y toman, descendiendo, descendiendo,  
un color uniforme y aplomado.

Vertidos de los montes, descendían  
derramados sin cauces los torrentes.  
Los rayos, ondulando, parecían  
unas sueltas nidadas de serpientes.

Sigue el fragor, y a un resplandor intenso  
unas llamas le siguen amarillas;  
después se deja oír el ruido inmenso  
de mares que rebasan sus orillas.

Por encima del astro, temerosas,  
variadas de color, vuelan las aves,  
cual luces de San Telmo, esplendorosas,  
que en los mástiles brillan de las naves.

Brota el follaje lánguidos gemidos;  
la tierra desquiciándose crujía;  
los cuervos, arrojados de sus nidos,  
lanzan gritos furiosos de agonía.

Troncos, que caen sobre troncos muertos,  
se ven unos sobre otros hacinados,

y son en sus guaridas y desiertos,  
los seres que devoran, devorados.

En las gredas del suelo abigarradas,  
rabiosos los reptiles se acumulan,  
y nubes de humo y polvo, condensadas,  
como inmensos murciélagos circulan.

En los bosques los árboles se agitan,  
y mezclando sus voces lastimeras,  
se confunden, se asordan y se imitan  
árboles, hombres, pájaros y fieras.

Abren los ríos por los campos calles,  
traslada el mar su natural asiento,  
caen rotos los montes en los valles,  
y los valles deshechos en el viento.

Mientras tomaba así forma gaseosa,  
Honorio el pitagórico escuchaba  
una cierta elegía misteriosa  
que el mundo al deshacerse murmuraba.

Al astro, en fin, el huracán sacude,  
y hasta el centro de su eje el suelo agrieta,  
y en él a condensarse el viento acude  
de todos los extremos del planeta.

Cual Etna, desde el valle hasta la cumbre,  
en bárbara explosión el mundo estalla.  
Va cesando el fragor, muere la lumbre,  
y apagado el volcán, el viento calla.

Extingue, derramada, el agua al fuego;  
torna el fuego las aguas en rocío;  
el rocío se extiende y sube, y luego  
humo... vapor... cenizas... y ¡el vacío!

Y Honorio y Paz después con ansia horrible  
vieron, lanzando una postrer mirada,  
que todo quedó al fin en paz terrible,  
entrando en los abismos de la nada.

Sólo nubes de espíritus ligeras,  
ya sin los cuerpos de que fueron dueños,  
sin forma ni color, por las esferas

cruzando van como los malos sueños.

Corren las nubes cual la densa bruma  
que alza, sonando, por la tarde el río;  
y como nada sobre el mar la espuma,  
van las almas nadando en el vacío.

Mira la turba, en lágrimas deshecha,  
la tierra muerta ya de sus dolores,  
porque en la patria de sus penas echa  
raíz el corazón como las flores.

Las almas que aparecen o se esconden,  
mezclándose entre sí, vertiginosas,  
parece que preguntan y responden,  
gorjeando unas palabras misteriosas.

Luego, acudiendo el transparente bando  
hacia el punto central de los extremos,  
cual blancas aves de la mar girando,  
se preguntan con ansia: -¿Adónde iremos?-

¡Ay! no tienen los ángeles memoria  
de tanta angustia y de tan hondos gritos,  
desde el día en que Dios reinó en su gloria  
en medio de vacíos infinitos.

Los espíritus, juntos o apartados,  
van volando uno a uno y ciento a ciento,  
cual las briznas de hierba de los prados  
que se lleva una ráfaga de viento.

Entre la turba, al parecer maldita,  
Paz una sombra a distinguir alcanza,  
y -¡Es él! ¡es él!- entusiasmada grita,  
abriendo el corazón a una esperanza.

Y enseguida la madre y el hermano,  
con vista aguda y con atento oído,  
lograron ver y oír a Palaciano  
de un rebaño de espíritus seguido;

Pues del astro a los últimos reflejos  
corrió a guiar las almas lastimeras,  
como un hada que acude desde lejos,  
buscando a sus errantes compañeras.

## JORNADA SEXTA

### Escena XXXI

#### *El pecado de la impureza*

(PRIMERA PARTE)

PAZ. -HONORIO. -EL PRÍNCIPE SIN NOMBRE.

Un sol putrefacto.

#### ARGUMENTO

Llegando Paz y Honorio a otro de los astros donde se purifican las almas que mueren en pecado, encuentran el lugar donde se purga el pecado de la impureza. Entre los seductores hallan un hombre perseguido por una bacante: le pregunta Honorio quién es, y le contesta que fue un príncipe, que, prendado de los ojos de una religiosa, la requirió de amores, y ella hizo el sacrificio de sacárselos, regalándoselos en un plato para escarmiento de sus malos deseos.

Honorio y Paz, ajenos de reposo,  
sumidos en mortal melancolía,  
llegaron a un lugar caliginoso,  
donde el demonio blasfemo algún día.

Y en el rincón del éter más impuro,  
su inquietud aumentando y sus pesares,  
un astro vieron de color oscuro,  
del cielo entre los rojos luminares.

Cuando al planeta a su pesar llegaron,  
venciendo su pudor y casi a oscuras,  
con asco, Honorio y Paz, el suelo hollaron  
del astro de las fáciles ternuras.

De aquel lugar la calma y el contento  
los desterró el placer: ¡tierra maldita,  
donde húmedo y letal esparce el viento  
cierto fétido olor de flor marchita!

Pisando siempre el limo de los ríos,  
se abren paso al andar con pies y manos,

por bosques de hongos fátidos y umbríos,  
en un suelo de charcas y pantanos.

Cegándolos, recorren a bandadas,  
la atmósfera y las aguas corrompidas,  
mariposas negruzcas y pesadas,  
del hedor y la fiebre hijas queridas.

Nacen del cieno, cual los hongos crecen,  
una especie de sátiros lascivos,  
que, más bien que unos sátiros, parecen  
reptiles de océanos primitivos.

Con el ansia del vicio sin donaire,  
el gusto hasta el hastío provocando,  
se ciernen los amores en el aire,  
sus ardientes antorchas agitando.

Amores que, en su lúbrica torpeza,  
dan grima al noble amor; raza sin nombre,  
que junta la malicia a la impureza,  
mezcla de mono, de reptil y de hombre.

Con escándalo inquietos, repugnantes,  
los sátiros, a monos parecidos,  
y mezclados con ellos las bacantes,  
sucios monstruos de géneros perdidos.

Persiguen a Tenorios, que sintiendo  
una dicha sensual, pero funesta,  
gozaron sin virtud, no conociendo  
del puro amor la privación honesta.

Y huyen ante ellos en tropel inmundo;  
pues seres ya para el placer perdidos,  
furiosos agotaron en el mundo  
el placer sin amor de los sentidos.

Paz con vergüenza, Honorio pesaroso,  
en un juncal que, a la siniestra mano,  
crece al borde de un río cenagoso,  
que se pierde sumido en un pantano.

Ven que a un hombre, con cínica sonrisa,  
siguiendo más impúdica que amante,  
deja colgar al soplo de la brisa

su trenza desgredada una bacante.

Debajo de su lúbrica mirada  
y en torno de su boca centellea  
la expresión fatigosa y fatigada  
del ansia vil, que desear desea.

Descalzo el pie, los hombros escotados,  
ni siquiera ocultaba, desceñida,  
bajo el cuello procaz, los mal velados  
misteriosos santuarios de la vida.

Llevando, como Venus, la bacante,  
la victoria del vicio en la cintura,  
mostraba al hombre en su voraz semblante  
la contorsión de la sonrisa impura.

Y al joven que implacable perseguía,  
con brazos por la fiebre descarnados,  
en un plato de barro le ofrecía  
unos ojos vidriosos y apagados.

Y -Toma- nauseabunda susurraba,  
como silba el reptil húmedo y frío;  
y el joven escuchándola exclamaba:  
-¡Qué odioso, santo Dios, es el hastío!

#### EL PRÍNCIPE SIN NOMBRE

Detuvo al hombre, hasta el furor hastiado,  
Honorio, preguntándole: -¿Quién eres?-  
«Un hombre, contestó, que, desdichado,  
sólo amó a la mujer, en las mujeres.

»Gran príncipe nací, y aunque comienza  
mi vida en cuna real, he sido un hombre  
que, acaso por desprecio o por vergüenza,  
ha olvidado la historia hasta mi nombre.

»A sor Clara una vez en su convento  
la requerí de amor, con un cinismo,  
que en tan santo lugar y en tal momento,  
lo audaz deshonraría al crimen mismo.

»-¿No adivináis mi amor en mi mirada?-  
murmuré irreverente a sus oídos.

¡Oh juventud por el placer cegada,  
que no piensa en más Dios que los sentidos!

»-¿Qué os gusta en mí? -me preguntó gimiendo.  
-Vuestros ojos, -la dije, y tristemente,  
-¡Mis pobres ojos! -exclamó, volviendo  
al cielo con dolor su limpia frente.

»Y de su celda hacia la puerta andando,  
-Mi respuesta aguardada, -serena dijo;  
y en el quicio apoyada, entró besando,  
con la fe de una santa, un crucifijo.

»Al pensar ¡oh miseria de la vida!  
en su talle gentil, su rostro bello,  
la respuesta aguardando prometida,  
hasta se hinchaba de placer mi cuello.

»Al umbral de la puerta, a poco rato,  
destrozadas las órbitas se asoma,  
y sus ojos me ofrece en este plato  
con tranquilo ademán, diciendo: -Toma.-

»¡Horror! Cruzaron por el pecho mío  
la sangre al ver de tan atroz presente,  
una llama primero, y luego un frío,  
que hasta heló de mis lágrimas la fuente.

»-Toma, -añadió; -que mi presente pueda  
a tu pecho sin fe volver la calma;  
y aunque ves que mi faz sin ojos queda,  
para mirar a Dios me basta el alma.-

»Me echó el plato y partió. De espanto yerto,  
yo en tanto miro el don que, abominable,  
dejó en mi sangre para siempre muerto  
el torbellino del amor culpable.»

La bacante después, siguiendo al hombre,  
tiende al correr su desgreñada trenza,  
y grita, huyendo, el Príncipe sin nombre:  
-¡Maldición en la dicha que avergüenza!-

*El pecado de la impureza*

(SEGUNDA PARTE)

PAZ. -HONORIO. -GERMÁN DE OSORIO. -LEANDRA DE ZÚÑIGA.

Un sol putrefacto.

ARGUMENTO

Se encuentra un grupo guiado por Semíramis. -Conoce Paz a Germán de Osorio y a su prima la Condesa del Pinar. Cuenta Germán cómo fue su muerte, y Honorio, que la presencié convertido en águila, concluye la historia. Les anuncia una bacante la llegada de Leandra de Zúñiga, la cual revela a Paz la historia de su pasión.

En el mismo planeta, el mismo día,  
Paz y Honorio pisaban con espanto  
una tierra animal, que parecía  
polvo de muertos amasado en llanto.

Llegando a cierto valle del dominio  
de esta inmunda Pentápolis de cieno,  
donde corren, sembrando el exterminio,  
aires tibios cargados de veneno.

Ven llegar una turba, que, imprudente,  
se digna presidir, yendo delante,  
Semíramis, la reina del Oriente,  
mala esposa, vil madre y torpe amante.

¡Grupo infernal! El fuego que os acosa,  
¡cuán horrible placer al crimen presta!  
¡Mal haya esa pasión, plaga horrorosa,  
que el santo hogar de la familia infesta!

¡Oh amor, sólo posible cuando el hombre  
ve su razón de un vértigo atacada!  
¡Antes que inmundo pronunciar su nombre,  
quede mi lengua al paladar pegada!

GERMÁN DE OSORIO

Mirando que, con aire lastimoso,  
sobre un hombre reclina su cabeza  
una mujer, que ha sido por su esposo  
castigada en un día de flaqueza.

-¡Qué cuadro! exclama Paz. ¡Su prima hermana  
de Germán sobre el pecho se reclina!  
¡Maldita sea una pasión tirana,  
que así implacable el corazón domina!

-¡Muy triste ha sido y es! les dice Honorio,  
allí y aquí, vuestra ignorada suerte!  
¡Condesa del Pinar! ¡Germán de Osorio!  
¡Cuán bueno es Dios en conceder la muerte!

«Ya veis ¡qué horriblemente ha castigado-  
le contestó Germán- nuestros amores,  
el ser que del infierno ha desertado,  
si es que tiene el infierno desertores!

»El día que en el bosque alegremente,  
del brazo de esta pobre compañera,  
buscábamos los dos, junto a una fuente,  
un sitio de una eterna primavera.

»Al final de una senda conocida,  
hollando nuestros pies cierta espesura,  
una trampa de lobos, escondida,  
a los dos nos cogió por la cintura.

»De este modo tan vil tomó venganza  
de su esposa y de mí, su innoble esposo.  
¡Es atroz, cuando al crimen se abalanza,  
el corazón de un hombre poderoso!

»Para romper la trampa maldecida  
hacíamos los dos esfuerzos vanos,  
forcejeando, aun a costa de la vida,  
con los pies, con los dientes y las manos.

»Como de ella el amor era infinito,  
por mí tranquila su dolor sufría,  
mientras, oculto aún, nuestro delito  
la sombra, hermana del pudor, cubría.

»Mas cuando ya ante el sol, desde el Oriente,  
la brisa matinal a andar comienza,  
temiendo ver la luz, baja la frente,  
prefiriendo la muerte a la vergüenza.

»Recordando después a aquel marido  
de ojos de lobo y barbas encarnadas,  
-¿Por qué -me preguntó- no habrá querido  
partirme el corazón a puñaladas?-

»Y hablándome tan cerca, que sentía  
de sus labios de rosa el movimiento,  
pensando en él, inquieta me decía:  
-¿Desde dónde verá nuestro tormento?-

»Moviendo en torno y con viveza rara  
los ojos hacia un lado y otro lado,  
mientras que piensa en él, se ve en su cara  
del más vivo pudor el encarnado.

»Y después, abrumada de tristeza,  
sobre mi pecho con furioso anhelo  
inclinó, para ahogarse, la cabeza,  
ya fría como un témpano de hielo.

»Y se apretó a mi pecho de tal suerte,  
que el tumulto la ahogó de sus gemidos.  
¡Pobre avecilla, que buscó la muerte  
suspendiendo la acción de sus sentidos!

»Por ver si activo su prisión quebranta,  
vuelve a luchar mi cuerpo, y forcejea,  
y se encorva, y se baja, y se levanta,  
y se dobla, y se estira, y se cimbre.

»Mas, aherrojado allí, frente a la amante,  
me vio la aurora del tercero día:  
¡si fuera el corazón de oro o diamante,  
con tanto padecer, reventarla!

»¡Los buitres ya aquel día acompañaban  
mis horas solitarias y febriles,  
y a roer nuestros pies se incorporaban,  
del seno de la tierra, los reptiles!

»Con altivo ademán, después, llegando  
un águila feroz desde el desierto,  
espantaba los buitres, esperando  
mi cuerpo devorar después de muerto.»

Calló Germán, y a Paz tímidamente,

-Esa aguila era yo, -le dijo Honorio.  
Y a alzar volviendo la abatida frente,  
su historia siguió así Germán de Osorio:

«¡Cuántas veces mis lágrimas secaba,  
llorando por mi triste compañera,  
en la toca de encaje que guardaba  
su abundante y sedosa cabellera!

»Y ¡cuántas con más miedo que despecho,  
vi al águila cruzar el aire vano,  
cual ve el ave, los hijos bajo el pecho,  
cerniéndose en los aires al milano!

»Causándome, por fin, un hambre horrible  
el fruto que pendía en cada rama,  
y aumentando mi sed inextinguible  
los murmullos del río entre la grama.

»Cada vez más y más desesperado,  
de cuanto allí miraba y cuanto oía,  
muerto de sed, del hambre devorado,  
el tormento de Tántalo sufría.

»Al cuarto día, cuando el sol se alzaba,  
alumbrando el horror de mi martirio,  
ya el bosque todo para mí brillaba  
con esa mate palidez del lirio.

»Al fin, ¡qué horror! me asalta furibundo,  
viendo carne a mi boca tan unida,  
ese deseo indómito del mundo,  
que quiere, terco, recobrar la vida;

»Y ¡tanto, tanto mi ansiedad provoca,  
que abrí los labios y hasta hiqué los dientes!...»  
Y al salir estas frases de su boca,  
caían de sus ojos dos torrentes.

»Mas, por suerte, -siguió- cuando pensaba  
mi existencia alargar, ya entorno mío  
el hedor del cadáver derramaba  
un germen de terror, de odio y de hastío.

»¡Era tanta mi furia, que comiera,  
maldiciendo a la vez, su carne pura,

si yo comer y maldecir pudiera  
a quien debo mis horas de ventura!

»Lucía el sol, los pájaros cantaban,  
y en tanto que, aumentando mis dolores,  
las palomas torcaces se arrullaban,  
y entonaban su amor los ruiseñores;

»Me trajeron, por fin, con mano amiga,  
la ventura del último tormento,  
la sed, el hambre, el sueño, la fatiga,  
la fiebre, el deshonor y el desaliento.

»Y me hizo recordar una campana,  
sus vagas ondas al vibrar sonoras,  
que mi madre, cual siempre, con mi hermana,  
me esperaban rezando a aquellas horas.

»Y como ésta, al morir, cubrió aquel día  
mi pecho fiel con su cabeza amante,  
yo, cariñoso, al inclinar la mía,  
su cabeza cubrí con mi semblante!»

Acabando Germán con un gemido  
la historia de sus grandes amarguras,  
le dijo aquél para quien siempre han sido  
las muertes unas vidas de aventuras:

«Oye el fin de ese amor que vais llorando:  
el águila que crees que del desierto  
vino a espantar los buitres, esperando  
tu cuerpo devorar después de muerto,

«Pudo evitar, con su ademán altivo,  
que de los buitres las feroces sañas  
te devorasen, aherrojado y vivo,  
cual nuevo Prometeo, las entrañas.

»Pero evitar no pudo que aquel día,  
por la carne atraídos y exaltados,  
los lobos en voraz carnicería  
dejasen vuestros huesos descarnados.

»Mas no quedó de vuestro amor ni seña,  
pues sin duda del Conde los sabuesos,  
por el honor velando de su dueña,

dieron cuenta después de vuestros huesos.

»¡Y adiós! -concluye, al alejarse, Honorio;-  
¡dichoso aquél que amo y ha sido amado;  
pues, aun sufriendo así, Germán de Osorio,  
nunca el que ama es del todo desdichado!»

Heraldo de deshonra, y de ira ciega,  
grita después, corriendo, una bacante:  
-En cierto lecho, esa mujer que llega,  
entró una noche madre, y salió amante.-

Y detrás unos sátiros, que aullando,  
con el rostro procaz, de barro lleno,  
se aparecen de pronto, cual brotando  
de chozas fabricadas bajo el cieno,

A una mujer con manto, ajada y bella,  
fatigan, persiguiéndola lascivos,  
y ofenden su pudor en torno de ella  
con besos figurados y expresivos.

Tocan al manto a veces, y ella, altiva,  
cuando alguno sus orlas profanaba,  
de la fuerza del asco, convulsiva,  
el manto de sus manos arrancaba.

Y al ver que su dolor mira piadosa,  
se acerca a Paz, diciendo: -Oye mi nombre.-  
Y viendo a Honorio, añade pudorosa:  
-Mas ven; no me oiga, por piedad, ese hombre.-

#### LEANDRA DE ZÚÑIGA

«Fui madre, y digna de ventura tanta,  
viuda guardé con religioso celo  
mi castidad, virginidad más santa  
que la primera castidad del cielo.

»Lisena, mi doncella, al hijo mío  
amó sin fe con la adhesión que afrenta;  
yo, mirando en Lisena amor tan frío,  
sentía una inquietud calenturienta.

»Por dinero, su amor y hasta su lecho,  
dio de Lisena el corazón liviano

a la mujer que acumuló en su pecho  
la llama toda del amor humano.

»¡Ay! una noche, de razón ajena,  
al hijo de mi amor, que yo adoraba,  
otra mujer más torpe que Lisena,  
de acuerdo con Lisena, le aguardaba.»

Y aquí Leandra balbuceó, y nombrando  
la noche... el lecho... su demencia... el hijo...  
poco a poco su voz debilitando,  
fue a decir no sé qué, mas no lo dijo.

Y al ver Paz que, aturdida y casi loca,  
ni ideas para hablar, ni frases halla,  
con la mano tapándole la boca,  
mirando a Honorio, la decía: -¡Calla!-

«¡Sumida en el dolor, muerta de espanto,-  
Leandra murmurando proseguía,-  
envuelta entre los pliegues de este manto,  
no he vuelto a ver la luz desde aquel día!»

Dijo, y huyó: los sátiros aullando  
la siguen en su rápida carrera,  
y en torno de ella impuros circulando,  
-¡Que muera! gritan con furor, ¡que muera!-

Y lapidarla, al fin, quisieron viles;  
mas, como Dios es grande y siempre bueno,  
por más que las buscaron cual reptiles,  
ni una piedra encontraron entre el cieno.

Y al verlos, dijo Paz: -Contempla, Honorio,  
¡cómo Dios, en su gracia inagotable,  
no trajo ni una piedra al purgatorio  
para arrojar a la mujer culpable!-

### Escena XXXIII

#### *El pecado de la impureza*

(TERCERA PARTE)

PAZ. -HONORIO. -PAULA MEJÍA.

Un sol putrefacto.

## ARGUMENTO

Hallan a las Faustinas, a Julia, a Lucrecia Borgia y a Juana de Nápoles. Pregunta Honorio su nombre a Paula Mejía, y ésta le cuenta que, sorprendida un día, el marido obligó al amante a que pagase sus favores con un escudo, el cual, después de horadado, le colgó su marido al cuello.

Andando con pavor y sentimiento  
por sitios sin color, de luz escasos,  
de una tierra arcillosa el pavimento  
el ruido amortiguaba de sus pasos.

No cruza ser alguno, sin que enferme,  
de sus marismas la región desierta;  
y el triste que en sus páramos se duerme,  
con la fiebre en las venas se despierta.

Y al llegar a la pútrida hondonada  
de una rambla arenisca y pantanosa,  
donde crecen la palma enamorada  
y la adelfa risueña y alevosa,

Hallan mujeres de ojos centellantes,  
bocas grandes, y espesas cabelleras,  
con labios rojos, gruesos, palpitantes,  
altas de pechos y anchas de caderas;

Y ven que allí, donde purgar se siente  
del satisfecho amor la horrible plaga,  
corre impregnado el bochornoso ambiente  
de un cierto olor de almizcle, que empalaga.

La boca sin carmín, cárdeno el cuello,  
marchando las impuras Faüstinas,  
los rostros enlodados, y el cabello  
cual monstruos de cavernas submarinas,

Mueven aún, con presunción de hermosas,  
los ojos ya apagados y sombríos,  
y al verlas todavía deseosas,  
en vez de ardor, se sienten calofríos.

De Julia, hija de Augusto, se presenta,

de fango llena, la imperial figura;  
si hoy triste, descarnada y macilenta,  
radiante en otro tiempo de hermosura.

Pensando en el pasado, aun bebe ansiosa  
el dejo de sus lúbricos amores,  
porque es sólo una planta venenosa,  
cuando ha dado el placer todas sus flores:

Tras de ese amor, que en el placer empieza  
y acaba en el desprecio y el hastío,  
no faltó a su vejez ni una bajeza,  
ni hambre, ni sed, ni desnudez, ni frío.

Aunque a muchos después, por el semblante,  
Paz y Honorio, pasando, conocían,  
de ofrecerles el bálsamo irritante  
de consuelos vulgares se abstenían.

Vil como ella, a la Borgia sanguinaria  
la muerte le infiltraba en el aliento,  
invisible Locusta, una malaria,  
que el veneno esparcía por el viento.

Del grupo de unos sátiros furiosos  
huye Juana de Nápoles, hastiada...  
No vi jamás en ojos más hermosos,  
más audaz ni más firme una mirada.

Desconsolada Paz, y triste Honorio,  
llorando a solas ven una belleza  
en el sitio peor de un territorio  
donde reinan la fiebre y la tristeza.

Y -¿Quién eres? -preguntan a la dama,  
que en el lugar del astro más oscuro  
brillaba, cual la flor sobre una rama  
que ha tocado, al pasar, un aire impuro.

Ella al sentir colgada por delante  
una moneda taladrada al cuello,  
procurando ocultarla, en su semblante  
del más negro pesar llevaba el sello.

PAULA MEJÍA

-Fui por mi esposo sorprendida, un día  
que mis deberes olvidé de esposa,-  
respondió a Paz, al fin, Paula Mejía,  
encendida su faz como una rosa.

-Págala bien, -de palidez cubierto,  
el marido cruel dijo al amante,  
en cuyos brazos ¡ay! debí haber muerto,  
ciega de amor, perdida y palpitante.

-O al punto -continuó con rabia fiera-  
te parto el corazón con esta daga,  
o un escudo la das, de igual manera  
que a una mozueta de cuartel se paga.-

«¡Ay! el amante obedeció al marido;  
aquél, infame, y éste, rencoroso.  
Así, no muerta, deshonrada he sido  
entre un amante vil y un fiero esposo.

»Y después el marido deshonrado,  
con un frío rencor, que aun me horripila,  
de una cinta, el escudo taladrado,  
a mi cuello colgó como una esquila.»

Y Paz echó de ver que, esto diciendo,  
el escudo fatal Paula ocultaba,  
y a la pobre mujer compadeciendo,  
lloró también, al verla que lloraba.

-¿Por qué no me mató piadosamente,  
de aquel amante vil entre los brazos?-  
gritaba en ese estado en que la frente  
hacerse quiere, al parecer, pedazos.

Calla; su rostro con las manos tapa,  
y así de nuevo a sollozar comienza,  
y un llanto por entre ellas se le escapa,  
de rabia, de terror y de vergüenza.

Después de andar de un lado al otro lado,  
se paró, miró al cielo, abrió la boca,  
aspiró el aire, y luego de aspirado,  
gritó y se echo a reír: ¡estaba loca!

Y en la rabia y la pena que sentía,

unas veces riendo, otras llorando,  
a solas se quedó Paula Mejía  
una voz sin palabras murmurando.

#### Escena XXXIV

#### *El pecado de la impureza*

(CUARTA PARTE)

PAZ. -HONORIO. -TERESINA DE LA PEÑA.

El sol putrefacto.

#### ARGUMENTO

Siguiendo su viaje por el astro putrefacto, encuentran a las coquetas y después a Cleopatra guiando a varias mujeres. -Ve Honorio a Teresina de la Peña, la amante de un amigo suyo, y ésta le cuenta cómo el deseo de venganza la precipitó en el crimen.

Los devotos de Venus y Cupido,  
después de una existencia divertida,  
respirando aquel aire corrompido,  
beben la muerte en lo que da la vida.

De polen impregnados, los ambientes  
van cargados de lúbricos vapores;  
a sus pies se deslizan las serpientes,  
y la fiebre se oculta entre las flores.

Las aguas estancadas agitando  
de los pútridos charcos, se desatan  
unos vientos que, tibios revolando,  
enferman tanto allí, que casi matan.

Imitando en su cuerpo, que cimbrea,  
con gesto blando y corazón de acero,  
la cintura de Venus Cíterea,  
que hizo perder el juicio al mundo entero,

Y juntando a la gracia de su talle  
la eterna risa que a su labio asoma,  
las coquetas hallaron en un valle  
de flores sin color y sin aroma.

Inútiles deseos excitando,

cuerpos nobles con almas corrompidas,  
fingen amor por vanidad, ansiando  
más bien ser admiradas que queridas.

¿Por qué, injustos los cielos, no han querido  
o darles sentimiento o continencia  
a esos pérfidos seres, que han sabido  
guardar la castidad sin la inocencia?

¡Bien haya el fuego eterno, si os alcanza  
a las que a tantos, con glacial falsía,  
llevasteis, de esperanza en esperanza,  
engañados un día y otro día!

¡Cuántos por ellas, con verdad se mueren,  
y las comedias de virtud adoran  
de esas falsas que lloran cuando quieren,  
y mienten además siempre que lloran!

Lo mismo allí que aquí, marchando arteras  
por caminos sin luz, cual los reptiles,  
las ven hasta con asco las ramera,  
nobles almas tal vez en cuerpos viles.

Bella y gentil, tras de mujeres tales,  
la reina Cleopatra resplandece,  
ostentando en su rostro las señales  
del placer no escaseado, que embrutece.

Un áspid la mató; mas se asegura  
que, hiriendo el áspid, la mató el despecho,  
pues cuentan que su sangre era tan pura,  
que el áspid reventó sobre su pecho.

Perdida el alma, ajada la materia,  
menos que ella tal vez, siguen, livianas,  
las hijas de la infamia y la miseria,  
madres del vicio, y de la peste hermanas.

Confunden con bostezos sus gemidos,  
sintiendo la embriaguez de la fatiga,  
porque Dios, del amor de los sentidos,  
hastiándonos de goces, nos castiga.

Hallando a una mujer viva y pequeña,  
de vida no muy buena, y mala fama,

-¡La pobre Teresina de la Peña!...-  
con ternura y dolor Honorio exclama.

### TERESINA DE LA PEÑA

-¿Sois?... -fue a decirla; y rápida y concisa,  
-La misma soy, -le interrumpió la sombra;  
y él hablando despacio, ella deprisa,  
ni él la dice quien es, ni ella se nombra.

-Hasta el crimen por el precipitada...-  
la triste joven a decir comienza:  
y al decir él, por la emoción turbada,  
se puso colorada de vergüenza.

«La virtud aprendiendo de corrida,-  
siguió, de rabia y sentimiento roja,-  
después de abierto el libro de la vida,  
lo he leído hasta el fin hoja por hoja.

»Como el camino abandoné derecho,  
porque a otra se entregó, de celos llena  
yo, después, por vengarme, en mi despecho,  
-La vida corta, dije, pero buena.-

»Ciega en mi rabia, y en mis goces fría,  
marchita ya de mi virtud la palma,  
sin hallar el amor que a él le tenía,  
al placer me entregué con toda el alma.

»Aunque doté de artificial ventura,  
tejiendo el hilo del placer, a tantos,  
el tierno amor sobre mi vida impura  
ni una vez ha arrojado sus encantos.

»Y es que, a pesar de mi cruel despecho,  
mi ardiente corazón sólo a él quería,  
y siendo para él, aun en mi pecho  
la fuente del candor renacería.

»¡Perdida ya una vez, aunque demente,  
me lancé a una feroz incontinencia,  
no hallé dicha ni paz, pues solamente  
nos consuela de todo la inocencia!»

Y mordiéndose algo, en sueños, con la boca,

batiendo con los puños las rodillas,  
una especie sintió de rabia loca,  
que hizo llegar la sangre a sus mejillas.

Después hacia el tropel de innoble fama  
corriendo la mujer viva y pequeña,  
con ternura y dolor Honorio exclama:  
-La pobre Teresina de la Peña!...-

Y -¡Adiós! -la dice; y rápida y concisa,  
-¡Adiós, adiós! -le respondió la sombra;  
y él hablando despacio, ella de prisa,  
ni él la dice quien es, ni ella se nombra.

Y añade Honorio con viril coraje:  
-¡A cuántas, como a ti, traen los celos  
a este astro de fatal libertinaje,  
pudridero maldito de los cielos!-

#### Escena XXXV

#### *El pecado de la impureza*

(QUINTA PARTE)

PAZ. -HOSORIO. -LOS MARQUESES DE VALVFRDE.

Un sol putrefacto.

#### ARGUMENTO

Acabando de recorrer el astro putrefacto, se encuentran otros viciosos; y después de ver pasar a las Celestinas, cierto hombrecillo les cuenta que un Marqués de Valverde, para castigar la desenvoltura de su mujer, hizo colocar el retrato de ella, con el vestido remangado, en el frontispicio de su casa. -Exclamaciones de Paz y Honorio, al abandonar el astro donde purgan los impuros sus pecados.

Cruzando aquella tierra corrompida,  
siguen hallando los perdidos seres,  
que creen que Dios les concedió la vida  
para agotar en ella los placeres.

Sobre sus tardos miembros, cuyos bríos  
agotaron los reumas y los años,  
resbaladizos, húmedos y fríos,

ven con pena correr bichos extraños.

Los audaces, que llevan en la frente  
la expresión de los goces violentos,  
y que impuros revuelven en la mente  
toda suerte de inmundos pensamientos.

Y ven a los que, en falso enamorados,  
convirtiendo el deseo en un suplicio,  
de su inútil amor desesperados,  
no sintiendo pasión, sueñan el vicio.

Van en pos de ellos, en tropel impuro,  
en demencias de goces delirando,  
hasta el tierno respeto, el amor puro,  
con sus necios caprichos deshonrando,

Los Catones, Adrianos y Alcibiades,  
que, apurando el deseo hasta las heces,  
en sus gustos, banquetes y amistades,  
hace el desorden del placer las veces.

Mercurios sin honor, raza maldita,  
a quien mi lengua por pudor no nombra,  
pues con su aliento la virtud marchita,  
como el árbol que mata con su sombra.

Siguen detrás las que al amor brindaron  
con la copa que encanta y que envenena;  
traficantes de amor, que comerciaron  
por cuenta propia y con delicia ajena.

De pronto, de entre un corro de mujeres  
saliendo un hombre ruin, que causa hastío,  
y un grupo señalando de tres seres,  
que de verlos no más se siente frío,

Cuenta de ellos la historia vergonzosa,  
mirando, mientras habla, al matrimonio,  
con ojeadas de sátiro a la esposa,  
y al hombre con sonrisas de demonio.

#### LOS MARQUESES DE VALVERDE

«Se alzó en Valladolid un edificio,  
de Fabio Nelli en la plazuela un día,

y desnudo, en el ancho frontispicio,  
el cuerpo de la dueña se veía.

»Creyó, haciendo la impúdica escultura,  
este Marqués celoso y delirante,  
vil castigar la vil desenvoltura  
de esa adúltera esposa y del amante.

»Ciego, al llenar a su mujer de lodo,  
no ve el Marqués que su deshonra sella,  
publicando el imbécil de este modo  
la infamia de él y la vergüenza de ella.

»Y ¿qué diréis del escultor impío?  
No supo, al retratarla, el miserable,  
que si el mundo perdona un extravío,  
siempre es con la bajeza inexorable.

»Éste fue el escultor que hizo el retrato,  
ése el marido fue, la mujer ésa:  
¿cuál tuvo de los tres, menos recato,  
el artista, el marqués, o la marquesa?»

Corriendo uno detrás, y otro delante,  
sigue el marido a la mujer perjura,  
y detrás de los dos marcha jadeante,  
cargado el escultor con la escultura.

Y -¡Malvado! -al Marqués, ya arrepentido,  
dice el artista, de furor cegado;  
-¡Malvada! -a la mujer grita el marido,  
y le responde la mujer: -¡Malvado!-

Y el esposo a la esposa por la falda  
la agarra airado, cuando huir procura,  
mientras, fiero, al marido por la espalda  
le pega el escultor con la escultura.

Y deshonrando al grupo sin decoro,  
mientras la infame procesión seguía,  
se deshonra también, silbando a coro,  
un pueblo más infame todavía.

El putrefacto sol por fin dejando,  
arrebata Paz de un santo cielo,  
-¡Dichosos!, exclamó, la vista alzando,

los que aman sólo lo que aprueba el cielo!-

Y al dejar aquel astro maldecido,  
estas frases sobre él Honorio lanza:  
«¡Cuán infelices son, pues no han sentido  
la dicha del amor sin esperanza!

»¡Nunca el sol con sus rayos esplendentes,  
astro de maldición, tu fango dore!  
¡Dios quiera, abrevadero de serpientes,  
que un diluvio de rayos te evapore!»

### Escena XXXVI

#### *Las almas en pena*

JESÚS EL MAGO. -SOLEDAD. -PAZ. -HONORIO. -PALACIANO. -LAS ALMAS EN  
PENA.

De los cielos a la tierra.

#### ARGUMENTO

Hallan en los espacios las almas en pena del mundo extinguido, que, guiadas por Palaciano, buscan en vano la tierra, adonde deben ir a acabar las vidas comenzadas, así como muchas almas del globo terráqueo van a algunos astros a purgar sus pecados. Palaciano, al pasar, las guía hacia donde está su madre. Encuentro de Paz, de Soledad, de Honorio y Palaciano. -Nueva aparición y exhortación de Jesús el Mago. Viendo Soledad que las almas vacilaban sobre el camino que debían seguir, arroja delante de Palaciano un puñado de luz, que sirve a las almas de guía. Al separarse, suspiran los cuatro, cuyos suspiros, confundidos, servirán, andando el tiempo, para la creación de otro mundo.

Son tan inmensos los humanos duelos,  
que hasta en el éter, con mortal quebranto,  
más allá de los cielos de los cielos,  
siempre ojos se han de hallar que bañe el llanto.

Ya vimos con dolor de qué manera  
aquel rebaño de almas que antes iba  
siguiendo a Palaciano, cual si fuera  
guiado por un hada compasiva,

Para acabar la vida comenzada,  
el mundo van buscando, y, anhelantes,  
sin encontrar la tierra deseada,

de un sol al otro sol vagan errantes.

Con Paz y Honorio, Soledad, inquieta,  
ve la miríada de almas, que, perdida,  
muriendo antes de tiempo en su planeta,  
va hacia la tierra a concluir la vida.

El intenso dolor de la locura  
la grande turba de las almas siente,  
y da vueltas y vueltas, y murmura  
como un mar que susurra eternamente.

Ya imitan, cuando en grupos se adelantan  
por la vaga extensión del firmamento,  
el monótono ruido que levantan  
los árboles movidos por el viento;

Ya a nubes de follajes se parecen,  
que un deshecho huracán mueve con ruido;  
ya a tórtolas pajizas, que se mecen,  
piando en la enramada en que han nacido.

Con la inmensa atracción de un pecho que ama,  
hacia Paz las conduce Palaciano,  
como las aves que el Bracmita llama  
a comer cariñosas a su mano.

Y a Paz y a Honorio, circulando errantes,  
las tristes almas con amor rodean;  
y cual pájaros giran que, anhelantes,  
en torno de un festín revolotean.

Aquél con altivez, éste sumiso,  
al hallarse un hermano y otro hermano,  
se ven ante su madre de improviso,  
Honorio en pie, de hinojos Palaciano.

Ya juntos, de su madre en la presencia,  
Honorio y Palaciano, aunque sin ira,  
están con la glacial indiferencia  
del que ve más allá de lo que mira.

Como un grupo de luz, entre ellos cae  
Jesús de pronto, y prorrumpió: -¡Victoria!  
¡Consagremos al Dios que aquí nos trae,  
amor, respeto, bendición y gloria!-

Escucha alegre Paz aquel acento,  
que del espacio en el azul retumba,  
y mientras oye Palaciano atento,  
tan mudo Honorio está como una tumba.

»¡Salud! -siguió Jesús-, a aquél que guía  
por buen camino a la perdida gente,  
aunque ha olvidado un día, un solo día,  
que es posible obrar mal, siendo inocente.

»¡Esperad y sufrid! y cuando os halle  
tocados por la fe, que a Dios le pido,  
os llamaré de Josafat al valle,  
y en tanto no olvidéis que no os olvido.

»Seguid sufriendo, y en el nombre santo  
de Cristo, nuestro Dios, tended el vuelo;  
la caridad os guíe, y entre tanto  
os bendigo en la tierra y en el cielo.»

Hallándose unos de otros frente a frente,  
estas palabras de Jesús oyendo,  
suspiraron los cuatro tristemente,  
los ojos, con el alma, a Dios volviendo.

Y en mutuo adiós, tendiéndose la mano,  
cada cual al partir de nuevo gime;  
altivo Honorio, débil Palaciano,  
Paz cariñosa, y Soledad sublime.

Las almas, esparcidas o agrupadas,  
se revuelven cual pálidas neblinas,  
como andan por la atmósfera, a bandadas,  
en octubre, al partir, las golondrinas.

Al verlas vacilar, siempre amorosa,  
sonrió Soledad, tendió su mano,  
un puñado de luz cogió, y piadosa,  
delante lo arrojó de Palaciano.

Y por el cielo azul después cayendo  
la luz como si fuera un aerolito,  
delante de las almas fue midiendo  
con un hilo sutil el infinito.

Y es que el globo de llama, al desprenderse,  
cual ovillo de luz se deshacía,  
y a las almas en pena, al deshacerse,  
el hilo iba sirviéndoles de guía.

Enternecida Paz, mirando al hijo  
que a las almas guiaba, en su embeleso,  
-¡Adiós! ¡adiós! -a Palaciano dijo,  
dándole, amante, en cada adiós un beso.

Suspendiendo las almas sus congojas,  
volaron hacia el mundo a toda prisa,  
ya sueltas, ya en montón, como las hojas  
que se esparcen llevadas por la brisa.

Por gracia de Jesús, cuando gimieron,  
juntos los ayes, en revuelto giro,  
se acercaron, se unieron, y se hicieron  
de los cuatro suspiros un suspiro.

Y en uno todos con amor mezclados,  
los bendijo Jesús a su partida,  
porque fuesen, un día condensados,  
de un mundo que será, germen y vida.

Y así corriendo, y entrañando unidos  
la fe, la duda, la bondad, los celos,  
cruzaron desde entonces confundidos,  
como una tromba de pasión, los cielos.

Siguiendo Soledad al triste bando,  
por si errante algún alma se perdía,  
un punto con el dedo señalando,  
-¡Por allí!... -con el gesto les decía.

Del coro de las almas vagabundo,  
con perfecta humildad, con fe cristiana,  
cada cual baja a ser acá en el mundo  
una mezquina criatura humana.

Ya ven Honorio y Paz despavoridas  
a las almas en pena allá a lo lejos,  
que aun cruzan el espacio confundidas  
entre tenues y pálidos reflejos;

Y que, conforme de los cielos huyen,

por el vapor que los espacios puebla,  
se deslizan sutiles, como fluyen  
los rayos de la luz entre la niebla.

Para acabar las comenzadas vidas,  
buscan las almas su postrer calvario,  
y van, por Palaciano conducidas,  
de la tierra al infierno temporario.

Parte Jesús: el cielo está sombrío;  
siguen las almas su camino incierto;  
se alejan Paz y Honorio, y el vacío  
hasta de sombras se quedó desierto.

## JORNADA SÉPTIMA

### Escena XXXVII

#### *El pecado de la envidia*

PAZ. -HONORIO. -LEONOR DE NAVARRA.

Un astro paradisiáco.

#### ARGUMENTO

Llegan Paz y Honorio a un árido planeta, que tiene en el centro un paraíso, donde los envidiosos ven todo lo que envidian. Después de dejar a los maldicientes y a los calumniadores, hallan entre los grandes envidiosos a Leonor de Navarra, que les cuenta cómo mató a su hermana Blanca, celosa de los derechos de ésta al trono de Navarra. - Después Honorio ve la imagen de su hermano, a quien envidió algún día ser el prometido de Soledad, y huye despavorido de aquel astro.

Hallando Honorio y Paz males y males,  
corren, sintiendo duelos sobre duelos,  
los astros de los vicios capitales,  
calvarios de las tierras de los cielos.

Un día que, entre vagas nebulosas,  
en su calvario sideral pasaron,  
los grupos de unas islas misteriosas  
de un celeste archipiélago encontraron,

Y en una de ellas con sorpresa miran

un claro edén, en derredor sombrío,  
y en medio de un infierno, un cielo admiran,  
perdido en las regiones del vacío.

El delicioso edén hallan cercado  
de las áridas gredas de un desierto,  
y fuera del oasis encantado,  
parece alrededor que todo ha muerto.

Gozaba el alma allí paz y alegría,  
no envidiosa jamás, siempre envidiada;  
con su eterna verdura, parecía  
de aquel edén la muerte desterrada.

En tan santo pensil los corazones  
descansaban en paz, sin ansia alguna,  
pues brillaban en él todos los dones  
del amor, de la gloria y la fortuna.

De lo alto del Himeto perfumado  
mirando el astro en derredor, se advierte  
un árido país, tan desolado  
cual lo están los dominios de la muerte.

Fuera, el rencor, el deshonor, la ira;  
dentro, el amor y el religioso anhelo:  
para castigo, el que envidioso admira,  
ve cuanto envidia, en un dichoso cielo.

Del linde del edén, siempre apacible,  
aparta de él las envidiosas gentes  
un cercado de cactus, que, terrible,  
se llena, andando el tiempo, de serpientes;

Y entorno, cual si fuesen rencorosos  
vampiros, por sus tumbas vomitados,  
contemplan el edén, los envidiosos,  
en que gozan sin fin los envidiados.

Amarilla de cólera, la gente  
maldice el bien ajeno hasta el delirio:  
se envidia todo allí; tan solamente  
de la gloria no envidian el martirio.

Los maldicientes, con mirada fiera,  
con ojos de rencor, que baña el llanto,

se entregan rencorosos, por afuera,  
del mal hablar al delicioso encanto.

Y otros, que ven que su calumnia mata,  
al herir a traición, sienten con ira  
la bárbara alegría del pirata  
cuando una vela en lontananza mira.

Entre aquellos que, viles envidiando,  
a fuerza de esperar, se desesperan,  
y que pasan la vida contemplando  
cuanto tardan las muertes que se esperan,

Llevando del rencor los atributos,  
los ojos sin candor, verde la cara,  
van, por la envidia pálidos y enjutos,  
Sila, César, Caín y Trastámara.

También, furiosa, en recorrer se afana  
de aquel edén por la región externa,  
la que ha dado, envidiosa de su hermana,  
por un mes de reinar, la vida eterna.

-¿Qué buscáis? -dijo Paz; y separando  
la vista, con espanto, de los cielos,  
esta historia Leonor le fue contando,  
de ambición abrasada, envidia y celos:

#### LEONOR DE NAVARRA

«Yo soy de Foix la criminal Condesa,  
reina que fui de la Navarra un día,  
señora del Bearne y gran Duquesa  
de Montblanc, de Nemours y de Gandía.

»Muerto por orden de Don Juan, su padre,  
Carlos, mi hermano, Príncipe de Viana,  
para subir al trono de mi madre,  
me estorbaba después Blanca, mi hermana.

»Ciega una vez, con envidioso encono,  
hice que Blanca acompañase a Carlos;  
estos que impiden que se suba a un trono,  
no acaban de morir, y hay que matarlos.

»Guardé esa vez con criminal bajeza,

disfrazada de Inés, de Blanca el sueño,  
como esconde el esclavo la cabeza  
al ir, astuto, a asesinar al dueño.

»Despertó, tuvo sed, me miró ansiosa,  
la di a beber... y al verla envenenada,  
la ilusión me asaltó, vertiginosa,  
de ser muerta con ella y enterrada.

»Luego, dudando, prorrumpió inocente:  
-El aire es de Leonor, de Inés el manto...-  
Yo, al ver que me miraba fijamente,  
volviendo el rostro, encanecí de espanto.

»Sintiendo el fuego que en su pecho ardía,  
con voz de madre, a un tiempo, y soberana,  
sacudiéndome el brazo, me decía:  
-¿Sois Inés de Aguilar, o sois mi hermana?

»¿Qué importa, ingrata, que tu rostro vea,  
si te doy el perdón, que a Dios le pido?  
Me has muerto, Inés, Leonor, o la que sea,  
y es fácil mi perdón, mas no tu olvido.

»¡Cuánto sopor en mis entrañas vierte  
este licor con que la fiebre amanso!  
Por él, gracias a ti, tendré la muerte...  
digo, Inés o Leonor, tendré el descanso.

»¡Hondo el letargo es de mi vida dueño;  
pídele a Dios, cuando expirar me veas,  
la gloria para mí, para ti el sueño,  
y adiós, Inés, Leonor, o la que seas!-

»Yo, como el vil que mata de rodillas,  
del veneno las huellas contemplaba,  
y de Blanca el aliento mis mejillas,  
como erupción volcánica, abrasaba.

»Oí luego un gemido pavoroso,  
que el término anunciaba de sus males:  
no harían un rumor más espantoso,  
al partirse, las losas sepulcrales.

»Con furia tal mi brazo asió, expirando,  
que la atraje, al huir, cayendo al suelo.

Quise escapar, mas la llevé arrastrando...  
¡Es un horrible vengador el cielo!

»¡Roí, con el sudor de la agonía,  
uno a uno sus dedos, inclemente!...  
En cambio, a mí también, desde aquel día,  
me roe el corazón una serpiente!

»¡Oh goces del reinar! ¡Qué ajena estaba  
de pensar ni temer tan viles cosas,  
mi alegre jardinera, que miraba  
cuál se abría el capullo de las rosas!

»Así, muriendo resignada y pura,  
Blanca su cárcel por el cielo deja;  
yo al fin de aquella noche de tortura,  
miré a un espejo, y me encontré ya vieja.

»Y todo ¿para qué? Mirad, -decía,-  
mirad la causa de mi eterno llanto!»  
Y lanzaba hacia el cielo, que se abría,  
una mirada de rencor y espanto.

Abrasada Leonor de envidia y celos,  
mira de Blanca la inmortal belleza,  
y que brilla cual reina allá en los cielos,  
coronada de soles la cabeza.

Cuanto es de Blanca el triunfo esplendoroso,  
tanto Leonor con sus rencores lidia;  
pues siempre en aquel cielo el envidioso  
ve lo que teme, y teme lo que envidia.

Al mirar que de Blanca el pie divino  
sobre un trono de estrellas se apoyaba,  
y que su frente un cerco peregrino  
de cabezas de arcángeles rodeaba.

Por no verla, Leonor huye, lanzando  
no sé qué frases de rencor su boca,  
y mira de reojo al cielo, alzando  
el rostro descompuesto de una loca.

Huye, y huyendo, embotan sus sentidos,  
retumbando confusos a su lado,  
todos los ecos de terror oídos

desde el día en que Abel fue asesinado.

«¿Y mi posteridad?... ¡Dios iracundo,-  
grita, huyendo, Leonor, -así lo quiere:  
la raza de Caín, desde que hay mundo,  
nace, asesina, se deshonorra y muere!»

Mientras con ojos por la envidia hundidos,  
verde en lo interno y árido en lo externo,  
los envidiosos ven entristecidos  
aquel edén cercado de un infierno.

Miraba Honorio al cielo, y anhelante,  
hallando en él también lo que temía,  
al ver no sé qué cosa, en su semblante  
un no sé qué siniestro se veía.

Era su horror más grande que el mostrado  
por la vil que, entre envidias y entre enconos,  
aprendió, en quince días de reinado,  
cuánta es la futilidad de los tronos.

Cuando los ojos en el cielo abisma  
Honorio, por prodigio sobrehumano,  
ve, cual si fuese en su conciencia misma,  
la prisión y el secuestro de su hermano.

Y halla en su pecho, que jamás reposa,  
todas las cosas fúnebres y extrañas  
que hace engendrar la envidia rencorosa  
cuando tuerce fatal nuestras entrañas;

Y corre, y corre más, siempre diciendo:  
-¡Huyamos de este sitio, madre mía!...-  
Y a su madre arrastraba, huyendo... huyendo...  
con el glacial sudor de la agonía.

Escena XXXVIII

*El pecado de la ira*

(PRIMERA PARTE)

PAZ. -HONORIO. -PILAR MONTESA.

El cadáver de un astro.

## ARGUMENTO

Siguen hallando Paz y Honorio los astros que son los purgatorios de las almas. Llegan a aquél en que se purga el pecado de la ira, y encuentran a los homicidas, entre los que descuella Nerón. Hallan después a Pilar Montesa, la cual les dice, que después de haber sido abandonada por su amante, que se arrepintió y confesó sus pecados, la volvió a solicitar, y fingiendo ella admitir de nuevo sus obsequios, lo asesinó para que no volviese otra vez a dejar su amor por el amor del cielo. El amante asesinado creyendo que van al purgatorio las almas de los que, aun habiendo sido grandes pecadores, han amado y padecido mucho, marcha tras ella rezando para pedir a Dios el perdón de sus pecados.

Por la región del cielo esplendorosa  
dirigen Paz y Honorio sus pisadas,  
guiados por la senda luminosa  
que forman las estrellas agrupadas.

Van de un planeta al otro, contemplando  
cómo sigue un tormento a otro tormento,  
y cuál se va sin término ensanchando,  
como un mar sin orilla, el firmamento.

Con más o menos luz, y siempre bellas,  
en un cielo, ya fúlgido, ya umbrío,  
la interminable multitud de estrellas  
como arena arrojadas al vacío.

Del cielo las profundas soledades  
poblaban, ya remotas, ya cercanas,  
y en unas y otras ven humanidades  
de nuestra triste humanidad hermanas.

Un día, entre tinieblas sepultado,  
a toda vida y movimiento ajeno,  
ven un astro en el cielo, abandonado  
como el fósil de un sol, de espectros lleno.

Un crepúsculo eterno lo alumbraba,  
y en sus antros sin fin, de luz escasos,  
un silencio tan fúnebre reinaba,  
que ni el ruido se oía de los pasos.

¡Osario universal! ¡Astro sombrío!  
Desespera la paz que allí se anida.  
Masa inerte, que flota en el vacío,

privada de la luz y de la vida.

Cayendo a plomo, entumecido, el viento,  
en aquella región de espectros llena,  
los gemidos de rabia y sentimiento  
se pierden en un aire que no suena.

En su fiebre normal, de aquellas gentes  
el ansia de matar es su esperanza;  
rechinando de cólera los dientes,  
no piensan en más dios que en la venganza.

Mascando el aire y vomitando injurias,  
su propia rabia es su mayor martirio,  
y escoltándolos siempre, cual tres furias,  
van el rencor, la fiebre y el delirio.

Con el pecho más duro que una roca,  
cual huye de lobeznos la manada,  
va un grupo de asesinos, por la boca  
arrojando una espuma ensangrentada.

Exasperado allí, todo homicida  
ve en el astro sin luz, dormido o muerto,  
su pasión violenta, enardecida  
por la calma mortal de aquel desierto.

En medio de la fúnebre manada  
despunta de Nerón la gentileza,  
como animal feroz, al cual por nada  
se le sube la sangre a la cabeza.

Cuando mascar el aire los veía,  
como el que sed y calentura siente,  
mirando a Honorio, Paz le repetía:  
-Odia el crimen; perdona al delincuente...-

Ven luego una mujer que a cada instante,  
lanzando en derredor una mirada,  
derramaba, feroz, sobre su amante  
la luz de una espantosa llamarada,

Y porque Paz a la mujer provoca  
la causa a referir de sus enojos,  
les muestra una expresión de furia loca,  
que enrojece hasta el blanco de sus ojos.

## PILAR MONTESA

Y así luego sus iras y sus penas  
los refiere Pilar con arrogancia:  
«Yo empecé a amar a este hombre cuando apenas  
salía de los juegos de la infancia.

»Él, única ilusión de mis sentidos,  
yo, la sola esperanza de su pecho,  
en cuerpo y alma para siempre unidos,  
fue un sueño nuestra vida, el mundo un lecho.

»Andando el tiempo, sin pasión alguna,  
a este hombre, indigno de las ansias mías,  
ya la ilusión le pareció importuna,  
como odioso el deber en otros días.

»Huyendo poco a poco de mi lado,  
con ninguna pasión y mucho celo,  
cobarde, arrepentido y confesado,  
dejó mi amor por el amor del cielo.

»Ignoraba que hubiese, el alma mía,  
más Dios que su pasión, pues de tal modo  
adoraba a este infame, que creía  
que un puro amor es religión y es todo.

»Pasó el tiempo, y de nuevo arrepentido,  
ya con mucha pasión y poco celo,  
a mis pies confesándose rendido,  
por volver a mi amor dejó el del cielo.

»En la cita feliz del primer día,  
al mirarle de nuevo condenado,  
y al ver que, contemplándome, sentía  
ese horrible placer que da el pecado,

»Desenvaino un puñal, beso su frente,  
le parto el corazón, y así le digo:  
-Sé mío, y no de Dios, eternamente,  
hoy que estás mal con Dios y bien conmigo.-

»Y acabando también mi inútil vida,  
nos unió para siempre el sueño eterno:  
no me llevó él a un cielo arrepentida,

mas vine yo con él a un mismo infierno.

»¡Súfreme aquí, por mi desprecio honrado,  
amante desleal, cristiano impío.  
Ni perdono, ni olvido que has dejado  
por el amor de Dios el amor mío.»

Dice, y con ojos de furor devora  
al objeto infeliz de sus amores,  
y alejándose altiva y seductora,  
marcha gentil como quien pisa flores.

Y dice el hombre a Paz: «La desdichada  
no sabe amar sin fiebre; y ten en cuenta,  
que al hacer lo que ha dicho, fue arrastrada  
por la furia de amar que la atormenta.

»Me asesinó; mas en aquel instante  
la cegaron su amor y su fiereza:  
estaba triste, y en el alma amante,  
¿quién sabe a lo que arrastra la tristeza?

»Pero, como han de ser, cuando han sufrido,  
los que han amado mucho, perdonados,  
voy rezando tras ella, arrepentido,  
en justa expiación de sus pecados.»

Y mientras, de ella en pos, él la seguía,  
llorando de ella y de él los muchos duelos,  
¡Padre nuestro, -mirándola, decía,-  
que estás, -siguió, alejándose-, en los cielos!!!

### Escena XXXIX

#### *El pecado de la ira*

(SEGUNDA PARTE)

PAZ. -HONORIO. -LA MARQUESA DE ASTORCA. -DON FERNANDO RUIZ DE CASTRO.

El cadáver de un astro.

ARGUMENTO

Siguiendo su marcha por el purgatorio de la ira, se encuentran entre los celosos a la Marquesa de Astorga, la cual dio de comer a su marido el corazón de un amante; y después a don Fernando Ruiz de Castro, gobernador de Toledo, que hallando una noche en su jardín al Conde D. Vela hablando a solas con Fortuna, dama de su mujer Estefanía, creyendo que era ésta, mató al Conde, subió al cuarto de Estefanía, y aunque la halló dormida, pensando que fingía el sueño, la asesinó. Aparece Fortuna disfrazada con el traje de Estefanía, y después de confesar a Castro que su mujer es inocente, y que la culpable es ella, se arroja al río Tajo.

Cuando los dos, sin luces ni senderos,  
por aquel sol fosilizado andaban,  
bajo el pie de los pálidos viajeros  
los huesos de los muertos resbalaban.

Creyendo encontrar hombres, hallan fieras  
en el planeta aquél, que parecía  
un cadáver perdido en las esferas,  
en medio de una atmósfera sombría.

En vano es que se mire, y el gemido  
se fía en vano de la peña al hueco;  
vagando allí sin claridad ni ruido,  
quieren ver, y no hay luz; si hablan, no hay eco.

Sobre el planeta, o muerto o moribundo,  
el sueño o insomnio los fantasmas velan,  
cual sobre el mar del Norte tremebundo,  
imperturbables, las gaviotas vuelan.

Persiguiendo a sus viles asesinos,  
gimiendo de ira, y de furor inquietos,  
blanquear se ve por todos los caminos,  
como un rastro confuso de esqueletos.

Marchan también aquellos que furiosos  
quieren morir, pero morir matando;  
los que aman mucho y bien, y que, celosos,  
de ganas de llorar van reventando.

Y sus penas, o ciertas o soñadas,  
agrandan con su loco pensamiento,  
llenando sus mejillas inflamadas  
con lágrimas de rabia y sentimiento.

LA MARQUESA DE ASTORGA

Dando un grito de celos espantoso,  
dice una dama a Paz: «¿Tienes marido?  
Arrancado por mí, fue por mi esposo  
el corazón de otra mujer comido.

»Sí, castigué su proceder villano!-  
siguió diciendo la ofendida esposa,  
-sirviendo a mi marido por mi mano  
el corazón de una rival dichosa.

»Dispuse un gran festín: y, ¡oh! ¡qué contentos  
mis huéspedes cantaban y reían!  
Y yo ¡cuánto gozaba al ver que, hambrientos,  
de mi rival el corazón comían!

»¿Es bueno ese manjar? ¿Está sabroso? -  
con fingida bondad dije al villano;  
y con bondad fingida el falso esposo,  
-«Como hecho, contestó, por esa mano.-

»¡Toma el postre!, añadí, y eché, terrible,  
ante él, rodando, la cabeza de ella.  
¡No hay un placer como el placer horrible  
de ver tan fea a una rival tan bella!

»¡Oh! ¡qué gesto! añadió, ¡qué extraño gesto  
presentaba aquel rostro ensangrentado!»  
Y la infeliz reía, al decir esto,  
como ríe el dolor desesperado.

»¡Al ver aquellas caras espantadas,-  
la Marquesa siguió, -libre de penas,  
no arrastrando ya puntas aceradas,  
dulce la sangre circuló en mis venas!

»Después, loca de atar, en un convento,  
tras del tumulto aquel, busqué un asilo;  
y, aunque ya estaba de sospecha exento,  
no vivió en él mi corazón tranquilo.

»Pues no logró alcanzar la suerte mía  
el ver completa la venganza aquella:  
¡si de ella el corazón vi que él comía,  
no pude ver el de él comido de ella!

»No; nada basta a una mujer celosa

cuando ama y odia y de vengarse trata.  
Para saciar su rabia es poca cosa  
matar y hacer comer lo que se mata.»

Acongojada Paz cuando esto oía,  
al oído de Honorio hablando quedo,  
«Partamos, hijo mío, -le decía-,  
que esta pobre mujer me causa miedo.»

Vieron después a un hombre que, llorando,  
partía de dolor los corazones,  
y que llegó hacia ellos murmurando,  
como el loco que reza imprecaciones;

Y -¿Cuál es tu pesar? -también gimiendo  
le pregunta al fin Paz, transida el alma.  
Miró el de Castro, y contestó diciendo,  
con el tono aparente de la calma:

#### DON FERNANDO RUIZ DE CASTRO

«Mi esposa Estefanía, que está en gloria,  
fue del Séptimo Alfonso hija querida;  
desde hoy sabréis, al escuchar su historia,  
que hay desgracias sin fin en nuestra vida.

»Yo la maté celoso; y si, remiso,  
no me maté también la noche aquella,  
fue por matar después, si era preciso,  
a todo el que, cual yo, dudase de ella.

»Cierta Conde Don Vela Estefanía  
la profesó un amor que ella ignoraba;  
y Fortuna, una dama que tenía,  
al Don Vela, a su vez, idolatraba.

»Por las noches Fortuna, artificiosa,  
mientras que su ama se entregaba al sueño,  
disfrazada y fingiéndose mi esposa,  
hacia al Conde de sus gracias dueño.

»En mi parque, una noche, hacia una umbría  
llegar vi a una mujer, y a un hombre a poco;  
luego, el nombre al oír de Estefanía,  
¡ay! yo pensé que me volvía loco.

»Torno a escuchar de Estefanía el nombre:  
por vengarme mejor, mi rabia aplazo;  
mas vi después a la mujer y al hombre  
confundirse los dos en un abrazo,

»Y -¡en guardia! -grito al hombre; él se prepara,  
le acoso airado, y con valor me acosa,  
y mientras mato al Vela cara a cara,  
huye la infame que creí mi esposa.

»Dejo allí al Conde, atravesado el pecho,  
y persiguiendo a la mujer que huía,  
vi a la luz de una lámpara, en su lecho,  
dormida dulcemente a Estefanía.

»Aquel sueño de paz juzgo fingido;  
la despierto, me ve, me echa sus brazos,  
y con mi daga, entre ellos oprimido,  
hice, feroz, su corazón pedazos.

»¿Me matas? -dijo, y contesté: ¡De celos!  
-¡Loco! -gritó; y al ver que me abrazaba,  
-¡Cuál te amaba! exclamé; y ella a los cielos  
miró, y dijo al morir: -¡Cuánto me amaba!

»Sentí luego una puerta que se abría,  
y al resplandor de la naciente luna,  
con el traje salió de Estefanía,  
cual siniestra sonámbula, Fortuna.

»¡Bárbaro! -dijo-; la mujer que ha huido  
no es tu esposa feliz, que muere amada;  
¡yo soy quien, disfrazada, he recogido  
el precio vil de una pasión robada!

»Perdona, Castro, la demencia mía;  
te dejo honrado, aunque de angustia lleno;  
y pues muere entre sangre Estefanía,  
es muy justo que yo muera entre el cieno.»

«Y así diciendo, del balcón abajo  
se echó Fortuna de cabeza al río,  
y al ruido que hizo, al recibirla, el Tajo,  
bañó todo mi cuerpo un sudor frío.»

Era de Castro la amargura tanta,

que al furor reemplazando la tristeza,  
ronca la voz y seca la garganta,  
cayó sobre su pecho su cabeza.

Y concluyó: «¿No es cierto que debía  
matarme yo también la noche aquella?  
Mas, si faltase yo, ¿quién mataría  
al que dudase de mi honor y el de ella?»

Viendo Honorio que Castro sepultaba  
entre sus manos la abatida frente,  
imitando a su madre, murmuraba:  
-Odia el crimen; perdona al delincuente.-

## Escena XL

### *El pecado de la soberbia*

PAZ. -HONORIO. -ISABEL DE INGLATERRA.

Una estrella nebulosa.

#### ARGUMENTO

En el astro donde purgan sus pecados los soberbios, ven que un ángel, al pasar, se cubre el rostro para no ver a Saúl, a Jerjes y al rey Poro. En el fin de un promontorio, que se adelanta hacia el vacío, hallan a una mujer que les cuenta el fin de los soberbios, despreciados por Dios y por los hombres. Pregunta Paz a la mujer su nombre, y le dice que es Isabel de Inglaterra, y les refiere la historia del anillo que, en prueba de amor, dio al Conde de Essex, el cual, condenado a muerte, se lo remitió, en prueba de sumisión, por su enemiga la Condesa de Nottingham, quien lo guardó, en vez de entregarlo; y concluye diciendo que, creyéndose despreciada, le dejó morir en un cadalso.

Los astros y los astros explorando,  
que pueblan a millones el vacío,  
desde el sol hasta Urano, van pasando  
de un tórrido calor a un grande frío.

Y hasta ver si por último consiguen  
el fin hallar de los humanos duelos,  
por el camino de las almas siguen  
en busca de otros astros, a otros cielos.

Y ven que Dios, con paternal constancia,  
fecundados por rayos estelares,

esparce en el espacio, en abundancia,  
los mundos habitados a millares.

En un día de luto, al fin hallando  
una oscura región, que el sol olvida,  
cuando ya casi casi iban llegando  
al confín del imperio de la vida,

Allí donde, si un astro adorna el cielo,  
cercándolo el vapor, se espesa y llueve,  
y luego que a la tierra enfría el hielo,  
sobre el hielo después cae la nieve.

La estrella vieron, nebulosa y fría,  
en donde Dios a la ambición destierra,  
rodeada de esa atmósfera sombría  
de los meses más tristes de la tierra.

Y miran con horror que, sepultados  
de aquel planeta entre el brumoso velo,  
sufriendo los soberbios, olvidados,  
el desdén y la cólera del cielo,

Se mueven con afán, y sus figuras  
apenas en las sombras se bosquejan,  
entre el claro vapor de las oscuras  
tinieblas, que se ven, y ver no dejan.

Por más que los soberbios se movían,  
a una angustia febril abandonados,  
sus siluetas, vagando, parecían  
contornos de fantasmas anublados.

Solos allí, sin público y sin gloria,  
se olvidan ellos mismos de sus nombres,  
entregadas su fama y su memoria  
al desprecio de Dios y de los hombres.

Con tal desdén el cielo los miraba,  
que ante Saúl y Jerjes y el rey Poro,  
por no verlos un ángel que pasaba,  
cubrió su rostro con sus alas de oro.

Y Honorio, contemplando la tortura  
que sufren estas almas orgullosas,  
«¿Qué son, -se preguntaba-, a tanta altura,

los grandes hombres y las grandes cosas?»

Vieron después que una mujer se hallaba  
sentada en lo más alto y lo más frío  
del pico de una roca, que formaba  
el fin de un promontorio en el vacío.

Y audaz, una respuesta previniendo  
al ver llegar a entrambos, altanera,  
sin ponerse de pie, y el rostro irguiendo,  
les dijo a Honorio y Paz de esta manera:

«Rodeados siempre de perpetuo olvido,  
traer a este lugar, al cielo plugo,  
a cuantos reyes fueron y han vivido  
sentados en el trono del verdugo.

»En su fiebre de ruidos y de honores,  
nadie los oye aquí, nadie los nombra,  
no siendo, en este limbo de vapores,  
ni siquiera seguidos de su sombra.

»Como hijos del favor, a alzarse prueban,  
cual Don Rodrigo Calderón, del suelo,  
muchas vanas cabezas, que se elevan,  
como la espiga sin granar, al cielo.

»Vanos como él, y de la propia suerte,  
alzan otros su frente coronada,  
ministros implacables de la muerte,  
asquerosos andamios de la nada.

»Quien no tuvo jamás, ni dio reposo,  
si grande algunas veces, siempre fiero,  
aquí marcha, Alejandro el poderoso,  
de reyes y de pueblos carcelero:

»Venciendo el infeliz, tomó por gloria,  
de la tierra las glorias movedizas,  
y el mundo fue llenando con su historia,  
para dejar detrás sangre y cenizas.

»No hallan aquí, cual fúnebres estelas,  
los que el mundo pasaron a degüello,  
los mármoles, los templos y las telas,  
despreciables espectros de lo bello.

»En vano, en sus inútiles afanes,  
fueron, haciendo o deshaciendo leyes,  
los pueblos erupciones de volcanes,  
y los palacios cárceles de reyes;

»Que ésta es la gloria y el honor que espera  
a esos pobres verdugos coronados,  
que han podido pasar la vida entera  
delante de sí mismos prosternados.

»¡Soberbia inútil! Cuando Dios se enoja,  
pone en el fiel, con lúgubre misterio,  
un gran imperio, a veces, y una hoja,  
y pesa más la hoja que el imperio.

»Haciendo al cielo y a la tierra injurias,  
no han llegado a saber los miserables  
que son tan sólo del amor las furias  
las únicas soberbias perdonables.»

Y Paz notó que, al recordar, celosa,  
las furias del amor abandonado,  
mucho más humillada que furiosa,  
pasó su faz del rojo hasta el morado.

#### ISABEL DE INGLATERRA

«Pues ¿quién eres?» la dice; y responde ella,  
clavando las palabras en su frente:  
«Soy la vestal que apellidaron bella,  
sentada sobre el trono de Occidente.

»Yo di un anillo a un hombre; el alma mía  
ignora si, tal vez enamorada,  
a aquel hombre, adoro más que debía  
en mi rasgo de virgen coronada.

»Toma; le dije; aunque tu amor me ofenda,  
y te acose la envidia, vive cierto  
que siempre has de encontrar, con esta prenda,  
mi corazón a la piedad abierto.

»Como a veces infiel se rebelaba,  
fue a muerte el hombre condenado un día,  
y por más que yo amante lo aguardaba,

el anillo fatal no aparecía.

»Dudé una vez y dos; por vez tercera  
el fallo irreparable fue firmado,  
y a su altivez correspondí tan fiera,  
que el fallo, por mi mal, fue ejecutado.

»Para mí, en su prisión, la prenda amada  
dio a una mujer que se fingió su amiga;  
mas se guardó el anillo la malvada.  
¡Que Dios, cual la maldigo, la maldiga!

»Yo, que esperaba con tan mala suerte  
su entera sumisión y su ternura,  
me creí despreciada y le di muerte;  
mas él murió creyéndome perjura.

»De dolor expiré como una loca,  
con la memoria en él, la fe en el cielo,  
puesto inmóvil el índice en la boca  
y clavados los ojos en el suelo.

»Como sueño aquí tanto, y no acostumbro  
a levantar del suelo la cabeza,  
siempre el anillo ante mis pies columbro,  
maniática de amor y de tristeza.

»Echo a veces a andar, y me estremece  
el ruido que al pisar hace mi planta,  
pues rechina una cosa que parece  
la prenda de mi amor que se quebranta.

»Más veces triturar, se me figura,  
que rayos tiene el sol, y el mar arenas,  
este anillo ideal, la flor más pura  
que engalana la tumba de mis penas.

»Por eso, aquí sentada, y evitando  
de anillos que se quiebran los chasquidos,  
vivo, inmóvil y noble, profesando  
la fe de mis amores extinguidos.»

Calló Isabel; y pensativa y tierna,  
volvió a abismarse en su mortal reposo,  
pensando así labrar su vida eterna

con ruinas de un pasado doloroso;

Y presa de su inmenso desvarío,  
sentada se quedó sobre la roca,  
con la vista clavada en el vacío,  
y lívida la faz como una loca.

## Escena XLI

### *La creación de un mundo*

PAZ. -HONORIO. -ADÁN Y EVA en el paraíso.

En un vacío del cielo.

### ARGUMENTO

Los cuatro suspiros que exhalaban, al despedirse, Paz, Honorio, Soledad y Palaciano, cuando éste último iba guiando las almas en pena hacia el globo terráqueo, cayeron en un vacío que dejó el planeta que se extinguió, y de ellos vieron Paz y Honorio que se empezó a formar un nuevo mundo. Ven al primer hombre y a la primera mujer, cuyo beso oculta aquel mundo girando sobre sí por la primera vez.

Es, de la vida en el revuelto giro,  
toda cosa que muere transformada;  
no se pierde en los aires ni un suspiro,  
ni el átomo más vil se hunde en la nada.

Desde el suspiro aquel que, en cierto instante,  
exhalaban con alma congojosa,  
humilde Palaciano, Honorio amante,  
sublime Soledad, Paz cariñosa.

Derramando, al pasar, estos gemidos  
la fe, la duda, la bondad, los celos,  
cruzaron, desde entonces confundidos,  
como una tromba de pasión, los cielos.

Voló un día esta tromba desalada  
hacia un rincón de un cielo devastado,  
y cayó en la región mal ocupada  
por restos de un planeta destrozado.

De aquellos ayes la revuelta suma,  
que un mundo entero de pasión encierra,

condensándose está, como una bruma  
que va formando una ilusión de tierra.

En torno de la vaga nebulosa  
ven, del cielo en la parte devastada,  
que nace, germinando alguna cosa,  
cual si brotase un algo de la nada.

De estos cuatro suspiros condensados,  
de amor y de dolor germen fecundo,  
Honorio y Paz, contritos y admirados,  
ven el alma brotar de un nuevo mundo.

Girando en confusión vertiginosa  
del éter las corrientes verdaderas,  
ya anuncia la mezquina nebulosa  
un mundo en formación en las esferas.

La etérea masa, por el mundo entero,  
como sangre impalpable, difundida,  
vaga, sin forma y sin color, primero,  
vibra después, radiante y con medida.

El átomo del globo no formado,  
que vaga misterioso entre vapores,  
poco después, en gota condensado,  
descompondrá la luz y los colores;

Y círculos inmensos describiendo,  
de ser en ser caminará escondido,  
de un volcán en la cúspide luciendo,  
ya de un mar en el seno sumergido;

Será fuerza después, y luego vida,  
y lágrima tal vez más adelante,  
que rodará, en un alma confundida,  
emblema de dolor, por un semblante.

Por su fuerza inicial ya van creciendo  
en un lago de luz, pero aun inerte,  
las olas de la vida, que, corriendo,  
irán por entre flores a la muerte.

Honorio y Paz con claridad perciben  
cuál se van agrandando y agrandando  
los círculos y líneas que describen,

los átomos en torno circulando;

Y cómo, oscuro, claro o purpurino,  
el color va subiendo del ambiente,  
desde el mate del polo blanquecino,  
al rojo de los trópicos ardiente;

Advierten que, entre pálidos albores,  
el éter que inactivo se columbra,  
dispersando la luz y los colores,  
se mueve y da calor, vibra y alumbra;

Y que del germen cósmico saliendo,  
nace una ola, y circulando crece,  
y se espacia, y el círculo, creciendo,  
a fuerza de crecer, se desvanece.

Y luego que la luz forma colores,  
se adorna el cielo de flotantes gasas,  
después nace el ambiente... los vapores...  
niebla... átomos... moléculas... y masas.

Así en sitios del cielo devastados,  
hirviendo en una atmósfera sombría,  
de estos cuatro suspiros condensados  
un mundo nuevo a rebrotar volvía;

Y así cada suspiro vagaroso,  
uno en otro embebiéndose, se inflama,  
y se hace, con el roce, luminoso,  
y vibra más y más... y brota llama.

Con sus rayos de luz, prestos o tardos,  
va mostrando, ya rápidos, ya lentos,  
el iris sus colores, blancos, pardos,  
rojos, anaranjados, cenicientos.

De rumores y luz lleno el ambiente,  
vibra el éter con fuerza, y nace el día;  
suena el aire con tiempo, y dulcemente  
encanta nuestras almas la armonía;

Y en torno de la esfera melodiosa,  
Honorio el pitagórico escuchaba  
que una cierta plegaria misteriosa  
el mundo, al rehacerse, murmuraba.

Nace, vibra, se espacia y resplandece  
la luz que el foco candescente encierra,  
y por fin, condensándose, aparece  
entre tierras celestes otra tierra.

Ya de los ayes al calor se agita  
el mundo estremecido hasta en su base,  
y bulle más, y de placer palpita,  
cual si el soplo de Dios sobre él pasase.

En pródiga expansión multiplicaba  
sus ruidos y su esencia de hora en hora,  
el mundo que, naciente, ya empezaba  
a blanquear con los rayos de la aurora.

Como al brotar los árboles crecían,  
lo que en toda una edad, cada minuto,  
las gallardas palmeras extendían  
sus altas ramas, su dorado fruto.

Lentamente formándose, engalana  
aquella tierra embrionaria y bella,  
sombra de tarde, brillo de mañana,  
canto de alondra, resplandor de estrella.

De flor en flor, tendiendo alas amigas,  
el aire, columpiándose, circula,  
y agitando la mies, de las espigas,  
cual río de oro, el oleaje ondula.

Y vieron, cuando el mundo ya alumbraban  
los rayos aun informes de la aurora,  
que, uno de otro prendados, se admiraban  
dos seres de inocencia encantadora.

Y mientras Paz y Honorio están mirando,  
por vez primera, en tan supremo instante,  
la tierra entumecida, despertando,  
rodó sobre sus ejes de diamante;

Y el hombre y la mujer, en su embeleso,  
por verse se acercaron de manera...  
Pero el mundo oculto su primer beso,  
girando sobre sí por vez primera.

## Escena XLII

### *El primer idilio del mundo*

PAZ. -HONORIO. -EVA en el paraíso.

Un astro embrionario.

#### ARGUMENTO

Hallan a la primera mujer de aquel mundo primitivo, llorando junto a una fuente. La mujer les cuenta que después del primer beso de su primer amor, llora el abandono de su amante. Paz la aconseja la resignación. La joven escucha distraída, y creyendo que oye la voz de su amante, deja solos a Paz y a Honorio, los cuales abandonan aquel mundo de inocencia.

Del primer día en la primera hora,  
ya de las aves despertando el coro,  
en el aire los rayos de la aurora  
jugando van cual mariposas de oro.

Tibios perfumes de deleite y vida  
despierta el sol, y el céfiro levanta  
de los bosques la esencia indefinida,  
que no embriaga jamás, y siempre encanta.

¡Salve, oh región del cielo poderosa,  
donde la planta, el pájaro y el viento  
diciendo siempre están alguna cosa  
a la luna y al sol y al firmamento!

¡Cuánta dicha al nacer! ¡Cuánta ternura!  
¡Todo a agitarse de placer convida...  
colores, fuentes, árboles, frescura,  
alas, impulso, movimiento y vida!

Las aves, a la luz de la alborada,  
sus metálicos timbres dan al viento;  
es el aire una fiesta continuada,  
y es la tierra la patria del contento.

Llenos de amor, rodeados de bellezas,  
Paz y Honorio caminan admirando  
los cánticos, las gracias, las ternezas,  
que entre el mundo y el sol se están cruzando.

Y ven, andando más, que, tristemente,  
a las luces primeras de la aurora,  
la primera mujer, junto a una fuente,  
en aquel mundo primitivo llora.

¡Oh esperanza humanal, siempre fallida!  
¡Son las dichas de amor tan inseguras,  
que en el primer idilio de la vida  
ya el corazón se abreva de amarguras!

Aunque la causa de su mal no sabe,  
se queja la infeliz de esa manera  
con que se queja, abandonada, el ave  
en su nido de amor, sin compañera.

Es la primer mujer de aire sencillo;  
tan rubia como el sol, de blanca frente;  
huele a rosas su mano, el pie a tomillo,  
y su cutis al agua de la fuente.

Paz el camino hacia la joven toma,  
y acude de sus penas al reclamo,  
como lleva en su pico la paloma,  
al mundo que ha nacido, el verde ramo.

-¿Qué haces aquí? -la dice, y su respuesta  
la niña aplaza, espera, mira, indaga,  
agrandando los ojos, le contesta:  
-Coger flores y amar; ¿qué quieres que haga?-

Y la mujer, sin nombre todavía,  
que sólo sabe hablar de sus amores,  
y que ya, sin amor, sólo sabía  
hacer muchas caricias a las flores,

-Lo que eres, dice, y lo que soy ignoro.-  
Y mientras Paz sus dudas satisface,  
vivaz prosigue, suspendiendo el lloro,  
ingenua como el día en que se nace:

«¿Quién me ha dado la vida que yo tengo?  
¿Quién te dio a ti la vida que tú tienes?  
¿Quién soy yo? ¿Dónde voy? ¿De dónde vengo?  
¿Quién eres? ¿Dónde vas? ¿De dónde vienes?»

»Yo, al verme aquí traída de improviso,  
me parezco a mí misma, enamorada,  
recuerdo de algún otro paraíso,  
de que el alma algún día fue arrojada.»

Y Paz, de esta manera contestando  
a aquel ser tan gentil y candoroso,  
parecía una madre contemplando  
como duerme en la cuna un niño hermoso:

-Aquí nos trajo un viento de la vida;  
y el Dios que hizo esa bóveda estrellada,  
con su mano, que beso agradecida,  
nos sacó del abismo de la nada.-

Calló Paz, y la joven, en su empeño  
de aclarar la fatal incertidumbre  
de ese dolor tan grande, aunque pequeño,  
que causa la primera pesadumbre,

Torna a hablar de su mal, vuelve a su lloro,  
deja caer las rosas de su falda,  
y para hablar a Paz, sus bucles de oro,  
con un aire de cisne, echó a la espalda.

De este modo contaba el primer día  
de sus amores los primeros duelos,  
y como era tan niña todavía,  
aun hablaba el lenguaje de los cielos;

Y al contar los dolores de la ausencia,  
¡qué bondad! ¡Cuántas frases seductoras!  
¡Cómo siempre el candor de la inocencia  
rebose sobre todo a todas horas!...

«Soñando yo en un ser, tierna decía-,  
de mis sentidos y de mi alma dueño,  
hallé el ser a mi lado el mismo día,  
pasando a realidad mi dulce sueño.

»Miré al campo y al sol; mas no vi cosa  
que igualase a aquel ser en el encanto:  
¡qué estatura! ¡Qué fuerza prodigiosa!  
Yo estaba muda de placer y espanto.

»Afable alguna vez, y otras terrible,

por el aire imperial de su persona,  
a mí me pareció que, aunque invisible,  
llevaba en su cabeza una corona.

»Mientras mi pecho subyugado siente  
la inefable bondad de sus maneras,  
es tan bravo y gentil, que, humildemente,  
temiendo a su valor, huyen las fieras.»

Habla así la mujer, y en tal instante,  
con su entusiasmo y su nativa gracia,  
parecía, encantada de su amante,  
un niño que sonrío a una desgracia.

«Acercándose a mí, -prosiguió hablando-  
en medio de mis puras alegrías,  
sin saber cómo, ni por qué, ni cuándo,  
sus manos se juntaron con las mías.

»Después, por las ocultas enramadas,  
buscando nuestras almas el reposo,  
como buscan dos aves asustadas  
un nido solitario y silencioso,

»Una enramada hallamos aquel día,  
tan misteriosa, plácida y oscura,  
que, más que una enramada, parecía  
una choza de flores y verdura;

»Y allí, más encendida que una rosa,  
en medio de una dulce confianza,  
avergonzada, trémula, dichosa,  
el fruto coseche de mi esperanza.»

Y cuando esto sus labios proferían,  
de extática embriaguez el rostro lleno,  
moviéndose, menguaban y crecían  
las líneas circulares de su seno.

Y después, renovando su memoria  
el único recuerdo que tenía,  
sigue así de su amor la larga historia,  
sin saber que ha nacido en aquel día:

-Desde el rapto feliz de aquel momento,  
por causas mil, a mi razón extrañas,

con supremo placer germinar sienta  
otro amor aún más grande en mis entrañas.-

Y del amor que en sus entrañas siente,  
brotando un pensamiento repentino,  
sin comprenderlo bien, naturalmente,  
se puso su semblante purpurino.

Y Paz, mientras la joven meditaba  
por qué amaba a otro ser más que a su amante,  
le hablaba con los ojos, y brillaba  
una risa de madre en su semblante:

-Cuando Dios lo bendice santamente-,  
Paz le responde, -nuestro amor gozado,  
amando el porvenir más que el presente,  
después de ser placer, pasa a cuidado.-

-¿Por qué me deja sola? -con tristeza  
la joven exclamaba; y proseguía,  
teniendo siempre vuelta la cabeza  
por el lado en que Adán marchado había:

-¿Qué amor le apartará de mis amores?  
Sin duda embargarán su pensamiento  
los árboles, las fuentes y las flores,  
tal vez el sol, acaso el firmamento.-

Contando así sus penas de aquel día,  
con santas frases, de ternura llenas,  
su rostro el más hermoso parecía  
que entristeció el dolor desde que hay penas.

Y añadió, separando de su frente  
de sus cabellos la dorada aureola:  
-¿Por qué me dejará junto a esta fuente,  
condenada a la pena de estar sola?-

Escucha, -dijo Paz;- verás cuál templa  
ese dolor tan tierno y tan profundo  
lo que vas a saber; oye, y contempla  
algún cuento de allá del otro mundo.

«Es un germen allí de desventura,  
el que casto imagine el pensamiento  
mil edenes de luz y de frescura

que construye el amor hasta en el viento.

»Son las dichas, exentas de cuidados,  
de nuestra alma ilusiones engañosas;  
la fe, la duda y el amor, mezclados,  
son el fondo entrañable de las cosas.

»Cuando algún día, como ahora, quedes  
abandonada del amor querido,  
¡dichosa, al menos, tú, si entonces puedes  
algunas flores recoger de olvido!»

-¿Con que, no es el amor toda la vida?-  
la joven le pregunta, y con presteza  
suspira, frunce el ceño, y distraída  
inclina lentamente la cabeza.

Paz prosigue: «De bienes y de males  
pagando tu pasión largo tributo,  
cual todos los amores terrenales,  
tendrá días de sol y horas de luto.

»¡Ay! y si sola para siempre quedas,  
tu corazón entonces, lacerado,  
no podrá ni vivir, como no puedas  
enterrar entre flores lo pasado.

»La ilusión del amor es ser eterno.»  
Y esto oyendo la joven, afligida,  
-¡Pues qué! -exclamó con el candor más tierno,  
¿hay más que un solo amor en nuestra vida?

Paz, sin oír, siguió: -Si es tu destino  
que vivas con amor sin ser amada,  
paso a paso, hasta el fin de tu camino,  
andando irás con el deber cargada.-

Y viéndola escuchar todas las brisas,  
sigue Paz: «Haga el Dios de los amores  
vuelvas a hallar sus labios con sonrisas,  
tornes a ver sus ojos con fulgores.

»Y si fuese tu amor abandonado,  
quiera aliviar, piadoso, tus pesares  
aquél que en los espacios ha sembrado  
los grupos de planetas a millares.»

Sin oír estas frases elocuentes,  
la niña, atenta a una esperanza vana,  
muestra el blanco azulado de sus dientes,  
su hermosa boca de color de grana;

Y -¡adiós! -grita de pronto; -oigo la brisa,  
que repite su voz junto a aquel monte:  
me voy, porque mi gloria es su sonrisa,  
las huellas de sus pies son mi horizonte.-

Y alma sencilla entre las más sencillas,  
porque sueña en la voz del ser amado,  
se agolpa, encantador, a sus mejillas,  
del pudor virginal el encarnado.

Y corriendo fantástica y ligera  
detrás de aquel amor, su única gloria,  
-Me voy, me voy, -les dice;- que me espera.  
¡El cielo os haga dulce mi memoria!-

Y a los labios de Paz lleva la frente,  
la cual un beso y dos sobre ella imprime;  
después a Honorio la acercó, inocente,  
con jovial expresión casta y sublime;

Mas viendo que éste, con glacial tibieza,  
de besar se excusó su frente hermosa,  
ella volvió, afrentada, la cabeza,  
por no sé qué malicia candorosa.

Y corriendo hacia el monte desde el valle,  
con agitados pies y ojos febriles,  
en el rostro mostraba, y en el talle,  
una explosión de gracias infantiles.

Y la causa buscando de sus penas,  
despareció, cruzando la campiña,  
con aquel pie que llenaría apenas  
el hueco de la mano de una niña.

-¿Por qué, pregunta Paz, no la has besado,  
turbando en ella del candor la calma?  
¿No conoces que así la has enseñado  
a pensar en el mal, hijo del alma?-

De rojo las mejillas encendidas,  
Honorio contestó con triste acento:  
-¡Solamente una vez, en tantas vidas,  
a una mujer besé de pensamiento!-

Quedose, hablando así, meditabundo;  
la madre le miró con indulgencia,  
y uno y otro dejaron aquel mundo  
de amor, de admiración y de inocencia.

## JORNADA OCTAVA

### Escena XLIII

#### *Cómo acaban los dogmas*

JESÚS EL MAGO. -HONORIO. -PILATO. -EL GUARDA DEL SEPULCRO DE CRISTO. -HADAS, NINFAS, DRUIDESAS, SÍLFIDES, HECHICERAS, Y TODOS LOS GENIOS REPRESENTANTES DE LAS ANTIGUAS RELIGIONES.

El jardín de José de Arimathea.

#### ARGUMENTO

Se hallan Jesús el Mago y Honorio en el sitio del jardín de José de Arimathea; Jesús hace retroceder el tiempo hasta la noche del primer Viernes Santo.

Ve Honorio dos hombres, uno guardando el sepulcro de Jesucristo, que era el mismo soldado que se quedó con la túnica de Jesús el Mago en el acto de la prisión de Cristo, y el otro era Pilato, que, saliendo de Jerusalén desesperado, distraía su dolor vagando por los campos. Viendo una vez el guarda del sepulcro que el Pretor se revuelca en el suelo, cree que tiene frío, y le echa encima la túnica de Jesús el Mago. Al sentirse cubierto con la túnica Pilato, por efecto de un prodigio, ve lo invisible, y mira lleno de espíritus alados el huerto de José de Arimathea.

Las hadas y todos los genios de las antiguas religiones acuden al rededor de Jesús el Mago para que los bautice. Se adelanta la ninfa Egeria, y le dice que desde el momento en que murió Cristo, los dioses del Olimpo desaparecieron del espacio, y por más que los fueron buscando de planeta en planeta, no los encontraron.

Jesús el Mago sube al cielo, y al volver a la tierra, viene seguido de un reguero de luz, con el cual baña y purifica, bautizándolos, a todos aquellos espíritus, que, convertidos ya al Cristianismo, ven sus antiguos dogmas purificados y fundidos en el dogma nuevo, y se arrodillan alrededor del sepulcro de Jesucristo.

Pilato se levanta horrorizado, y recuperando su túnica Jesús el Mago, vuelve el Pretor a dejar de ver lo invisible, y se dirige a Jerusalén, pensando en lo horrible de su culpa.

Ya el sol, para morir, se reclinaba

al opuesto confín de Galilea;  
y cerca del Calvario, en donde estaba  
el jardín de José de Arimathea,

Jesús, en prueba de cariño, toca,  
de un valle estrecho en el oscuro flanco,  
un sepulcro tallado en una roca,  
que amenaza caer en un barranco.

«Tu madre a ver sufrir te ha conducido-,  
dice a Honorio Jesús, -de una a otra esfera,  
y ya tu corazón, compadecido,  
al alma humana dio la vuelta entera.

»Has visto el mal del vicio; pero ahora,  
en rápido y vistoso panorama,  
ya que acabas de ver cuánto se llora,  
vas a saber, Honorio, cuanto se ama.»

Y -vuelve -dice al tiempo; el que, obediente,  
atrás sus alas sobre sí repliega,  
y ante ellos vuelve su inmortal corriente  
como un vapor que turba y que no ciega.

Viendo Honorio un fulgor, que de una gasa  
parecía el fantástico diseño,  
mira en un río de vapor que pasa,  
retroceder la historia como un sueño;

Y por tocarlo bien, tiende su mano;  
mas, sin romper de su ilusión el prisma,  
cogiendo nada más que el aire vano,  
su mano se cerró sobre sí misma.

Y volver hacia atrás, rápido, vieron  
a ese tiempo que corre hacia adelante,  
y a la voz de Jesús retrocedieron  
quince siglos y más como un instante.

Tornose el tiempo con premura tanta,  
que fue llegando, en óptica ilusoria,  
hasta esa fecha misteriosa y santa  
que es el punto brillante de la historia.

Parándose, al llegar, aquella urdimbre  
que la luz en los céfiros tejía,

Jesús con su voz, clara como el timbre  
de una lámina de oro, proseguía:

«Aquí, como verás, bajo esta losa,  
después que muerto fue por los malvados,  
el cuerpo sacratísimo reposa  
del que vino a purgar nuestros pecados.

»En mágica ilusión, de Cristo en nombre,  
hice al tiempo volver, para que veas  
la pasión y la muerte del Dios hombre  
en hechos que serán sombras de ideas.»

Y a Honorio en el jardín se le aparecen,  
tranquilo el uno, el otro taciturno,  
dos hombres a los lados, que parecen  
fantasmas hijos del vapor nocturno.

Guarda a Cristo el soldado a quien, temiendo  
de la prisión en el momento aciago,  
dejó en sus manos, con presteza huyendo,  
su túnica sutil, Jesús el Mago.

Era el otro Pilato, el que, transido,  
si no su sien, su corazón, de espinas,  
vagaba por los campos, aburrido  
de las cosas humanas y divinas.

En el tronco apoyado de una higuera,  
oye silbar el viento del invierno,  
y sufre, cual si en vida se sintiera  
condenado a las penas del infierno.

Las ramas de la higuera, que caían  
como espectros, moviéndose flexibles,  
en torno de él parece que gemían,  
cual protestas de seres invisibles.

No halla Pilato a su dolor consuelo;  
son sus ojos, de lágrimas dos fuentes,  
y una vez, revolcándose en el suelo,  
hace con ira rechinar sus dientes.

Buscó el guarda al Pretor, y como viera  
que de frío tal vez se estremecía,  
echó sobre él la túnica ligera

que del Mago Jesús tomado había.

Cayó, blanca cual capa de granizo,  
sobre el Pretor, la túnica flexible,  
y haciéndole el efecto de un hechizo,  
Pilato, sin soñar, vio lo invisible.

La vista en torno con horror pasea,  
y delante, y detrás, y a todos lados,  
ve el huerto de José de Arimathea  
lleno todo de espíritus alados,

Que uno tras otro hacia Jesús avanza,  
y en torno de él, uno tras otro, hacía  
un círculo de sombras, que una danza  
de espíritus de muertos parecía.

Ve Pilato girar luces espesas,  
cual almas de sus tumbas escapadas:  
son las ninfas, las magas, las druidesas,  
las sílfides, los genios y las hadas,

Que buscan con afán al Dios que ha muerto,  
y en el día más triste de la vida  
giran, llenando, pálidas, el huerto  
de una aurora boreal desconocida.

Del círculo de sombras que giraba  
salió gentil, y atravesó la bruma,  
y así al Mago Jesús después le hablaba  
la ninfa Egeria, que inspiraba a Numa:

«¿Es cierto que, del cielo desterrados-,  
a decir comenzó la ninfa Egeria-,  
van a ser nuestros dioses reemplazados  
por un Dios redentor de la miseria?

»Hoy, llevando a los dioses nuestros votos  
a las cumbres del cielo inaccesibles,  
sirviendo a nuestras almas de pilotos  
magnéticas corrientes invisibles,

»No encontramos ni un dios; nubes y viento  
sólo en los campos del Elíseo había.  
¡Ya es el espacio, del Olimpo asiento,  
atmósfera sin sol, oscura y fría!

»¿Así de nuestro olimpo la belleza  
pasará cual la luz de un meteoro,  
ante un Dios sin orgullo ni riqueza,  
que no viste la púrpura y el oro?

»Decid quién es, para adorar su nombre,  
ya que el Olimpo, de piedad exhausto,  
en santa expiación mataba al hombre,  
y él ofrece su vida en holocausto.

»Cuando desiertos los espacios vimos,  
sílfides, hadas, ninfas y hechiceras,  
buscando nuestros dioses, emprendimos  
una larga excursión por las esferas.

»¿Dónde están nuestros dioses? preguntando  
un hada tras de otra hada iba afligida,  
de planeta en planeta, continuando  
la escala esplendorosa de la vida.

»¡Pasaron por aquí! nos contestaban,  
añadiendo dolores a dolores,  
los hijos de los astros, que variaban  
en magnitud, en formas y en colores.

»¿Dónde están? preguntábamos inquietas,  
de astro en astro llevando nuestros duelos,  
e indiferentes viendo a los planetas  
girar por los abismos de los cielos.

»Y cual ellos también indiferentes,  
-¡Pasaron por aquí!- nos contestaban  
en cada nueva población las gentes  
de los miles de soles que giraban.

»Y al ver que aire, y sólo aire, se volvían  
los viejos dogmas, las antiguas leyes,  
las ninfas y las hadas repetían:  
-¡Nuestros dioses se van; se irán los reyes!

»Volando por el éter impalpable,  
nuestros ojos y oídos siempre hallaron,  
el azul de los cielos inmutable,  
la eterna voz de -¡Por aquí pasaron!>-

»Sólo en un sol que nuestros ojos vieron,  
de gloriosos espíritus morada,  
-¡Les mandó caminar, nos respondieron,  
la eterna voluntad hacia la nada!-

»Estas palabras, con dolor oídas  
donde tienen su fin todas las cosas,  
y encontrándonos solas y perdidas  
del cielo en las tinieblas luminosas,

»Del hado inexorable la dureza  
lamentando, de pena traspasadas,  
nos volvimos, lanzando con tristeza  
al Olimpo las últimas miradas.

»Para siempre el Elíseo abandonamos,  
y hacia Roma después tendiendo el vuelo,  
en sueños a Tiberio le contamos  
que será Rey del mundo, el Dios del cielo.

»Mas, al soñar, Tiberio no ha creído  
que el cetro de los Césares se quiebre  
por un Rey tan humilde, que ha nacido  
entre el asno y el buey en un pesebre.

»¡Bautízanos, Jesús! ¡Ay! ¿Qué nos queda,  
si hoy nuestra humilde conversión rechazas,  
al sonar éste -¡Sálvese el que pueda!  
de Césares, de dioses y de razas?»

Hasta el último término del cielo  
lanzándose Jesús apresurado,  
de nuevo tornó a abrir, bajando el vuelo,  
otra rendija de oro en el nublado;

Y un rastro de una insólita blancura  
dejando por los sitios que cruzaba  
de las nubes, brotó, por la abertura  
una llama tan viva, que cegaba;

Y a aquellas almas buenas, que sirvieron  
a los dioses sin Dios del gentilismo,  
y que ángeles no son porque murieron  
sin recibir las aguas del bautismo,

En rica profusión, Jesús el Mago

un bautismo de luz echa sobre ellas,  
luz que, esparcida por el aire, vago,  
parece que la ciernen las estrellas.

Y el buen Jesús, -¡Os dejo bautizadas  
en el nombre de Dios! -les fue diciendo,  
las manos con amor hacia las hadas,  
como en señal de bendición, tendiendo.

Y al bautizarlas de su Dios en nombre,  
les decía Jesús de esta manera:  
-No adoraréis ni el ídolo, ni el hombre,  
ni el mármol, ni el metal, ni la madera.-

Purificando así las vivas llamas,  
las ciencias, la moral, las religiones,  
los Talmudes, los Druidas y los Brahmas,  
los Sócrates, los Numas y Platones,

En dogmas de piedad se trasformaron  
los viejos dogmas del Elíseo, impíos,  
y en la cristiana religión entraron,  
lo mismo que entran en la mar los ríos.

Tal número, después, de ninfas y hadas  
a la tumba de Cristo descendía,  
que, al volver hacia el mundo bautizadas,  
una lluvia de estrellas parecía.

Ve Pilato, después, que a Cristo adoran,  
besan el suelo y con bondad se humillan;  
por los que hacen el mal rezan y lloran,  
y en torno del sepulcro se arrodillan.

Y luego de su túnica ligera  
tira Jesús con mano imperceptible,  
y ya no ve Pilato aquello que era  
para ellos sólo y para Dios visible.

Cuando Jesús su túnica retira,  
Pilato halla el jardín solo y umbrío;  
piensa que es sueño, y cuando en torno mira,  
sólo encuentra el silencio y el vacío.

Y se aleja, y su culpa recordando,  
le oyeron suspirar Jesús y Honorio,

los fieros ojos con furor clavando  
en las grises murallas del pretorio.

¡La culpa, horrible madre de la muerte,  
que con nosotros duerme y nos abraza,  
que el sueño en pesadilla nos convierte,  
y al cuello con furor se nos enlaza;

Que se alza, al vernos, cual visión maldita,  
y siempre el paso, al escapar, nos cierra;  
que late en nuestra sangre, y que nos grita  
de todos los extremos de la tierra!

Esto Pilato con horror pensando,  
tornó a Jerusalén, y alta la frente,  
a la inicua ciudad, de cuando en cuando,  
lanzaba unas miradas de serpiente.

#### Escena XLIV

#### *Los dioses se van*

EL CRISTO. -LOS ÁNGELES. -JESÚS EL MAGO. -HONORIO. -LOS PRIMEROS  
PADRES. -LOS DIOS DEL OLIMPO. -LA DIOSA ROMA. -LOS CÉSARES.

El seno de Abrahán.

#### ARGUMENTO

Vuelve Jesús el Mago a hablar a Honorio. Cae la piedra de la entrada del sepulcro de Cristo; sale éste; manda a Jesús que le siga, y a una señal suya se abre la tierra, y Jesús y Honorio le acompañan en su bajada a los lugares inferiores. Saca el Cristo del seno de Abrahán a los que esperaban su santo advenimiento. Cuando llegaron al borde de la nada, que separaba el seno de Abrahán de los infiernos, se detuvieron viendo caer en la nada a todos los dioses del Olimpo y a todos los ídolos de las antiguas religiones. Se hunden en la nada Júpiter, Venus, Marte, Baco, Diana, Cibele y la diosa Roma. Después de disueltos en la nada el Olimpo y el antiguo mundo, a una señal de Cristo continúan los justos, en pos de él, su viaje por los infiernos.

Jesús de nuevo, por la noche, toca,  
del valle estrecho en el oscuro flanco,  
el sepulcro tallado en una roca  
que amenaza caer en un barranco;

Y «tu madre, siguió, te ha conducido,

Honorio, a ver sufrir de una a otra esfera,  
y ya tu corazón, compadecido,  
al alma humana dio la vuelta entera.

»Has visto el mal del vicio; pero ahora,  
en rápido y vistoso panorama,  
ya que acabas de ver cuando se llora,  
vas a saber, Honorio, cuánto se ama.

»Aquí, como verás, bajo esta losa,  
después que muerto fue por los malvados,  
el cuerpo sacratísimo reposa  
del que vino a purgar nuestros pecados.»

Y cayendo la piedra de la entrada,  
salió de ella el que todo lo redime,  
mostrando en su ademán y en su mirada  
alguna cosa mística y sublime.

Y -¡Ven! -dice a Jesús. -¡Ven! -repetía:  
y siguieron los dos, de espanto yertos,  
al mártir que murió, y al tercer día  
resucitó por fin de entre los muertos.

Busca a los justos que Abrahán encierra,  
piadoso el Cristo, con su amor innato,  
y la mano tendiendo hacia la tierra,  
ve un abismo entreabierto a su mandato;

Y entra resuelto, con la fe que cabe  
en quien lleva el amor hasta el delirio,  
como un Dios de bondad, que sólo sabe  
buscar la expiación por el martirio.

Trasponiendo, por fin, la luz del cielo,  
en la infernal mansión entran con pena,  
y en el campo después cantó el mochuelo,  
la víbora silbó, y aulló la hiena.

Seguido de los dos, Cristo la entrada  
traspasó del recinto tenebroso,  
y allí, tras su agonía prolongada,  
un suplicio sufrió más horroroso;

Pues, con nueva bondad, más grandes penas  
a padecer se expone, voluntario,

su corazón, convaleciente apenas  
de la muerte afrentosa del Calvario.

Cuando ya al seno de Abrahán llegaba,  
ve el Cristo el centro del primer infierno,  
a una sombría luz, que recordaba  
una puesta de sol en el invierno.

El noble pueblo de los justos deja  
el seno oscuro en que aguardó paciente,  
y hace un ruido, al salir, que se asemeja  
a la sorda cascada de un torrente.

Miran al Cristo, de indulgencia lleno,  
los padres que, esperando su venida,  
de Abrahán aguardaban en el seno,  
ya borrados del libro de la vida.

Por verle Honorio bien, tiene, encantado,  
en los ojos de Adán los ojos fijos,  
porque por Eva su alma ha condenado,  
y el alma de los hijos de sus hijos.

Sale Noé, quien a sus nietos guía,  
de la prole de Adán raza segunda;  
y el fundador de la nación judía,  
Jacob, que ha visto a Dios; Raquel, fecunda.

Luego, mostrando el brillo soberano  
del óvalo perfecto de su cara  
a dar gracias al Cristo, por la mano  
lleva al dócil Isaac la buena Sara.

Y sale Aarón, pontífice primero,  
tras de Moisés, el dictador de leyes;  
con Samuel, de los jueces el postrero,  
va Saúl, el primero de los reyes.

A su pueblo David sale encantando,  
por santo y fuerte y músico y profeta;  
y en pos de él, a los grandes admirando,  
el sabio Salomón, rey y poeta.

Tras Dios, cumpliendo su inmortal destino,  
tiende el grupo de espíritus el vuelo,

como el humo en columnas, blanquecino,  
sube, ondulando, a la región del cielo.

La nada hallan, por fin, despavoridos,  
pálida encima y negra en lo más hondo,  
que es en lo alto una tromba de gemidos,  
y un pantano de lágrimas el fondo.

De espesas nieblas sin color cercada,  
como a una luz de moribunda luna,  
ven el hondo circuito de la nada,  
de esta tierra mortal sepulcro y cuna.

Parecía aquel sitio de misterio,  
de parda luz, de vientos inactivos  
el hueco del lugar de un cementerio  
dejado por los muertos y los vivos.

Cuando hacia el borde de la nada avanza,  
a la prole de Adán un ruido aterra  
tan hondo, que, al sonar en lontananza,  
su helado corazón abrió la tierra.

Y al gran rumor que hasta el infierno asorda,  
contemplan con horror que, moribundo,  
cual un mar que bramando se desborda,  
se va hundiendo en la nada el viejo mundo.

Cayendo aquellas ruinas sobrehumanas,  
tal espanto a los ángeles causaron,  
que del viejo Abrahán las pocas canas  
en el cráneo amarillo se erizaron.

Y a aquella luz, que ver les permitía  
alguna forma vaga en las tinieblas,  
miraron que el Olimpo descendía  
de la nada a perderse entre las nieblas;

Pues grande en vicios, y en virtud exiguo,  
rotas, al fin, de la piedad las vallas,  
da el Cristo la batalla al mundo antiguo,  
que al reino dará fin de las batallas.

Y así, cuando el Olimpo descendía,  
mirándole caer, meditabundo,  
-Sic transit gloria mundi! -prorrumpía;

¡así pasa la gloria de este mundo!

Del Elíseo, antes claro y hoy sombrío,  
la turba de los dioses desterrada,  
cayendo desde el cielo en el vacío,  
del vacío, después, cae en la nada.

Y al ver Cristo caer tan grandes cosas  
del más alto lugar hasta el más bajo,  
costaba a sus pupilas amorosas,  
el contener las lágrimas, trabajo.

Caminando imperioso y decisivo  
el Júpiter olímpico, a la nada,  
al abismo cayó, pisando altivo  
al águila de rayos coronada.

Y aumentando con gritos plañideros  
aquel sublime horror de los horrores,  
se sumen en la nada, los primeros,  
los dioses de los cielos superiores.

Y llega Venus, y la nada enciende,  
cual la luz misteriosa de una estrella;  
y al rodar por sus ámbitos, se extiende  
un perfume que dice: -¡Es ella! ¡es ella!-

Con cierta fatuidad imperturbable  
hunde Marte, cayendo en el abismo,  
el poder de la fuerza miserable,  
de la guerra el glorioso vandalismo.

En lo hondo de la fúnebre laguna,  
dioses y diosas con terror oían  
cual sonaban en ella una por una  
las lágrimas de sangre que vertían.

Y después, arrastrado como todo,  
entre dioses y Césares y cosas,  
desciende Baco, músico y beodo,  
coronado de pámpanos y rosas.

Y hundiéndose también, tras él ondula  
un tropel de bacantes, nauseabundo,  
manchadas con el néctar que circula,  
donde quiera que hay fiestas, en el mundo.

Con Diana, que, muerta entre lebreles,  
enterneció esta vez los corazones,  
se hundió la fría imagen de Cibeles  
en su carro arrastrado por leones.

Y entre héroes y mujeres y beodos,  
con su inmenso poder, que al mundo doma,  
del viejo Olimpo entre los dioses todos,  
cayó una diosa más, la diosa Roma;

Esa diosa que echó sobre el imperio  
la inmensa losa de la paz romana,  
que hoy ignora, al dormir bajo Tiberio,  
bajo que rey despertará mañana.

¡Que muera, pues, y que con ella expire  
la razón sin razón de la victoria!  
¡Que se hunda ahí, para que al fin respire,  
cansado el mundo ya de tanta gloria!

De este modo al imperio y a los hados,  
y al viejo Elíseo y al antiguo infierno,  
en quietud insufrible sepultados,  
a todos los fue uniendo el sueño eterno.

Un dios tras otro hacia el no ser avanza,  
y con ellos después, la nada encierra  
la vanidad, la ira, la venganza,  
la esclavitud, las castas y la guerra,

Para siempre extinguiéndose, y envueltos  
de gotas de astros en la inmensa lluvia,  
caen pueblos y Césares, disueltos  
en aquel mar de mundos que diluvia.

Y con ellos, los ídolos caían  
del galo, el indo, el griego y el romano,  
en las pardas tinieblas que se hundían,  
como el fango que se hunde en un pantano.

Se oyó, al fin, de la nada en el vacío  
un grito general, áspero y fuerte  
Después ¡silencio, lobreguez y frío,  
noche, reposo, soledad y muerte!

Vagando, no del todo evaporados,  
circulan, aun dispersos, por la esfera  
los átomos de mundos destrozados  
mas después, ni los átomos siquiera.

Así, desde el reinado de Tiberio,  
no dejando más huellas que sus nombres,  
fueron sólo el Olimpo y el imperio  
un eco en la memoria de los hombres.

Y el Cristo, ante los justos, olvidando  
del mundo antiguo el funeral destino,  
la mano en el vacío adelantando,  
-¡Vamos! -dice, y prosiguen su camino.

#### Escena XLV

##### *Descendió a los infiernos*

EL CRISTO. -LOS ÁNGELES. -JESÚS EL MAGO. -LOS SANTOS PADRES. -  
HONORIO. -LOS NIÑOS DEL LIMBO. -LOS CONDENADOS.

In inferis.

#### ARGUMENTO

Siguen su camino el Redentor y los que le esperaban en el Seno de Abrahán, y salen de la nada. Llegan al Limbo, y los niños cercan al Cristo pidiéndole que los salve. El Hijo envía un ángel al Padre a implorar de su misericordia que le permita redimirlos, como al hombre, con otra nueva crucifixión; pero el ángel vuelve, y de orden del Padre le manda continuar su camino. Crucifixión moral del Cristo por no poder redimir a los niños que murieron sin bautismo. Pasan cerca del verdadero infierno, donde el Rico Avariento, en nombre de los condenados, pide al Cristo que los redima en el infierno, como al hombre en la tierra Nueva crucifixión moral de Jesucristo. Saliendo del infierno, se abraza a la cruz en que fue crucificado, como si fuese un lugar de descanso, hallando más intolerable el dolor moral que el mal físico.

Ruego del inmenso amor del Hijo a la infinita justicia del Padre. La vida del hombre es una verdadera expiación de sus culpas y pecados.

Cuando detrás del Redentor seguían,  
formando líneas de ondulantes eses,  
las sombras de los justos parecían  
una larga alameda de cipreses.

De la nada cruzando el hondo abismo,

gime el Cristo al andar, de trecho en trecho,  
y hablando va como consigo mismo,  
con los brazos cruzados sobre el pecho.

Hallando al fin de una penosa vía,  
entre un vapor como la sombra leve,  
el limbo de los niños, que tenía  
el color blanquecino de la nieve,

Miran cercar al Redentor divino  
a los niños, cual pálidas y huecas,  
llevadas por la brisa en torbellino,  
amarillentas van las hojas secas.

Sigue Cristo a los niños contemplando  
con alma tierna, de dolor partida;  
y los niños le ven, como mirando  
la primera esperanza de la vida.

Con inmensa bondad, piensa el Ungido  
en juntar un tormento a otro tormento,  
de las hondas heridas que ha sufrido,  
ensangrentado aun su pensamiento.

Y tanto la orfandad, el Cristo siente,  
de los niños, que imploran de rodillas,  
que el sudor que corría por su frente  
inundó sus escuálidas mejillas.

-¡Bendíganos! dice uno, el que bendice.  
-¡Redímenos! grita otro; y el Dios santo,  
-Ve al cielo y ruega al Padre, a un ángel dice,  
que los pueda salvar o me dé llanto.-

Lleva el mensaje a la mansión divina  
de aquél que es siempre del amor espejo,  
el ángel, que tras sí, cuando camina,  
va dejando una luz como un reflejo.

De este modo aquel mártir voluntario,  
que ayer su sangre por el hombre vierte,  
comienza de su espíritu el calvario,  
dolor moral, crucifixión sin muerte.

Aguarda al ángel con profundo anhelo;  
alza sus brazos cárdenos y enjutos,

y al Padre suplicando, mira al cielo,  
devorando unos siglos de minutos.

Mas pronto por los aires, rutilante,  
volviendo triste el ángel mensajero,  
le dice de rodillas: «¡Adelante!  
la justicia de Dios es lo primero.

»¡No quieras redimirlo irredimible,  
ni olvide tu alma, a perdonar propicia,  
que es el Dios del perdón el Dios terrible,  
grande en bondad e inmenso en su justicia!

»Quiere sólo, Señor, lo que ha querido  
tu eterno Padre y nuestro Dios augusto,  
porque siempre ha de ser, como ya ha sido,  
mientras Dios sea Dios, lo justo justo.»

Los ojos levantando a las estrellas  
con profundo dolor Cristo, obediente,  
cruzó las manos, saludó con ellas,  
y prosiguió marchando tristemente.

Al mirar que los justos se alejaban,  
a sus madres llamando sin consuelo,  
los niños de rodillas exclamaban:  
-¡No hay piedad en la tierra ni en el cielo.

-¡Señor, Señor! el ángel le decía,  
¡no dejes que te abata la tristeza!-  
Pero el Cristo, al andar, no se atrevía  
a volver, por no verlos, la cabeza.

Después, como la boca de un gran horno,  
el infierno mayor ven entreabierto,  
y sienten, al pasar, un gran bochorno,  
cual un viento de fuego del desierto.

Viendo el Cristo aquel antro tan horrible,  
la fuente de sus lágrimas se agota,  
y al ver tanto dolor irredimible,  
paladeaba el martirio gota a gota.

Y allí los condenados acudieron,  
y en torno de ellos, con inmenso ruido,  
tantos fantasmas con dolor rugieron,

que hasta de Job se estremeció el oído.

Cuando al Cristo la turba a ver alcanza,  
ciega, a pedir su redención se alienta,  
allí donde ni un rayo de esperanza  
ilumina una cara amarillenta.

Y al ver todos que el célebre avariento  
imploraba del Cristo la ternura,  
casi casi gustaron un momento  
una calma en su inmensa desventura.

-¡Redímenos, Señor! gritan en masa,  
en bronco acento, las malditas gentes,  
ya que abre tu poder, por donde pasa,  
de amor y de bondad plácidas fuentes.-

Y los ángeles dicen: -¡Adelante!-  
mitigando piadosos sus quebrantos,  
mientras Cristo mostraba en su semblante  
la sublime tristeza de los santos.

De su moral crucifixión rendido,  
el Cristo respondió con labio inerte:  
-Yo no os traigo el perdón; el vuestro os pido.-  
Y pálido siguió como la muerte.

Para escapar de la legión maldita,  
mirando al Cristo, de valor escaso,  
Jesús el Mago ante el maestro grita:  
-Abrid de Dios a la justicia paso!-

Del día en que nacieron blasfemaban,  
y el seno maldecían de su madre;  
y rumiando su cólera, gritaban:  
-¡Ni Jesucristo es Dios, ni Dios es Padre!-

Y Jesucristo Dios, cuando esto oía,  
hacia un lado volvía la cabeza,  
pues más que ver sufrir, sufrir quería,  
prefiriendo el dolor a la tristeza.

Después el Cristo, de sufrir cansado,  
sustraído al desprecio y al insulto,  
fue andando, por los ángeles cercado,  
entre su inmensa irradiación oculto.

Su sed de sacrificios no saciada,  
Cristo, entre tanto, con dolor se abisma  
en la paciencia, esa virtud amada,  
que saca la ventura de sí misma.

Marchando hacia la luz de las estrellas,  
las almas tras su Dios, con paso lento,  
andando fueron, sin dejar más huellas  
que las aves que cruzan por el viento.

Cuando, al salir el Cristo, en su agonía,  
miró del cielo hacia el azul sombrío,  
vuelto a su Padre celestial, decía:  
-¿Dónde estarán las lágrimas, Dios mío?-

Saliendo el Redentor tres veces santo  
de la negra mansión, al sol cerrada,  
por el ajeno mal sufría tanto,  
que ya no padecía casi nada.

Y no pudiendo hallar ni dar consuelo,  
dijo al pie de la cruz el que, afligido,  
sintió después, hasta en el mismo cielo,  
el peso de un dolor desconocido:

«No castigues, mi Dios, detén tu mano.  
La culpa lleva en sí su propio azote.  
Es de sí mismo el corazón humano  
la víctima, el altar y el sacerdote.

»Vuelve a mis hombros, celestial madero.  
¿Dónde hay carga mayor que la existencia?  
El peso de la cruz es bien ligero  
ante el peso moral de la conciencia.

»Ayer, por redimir almas perdidas,  
dejé la vida en ti crucificado;  
mas hoy, sin redimir, gastó mil vidas  
mi corazón, de angustia gangrenado.»

Rogando al Padre así, baja la frente;  
y el que muerte en la cruz sufrió con calma,  
hoy a su pie cayendo, llora y siente,  
tras la pasión del cuerpo, la del alma.

En torno de él, con aire funerario,  
tanto número de ángeles veía,  
que con sus blancas alas, el calvario  
cubierto por la nieve parecía.

Y a un fulgor de la luna mortecino,  
después hacia el sepulcro caminaba,  
y un arcángel, mostrándole el camino,  
como se guía a un niño, le guiaba.

Y al fin, con el dolor de otra agonía,  
a su tumba volvió desfallecente,  
el que ocupó, saliendo al tercer día,  
la diestra de Dios Padre eternamente.

#### Escena XLVI

#### *María de Bethania*

MARÍA DE BETHANIA. -JESÚS EL MAGO. -HONORIO.

La tumba de Lázaro.

#### ARGUMENTO

Muestra Jesús el Mago a Honorio los sitios por donde llevaron preso a Cristo. Luego le conduce al sepulcro de Lázaro, donde dejó dormida a María de Bethania. La despierta Jesús el Mago, y vuelve a hacer andar al tiempo que había hecho retroceder hasta la noche del primer Viernes Santo. Viendo pasar el tiempo, va leyendo María la historia, y ve la muerte de Cristo, después a los evangelistas, luego a los apóstoles, los mártires, los santos, los doctores y los héroes cristianos. Ve también los hechos de Jesús el Mago. Suena la trompeta del Juicio, a que son llamados los personajes del poema, y Honorio sigue a Jesús el Mago y a María de Bethania hacia el valle de Josafat.

Dice a Honorio Jesús, enternecido:

«Allí dejé la túnica escapando,  
y porque Dios piadoso lo ha querido,  
me sobrevivo a mí, ya sé hasta cuándo.

»Premiando allí mi religioso celo,  
me dijo el Redentor: -Presente o ausente,  
sígueme por la tierra y por el cielo,  
invisible o visible, eternamente.-

»Encontrando, al volver, a mi adorada

allá rendida al sueño, por mi mano  
la traje aquí, dormida y encantada,  
a la tumba de Lázaro, su hermano.

»Yo adoraba a María, cariñoso,  
y ella a mi fe correspondía, tierna,  
con ese amor del corazón piadoso,  
que es en la vida una costumbre eterna.»

Y apartando la roca de la entrada,  
Jesús y Honorio hallaron, aquel día,  
dormida, al mismo tiempo y encantada,  
en la tumba de Lázaro, a María.

Sordo, en el hueco de la peña rota,  
ni lleva un son el viento ni lo trae,  
mientras rezuma en él la eterna gota,  
que amenaza caer, pero no cae.

Como dentro de una ánfora de arcilla,  
sentada en el sepulcro de su hermano,  
con el codo apoyado en la rodilla,  
y la barba en la palma de la mano,

A María, soñando, recostada,  
con el rostro encontraron descubierto,  
tan fresca como el agua presentada  
por un ángel a Agar en el desierto.

Cubría, como espléndido tocado,  
una gasa rayada su cabeza,  
cuyo extremo, cayendo por un lado,  
aumentaba, si cabe, su belleza,

-¡Despiértate! ¡Despiértate, María!-  
Jesús le dijo, y a su voz amada,  
se despertó la joven, que dormía,  
por más de quince siglos encantada.

Ella siempre apacible, y él risueño,  
lo mismo que una hermana y un hermano,  
como si fuese al despertar de un sueño,  
se cogieron entrambos de la mano.

De su boca, después, medio entreabierta,  
roja como la flor de la granada,

viendo a Honorio en penumbra hacia la puerta,  
lanzó un suspiro de paloma ahogada.

Mientras Jesús la mira, satisfecho,  
al fuego de sus púdicos amores,  
de ella, ondulante, el agitado pecho,  
mueve el collar de piedras de colores.

Como el tiempo obediente, y semejante  
a una niebla que sombras proyectaba,  
fantástico, hacia atrás y hacia adelante,  
cual un río de luz, se deslizaba;

A la voz de Jesús, dulce e imperiosa,  
volvió a marchar el tiempo detenido,  
y jamás, al volar, la mariposa  
los céfiros cruzó con menos ruido.

-¡Andad! -siguió Jesús, y vio María,  
concentrándose el tiempo y la distancia,  
una faja de niebla, que corría  
tan vaga como un sueño de la infancia.

Renovando después, sin dejar huella,  
de todo lo pasado la memoria,  
corriendo el tiempo por ante ellos y ella,  
como un lienzo sutil pasó la historia.

Honorio con encanto la escuchaba,  
sonreía Jesús, mientras María,  
mirando aquella gasa que pasaba,  
cual si fuese sonámbula, decía:

«El que da al cojo pies, al sordo oídos,  
al malo bendición, luz al que espera,  
que aboga por los seres afligidos,  
y a todos los culpables regenera,

»Muere en la cruz, siendo del pobre hermano,  
del enfermo salud, del ciego día,  
tutor del niño, apoyo del anciano,  
guardián del loco, y del imbécil guía.»

Viendo a Dios redimir, con pena tanta,  
a todo humano ser que débil peca,  
la voz se le anudaba en la garganta,

y tenía la boca ardiente y seca.

Nombra después las cosas y los hombres  
en un éxtasis plácido o terrible,  
y de ellos parecía que los nombres  
le dictaba un espíritu invisible:

-¡Mateo! ¡Marcos! ¡Lucas! ya ilumina  
a los pueblos gentiles vuestra ciencia,  
y siembra Juan la fraternal doctrina  
que inspira la equidad y la clemencia.-

Continuando su espíritu, embebido  
en el encanto aquél, de su alma dueño,  
esto añade, entre frases sin sentido,  
cual respondiendo al diálogo de un sueño:

-¡Venciendo siempre con la paz la guerra,  
con diligente pie, con fuerte mano,  
Pedro y Pablo ya borran de la tierra  
la pisada indeleble del romano!...-

Y murmuraba así distintamente,  
expresando su amor o sus enojos,  
palabras que veía con la mente,  
coloquios que escuchaba con los ojos:

-¡El gran mártir Esteban! ¡Y Lucía,  
cuya alma admira y cuya voz encanta!  
¡E Inés, y Eulalia, y Úrsula! seguía,  
¡un ángel! ¡una mártir! ¡una santa!...-

Y al ver que cruzan por el aire vano,  
de mártires y vírgenes los coros,  
del corazón detiene, con la mano,  
los latidos profundos y sonoros.

-¡Ved a Tomás, tan sabio como honesto  
angélico doctor! -siguió, encantada;  
y miraba con ansia, al decir esto,  
un objeto invisible su mirada.

Conforme el lienzo aquel, una por una,  
las glorias todas al pasar bosqueja,  
la rueda ve girar de la fortuna,  
que levanta, derriba, toma y deja.

La sangre inútil que vertió la gloria,  
con ojos por la pena entristecidos,  
ve en el lienzo pintado de la historia,  
donde están vencedores y vencidos;

Y al mirar tan atroz carnicería,  
sintiendo una evangélica tristeza,  
-¡He aquí la gloria! -prorrumpió María,  
e inclinó pensativa la cabeza.

Y continuó después: -Allí mostrando,  
en cuerpo juvenil, ánimo fuerte,  
va la de Arco a los héroes enseñando  
que honra la vida el despreciar la muerte.-

Y al vago curso de la gasa aquella,  
viendo, admirada, de Jesús el celo,  
sus hechos fue leyendo a través de ella,  
cual detrás de una luz se mira un velo.-

Y «Bien, Jesús! -decía, entusiasmada,  
María de Bethania; -no lo dudes:  
excepto el obrar bien, no importa nada;  
pasa la gloria y quedan las virtudes.

»Y, pues, sembraste la virtud sin gloria,  
diste el favor, y se ocultó tu mano,  
mereces bien de mi alma, de la historia,  
de ti, de Dios y el corazón humano.

»Que vertieses semillas de consuelo  
sobre el trono del sol, Cristo dispuso,  
desde el gran día en que entre tierra y cielo  
la sangre de Jesús Dios interpuso.»

Fue encantada y feliz, viendo aquel día  
doctores, santos, héroes y ermitaños,  
y en óptica ilusión vivió María,  
en un día, la vida de mil años.

Llegando aquí, las rocas se cuarteán  
a un gran rumor tan lúgubre y tan fuerte,  
que en la cueva en que están, revolotean  
los siniestros terrores de la muerte.

Al escuchar Jesús tan claro indicio  
de algún caso inaudito, sobrehumano,  
«¡María! -prorrumpió, -vamos a juicio,  
nosotros, Paz, Honorio y Palaciano.

»¡Feliz, pues, muero! ¡Sígueme, María!»  
Y detrás de Jesús, María avanza.  
«¡Ánimo, Honorio, y vamos! -proseguía;-  
¡con la ayuda de Dios todo se alcanza!»

Dando a Honorio la fe que en ellos arde,  
se acercan al Cedrón con pie seguro,  
ya envueltos por la bruma de la tarde,  
bruma de perla de color oscuro.

En pos de ellos Honorio caminando,  
de la tarde a los últimos fulgores,  
paso a paso los sigue recordando  
las culpas de sus vidas anteriores;

Pues piensa ver la eléctrica hermosura,  
ceñida en torno de la verde palma,  
de aquella que ama con feroz ternura,  
con la fe de la carne y la del alma.

Cuando su cuerpo columbrar creía,  
se ahogaba de placer, sintiendo estrecho  
aquel hueco espacioso que tenía,  
latiendo el corazón, dentro del pecho.

Nunca Honorio temió; mas cuando enfrente  
del Dios del cielo y de sus culpas se halla,  
le inquieta ese cuidado que se siente  
la víspera de un día de batalla.

Cuando en pos de Jesús iba María,  
del valle angosto hacia el recinto santo,  
una niebla de luz los envolvía,  
que, pareciendo un sueño, era un encanto.

## Escena XLVII

### *La última cuenta*

PAZ. -HONORIO. -SOLEDAD. -JESÚS EL MAGO. -MARÍA DE BETHANIA.

El valle de Josafat.

## ARGUMENTO

Llamados a juicio Soledad, Paz, Honorio y Palaciano, los que murieron aquel día acuden también al valle de Josafat al oír la trompeta del ángel. Éste los invita a presentarse al Juez Supremo para ser juzgados; pero todos se niegan a presentarse a Dios voluntariamente y huyen espantados. Al entrar Honorio en el valle ve a Soledad, que llega en espíritu y sin el cuerpo, que un día aniquiló ella misma transformada en rayo. Se lamenta Honorio de verla convertida en espíritu puro; y entonces Satanás se le aparece y arroja sobre él el rayo impregnado en las cenizas de Soledad, y recogido por él en el infierno, adonde bajan todos los rayos que caen del cielo, para estrellarse sobre la frente de Satanás. -Exaltación y fuga de Honorio, hasta que cae rendido cerca del huerto de Gethsemaní.

Mientras reinaba una quietud completa,  
llamando a Paz, a Honorio y Palaciano,  
el ruido se escuchó de una trompeta,  
espantoso, inaudito, sobrehumano.

Jesús el Mago y la ideal María  
con ellos van también, cuando los llama  
de Josafat al valle, en aquel día,  
el Dios que sufre, que perdona y que ama.

Creando el juicio universal llegado,  
grupos de muertos al Cedrón sombrío  
acuden por un lado y otro lado,  
como van los arroyos hacia un río.

Vuelta hacia el suelo la fulgente espada,  
de una sublime palidez cubierto,  
un ángel, colocándose a la entrada,  
dejó de par en par el valle abierto.

Van los muertos llegando uno por uno,  
su larga cuenta a liquidar postrera;  
mas no entra allí con voluntad ninguno,  
por más que el ángel dice: Entre el que quiera.

Nadie al Cedrón con voluntad desciende  
para saber, en su terrible imperio,  
la postrera verdad, que el hombre aprende  
en la hora del último misterio.

Los muertos con terror ven de soslayo  
aquel Dios que penetra el pensamiento,  
que parte el universo con un rayo,  
y su polvo infeliz siembra en el viento.

Espanta a su razón, siempre turbada,  
la justicia tan justa como tierna,  
que da, en cambio del don de una nonada,  
el don feliz de una ventura eterna.

De aquel valle, a que tantos acudían,  
campo final de las humanas glorias,  
las faldas de los montes parecían  
barrancos de cenizas y de escorias.

Cayendo de un impío y de otro impío,  
se ve, de su terror presagio cierto,  
bajar por el Cedrón de llanto un río,  
que a perderse después corre al mar Muerto,

Para emprender sin miedo aquella entrada,  
no hay limpio corazón ni pecho fuerte;  
pues, al aspecto del Cedrón, son nada  
estos hondos terrores de la muerte:

¡El rayo que destroza, cuando brilla,  
el techo paternal siempre adorable!  
¡La corriente que arrastra la barquilla  
a un escollo del mar inevitable!...

¡La gota con más hiel de nuestro llanto!  
¡El incendio voraz que en torno estalla!  
¡El insomnio que sigue a un gran espanto!  
¡La hora que precede a una batalla!...

¡Lo que inventa un cerebro delirante!  
¡La decepción de una esperanza cierta!  
¡El bandido que acosa al caminante,  
que con la punta del puñal despierta!...

¡Punto negro que anuncia la borrasca!  
¡Pavoroso reptil que silba fiero!  
¡El hielo frágil que, al romperse, chasca  
bajo el peso del pie de algún viajero!...

¡El espectro del pálido asesino!

¡El lobo que olfateándonos aúlla!  
¡Fiero el león que ruga en un camino!  
¡El tigre vil que en el juncal maúlla!...

¡Pena imprevista que de horror nos hiela!  
¡Sierpe que oculta se desliza y mata!  
¡La nave que es llevada a toda vela  
al borde de una inmensa catarata!...

¡El cercano volcán que ondea inquieto!  
¡El último ¡ay! de la postrer tortura!  
La vista de un fantasma en esqueleto  
en medio de una ardiente calentura!...

¡Los muertos que, al pasar, dejan los ríos!  
¡La inundación que arrastra las cabañas!  
¡Cuanto causa en la sangre escalofríos,  
cuanto tuerce y destroza las entrañas!...

¡Más que todo esto, el corazón asusta,  
al llegar a su trono de esplendores,  
la justicia tan tierna como justa  
del que vino a salvar los pecadores!

El ángel de la entrada inútilmente,  
cual Moisés a la zarza, les decía:  
-¡Dios está ahí! -pues hasta el más valiente,  
de miedo de dar cuenta, se volvía.

-¡Dios está ahí! -con faz de moribundo,  
temiendo del Señor a la presencia,  
va diciendo este a aquél... y es que en el mundo  
es un juez implacable la conciencia.

Cuando su voz los ecos repetían,  
era tal su temor, que a voz en grito,  
bajando las cabezas prorrumpían:  
-¡Desplomaos, montañas de granito!-

Temiendo oír una fatal sentencia,  
ninguno para entrar la planta mueve;  
que la cuenta final de la existencia  
nadie con Dios a liquidar se atreve.

Y es que tal vez más hondo que ese valle  
es de nuestra alma el insondable abismo,

pues no hay un solo ser que en calma se halle  
frente a frente de Dios y de sí mismo.

De horror sobrecogidos, y sintiendo  
el torcedor que parte las entrañas,  
van huyendo del valle y repitiendo:  
-Caed sobre nosotros, ¡oh montañas!-

Y con ellos también, despavoridas,  
al ver tanto terror, huyen algunas  
de esas almas que, estando arrepentidas,  
son buenas como niños en las cunas.

¿Qué falta eterna, original, se encierra  
del corazón en el profundo abismo?  
¡Dios de amor! ¡Dios de amor! ¿no hay en la tierra  
un hombre que este en paz consigo mismo?

Vio Honorio a Palaciano que llegaba,  
y hacia el valle con fe marchó derecho;  
y al ver que Paz, guiándole, pasaba,  
quiso saltar su corazón del pecho.

Pasó María, y a Jesús el Mago  
viendo Honorio también, gritó afligido:  
-Tenía en este mar en que náufrago  
una tabla a que asirme, y la he perdido.-

Después, como una estrella, por Oriente  
ve a Soledad hermosa apareciendo;  
y mientras él la mira indiferente,  
ella le ve llorando y sonriendo;

Y al presentir Honorio que venía  
de su martirio a recibir la palma,  
prorrumpió con más tedio que agonía:  
-No me queda ya de ella más que el alma!

Viendo acercarse con mortal desmayo  
su espíritu sutil como el vacío,  
-¡Destruído aquel día por el rayo,  
viene sin cuerpo! -dice, y ¡siente frío!

«¡Oh sol sin luz! -entre angustiado y fiero,  
viendo el alma sin cuerpo, se decía.-  
¡No quiero en mí su espíritu; yo quiero

esconder en su cuerpo el alma mía!

»¡Hoy, sin carne en su frente inmaculada,  
de aquel cielo de amor astro remoto!  
¡Ya es la sola adorable y adorada,  
bella flor sin aroma, espejo roto!»

De Satanás surgiendo la figura  
del fondo del abismo de repente,  
de Honorio al lado con horror fulgura,  
cual brilla del volcán la lava ardiente.

«¡Gloria -dice- al que en honda simpatía  
oye entre goces de placer febriles  
la pasión tempestuosa que oyó un día  
rugir en sus ensueños juveniles!

»Desde que yo, con el infierno en guerra,  
perdí, rebelde al cielo, la batalla,  
todo rayo de Dios cae en la tierra,  
baja, y al fin, sobre mi frente estalla.

»De tu carnal pasión prendado un día,  
te recogí este rayo en el infierno,  
que aniquiló aquel ser que es todavía  
tu incurable dolor, tu amor eterno.

»En cambio de este don, ven a ser mío:  
toma, y bendice de tu amor la estrella,  
sabiendo que es el rayo que te envió,  
fuego impregnado en las cenizas de ella.»

Del rayo a los siniestros resplandores,  
arde el alma de Honorio, conmovida,  
renovándose en ella los ardores  
del grande amor de su primera vida;

Y cuando de él en torno el rayo luce,  
en su semblante, con feroz ternura,  
una dicha espantosa se trasluce,  
elevada hasta el grado de locura.

-¡Esto es sentir! ¡Esto es sentir!, -decía,  
tal vez lleno de horror, pero contento,  
pues era de aquella alma, un tanto impía,  
la tempestad de amor, propio elemento.

Y por su amor febril arrebatado,  
corría ciego, inquieto, vagabundo,  
preguntando por ella, enamorado,  
a todos los rumores de este mundo.

Miró a Jerusalén al occidente;  
mas de ella huyó sin dirección alguna,  
y del Cedrón atravesó el torrente  
a los pálidos rayos de la luna.

-¡Esto es sentir!, -arrebatado y ciego,  
grita con voz por la emoción turbada.  
-¡Este insomnio, este vértigo, este fuego,  
son de la vida la embriaguez sagrada!-

Y de todas sus vidas anteriores  
sintiendo el rapto, el fuego y la osadía,  
hasta el huerto, corrió, de los Dolores,  
y a la cueva, llegó, de la Agonía.

Y aturdido entre dichas y pesares,  
cada vez más febril, más tumultuario,  
de la santa Pasión por los lugares,  
de su inmenso dolor siguió el Calvario;

Y hacia el sitio en que allá, del horizonte  
la esfera azul el Olivete cierra,  
al Este del Cedrón y al pie del monte,  
Honorio paró al fin, cayendo en tierra.

Y al gozar en su insomnio violento  
todo el placer de su pasión mundana,  
quemándole el oído con su aliento,  
le dijo Satanás: -¡Hasta mañana!-

#### Escena XLVIII

##### *El poder de una lágrima*

JESÚS EL MAGO. -MARÍA DE BETHANIA. -PAZ. -HONORIO. -SOLEDAD. -  
PALACIANO Y COROS DE ÁNGELES.

El monte de Olivete.

## ARGUMENTO

Honorio vuelve en sí y se dirige hacia el monte Olivete. Ve subir al cielo, entre coros de ángeles, a María de Bethania, a Jesús el Mago, a Paz y a Palaciano. Al ver a Soledad convertida en espíritu puro, echa de menos su forma carnal; y recordando que la tierra es la depositaria de su cuerpo, la besa enternecido, prefiriéndola al cielo. Se abre la boca del infierno para recibirle, Jesús el Mago le invita a mirar hacia el cielo para que vea el dolor de su madre. Ésta derrama una lágrima de dolor; Soledad la recoge, vuela hacia Honorio, y la deja caer sobre su frente. Honorio se siente arrepentido al contacto del llanto de su madre. Derrama él otra lágrima, a cuyo contacto se cierra la boca del infierno, y Honorio, descargando en la lágrima el peso de sus pecados, sube al cielo en compañía de su madre.

Cuando al soplar restaurador del viento  
Honorio vuelve en sí, brilla la aurora,  
y todavía, aunque de fiebre exento,  
la nostalgia del mundo le devora.

Después que al Sur, sin guía ni reposo,  
dejando el valle del Cedrón, camina,  
subiendo el sol del Asia esplendoroso,  
ya dora el cielo azul de Palestina.

Llevando hacia el desierto sus cuidados,  
dejó a Jerusalén, y vio delante  
los misteriosos montes azulados  
que se iban aplanando hacia Levante.

Ve del monte Olivete hacia la altura,  
de viñas festoneadas sus laderas;  
verdadera maceta de verdura,  
de olivos, de granados y de higueras.

Aunque es inmenso su dolor, camina  
con la altivez del corazón culpable,  
al cual aun deja la bondad divina  
presentir su sentencia favorable.

Desde la falda del sagrado monte  
ve a Jesús, de María acompañado,  
de Palaciano y Paz, y el horizonte  
de guirnaldas de arcángeles cuajado.

Cruzan en grupo las etéreas salas,  
como hiende las olas la barquilla,  
que apenas deja ver sus blancas alas  
a aquellos que se quedan en la orilla.

El iris muestra en alternado brillo  
la hermosa escala del color completa,  
el rojo, el naranjado, el amarillo,  
el verde, azul, añil y violeta.

Brilla del iris el divino efluvio,  
cual símbolo de unión y de esperanza,  
que es siempre, desde el día del diluvio,  
entre la tierra y Dios lazo de alianza.

Rodeados ya de esta inmortal diadema,  
ven todos que, por Dios glorificados,  
del iris en la cúspide suprema,  
Estáis -dice un letrero- perdonados.»

Cuando al cielo apacibles ascendían,  
Honorio los veía tristemente,  
que uno de otro seguidos, parecían  
blanco surco de luz al sol de Oriente.

Mira al grupo, y de pronto enternecido,  
entre ellos ver a Soledad alcanza,  
que aun lo contempla, el corazón henchido  
de fe, de caridad y de esperanza.

Y al ver a Soledad, cuya belleza  
fue la causa dichosa de sus males,  
la ebullición sintiendo en su cabeza  
de todos los pecados capitales,

«¿Por qué -dice- a ese trono de esplendores  
quiere arrastrarme su inmortal anhelo,  
si, cual son invencibles, mis amores  
lo vencen todo, hasta el amor al cielo?

»¡Vedla adornada con la eterna palma,  
hoy sin encanto, aunque cual antes bella;  
espíritu sin voz, alma sin alma...  
Su ser no es ese ser, ella no es ella!

»Daría, en mi profundo desconsuelo,  
por su cuerpo mortal su alma divina!  
¿Qué culpa tengo yo, si aun frente al cielo  
la nostalgia del mundo me domina?

»¡No quiero ser sin el amor salvado!  
Prefiero a aquella vida esta existencia,  
pues respiro en la tierra que ha pisado  
un no sé qué de su divina esencia.

»¡Del mundo por los márgenes floridos  
su cuerpo quiero ver, o vivo o muerto,  
pues, sin verla y tocarla, mis sentidos  
el paraíso encontrarán desierto!

»¡Oyendo de los ángeles el coro,  
que ornan el cerco de su eterna palma,  
yo la adoro sin fin; pero la adoro  
con la fe de la carne y la del alma!

»¡Dejad que al seno de la tierra unido  
por mi febril pasión, renuncie al cielo,  
y por mi goce terrenal vencido,  
pues su polvo está en él, que bese el suelo!...»

Y lo besó, y en el instante mismo,  
en la falda del monte calcinado,  
de Honorio ante los pies se abrió un abismo,  
cual la boca de un cráter apagado.

Ciego y carnal, para aspirar furioso  
el fuego impuro de su amor eterno  
se asoma al subterráneo tenebroso  
que sirve de vestíbulo al infierno.

Y aspirando el amor que da la muerte,  
hasta a mirar al cielo se resiste...  
Pero Honorio, dichoso con su suerte  
en medio de su dicha estaba triste.

Como a su genio natural se junta  
el ardor infernal de sus sentidos,  
no mirando a su madre, en él despunta  
la altivez de los ángeles caídos.

Entristeciendo el general contento,  
cual negro nubarrón en claro día,  
sólo de Honorio el inmortal tormento  
este cuadro de gloria oscurecía.

¡Silencio general! Después cruzando,

cual fantasma invisible, por la esfera,  
Jesús el Mago murmuró, pasando:  
-Prepara tu alma, Honorio; el cielo espera.-

Al ver que pertinaz no se arrepiente;  
cual perfumes del cielo, hacia el impío  
las miradas de todos santamente  
cayeron a manera de rocío.

Y Jesús, -arrepíentete, seguía,  
¡vuelve el alma hacia Dios, álzate y vamos;  
no olvides en la tierra, proseguía,  
a aquellos que en el cielo te esperamos!-

Y continuó Jesús: -¡Antes que amases  
con el ardor de tan furioso anhelo,  
tu madre te enseñó que levantases  
las manos y los ojos hacia el cielo!-

Y elevando los ojos, obediente,  
sin esperanza ni humildad alguna,  
de su madre brillar miró la frente,  
como una estrella encima de su cuna.

Lo ve la madre, y en sus ojos bellos,  
el sol afortunado de aquel día  
ve cuajarse una lágrima, que en ellos  
un hermoso diamante parecía.

Recogiendo en la copa de sus palmas  
la rica perla que la madre llora,  
Soledad, con encanto de las almas,  
robándole sus alas a la aurora,

Se alejó, y sobre Honorio impenitente,  
cariñosa y gentil detuvo el vuelo,  
la lágrima soltó, cayó en su frente,  
brotando en ella de fulgor un cielo.

Y un -¡ay! -sintiendo indefinible encanto,  
de pecador arrepentido lanza,  
y diviniza su dolor el llanto,  
mezclándolo a aquel ¡ay! que a Dios alcanza.

Y otra lágrima, amarga cual la muerte,  
residuo del amor que le oprimía,

vierte Honorio también, y en ella vierte  
la nostalgia del mundo que sentía.

Y Satanás, al pecador buscando,  
sube, se espanta, baja, el cráter cierra,  
y la lágrima ahoga, rebramando  
en su encendido corazón la tierra.

Cruzando el antro del profundo averno,  
la lágrima de Honorio ardiente avanza,  
y raya de la puerta del infierno  
el -¡Dejad al entrar toda esperanza!-

Ve luego Honorio que sus miembros flotan,  
sin el peso fatal de sus pecados,  
por el azul donde los mundos brotan,  
como brotan las flores en los prados.

Con su piadosa fe, mientras subía,  
amante a Honorio Soledad guiaba,  
cual si fuese la estrella que algún día  
en un establo de Belén brillaba.

De entrambos hijos, con amor, sus manos  
las tiernas manos de la madre enlazan,  
y con mutuo cariño los hermanos,  
dándose el beso de verdad, se abrazan.

Cuando en medio de angélicas bellezas  
una niebla de luz los envolvía,  
de Honorio y Palaciano en las cabezas  
Paz gozosa las manos imponía.

Ya aliviado del peso del pecado,  
Honorio sube al celestial asiento,  
por su hermano y su madre idolatrado,  
agradecido a Dios, de sí contento.

Desde la tierra hasta la eterna lumbre,  
ascendiendo también, mientras subían,  
a las plantas de Paz allá en la cumbre,  
como dos ríos de ángeles, se unían.

La triste Soledad, ahora risueña,  
ángel de paz, divino mensajero,  
conforme van andando, les enseña

de las luces el mundo verdadero.

¡Salud, ciudad celeste, edificada  
sobre esferas de vivos resplandores,  
deshecha a cada instante, y renovada  
entre un caos informe de colores!

¡Jerusalén de luz, donde parecen  
las gasas de vapor, muros brillantes,  
en la cual entre soles nacen, crecen,  
cúpulas de oro y puertas de diamantes!

¡Cuyos arcos y bóvedas agotan  
los brillos todos de la luz del día,  
que lucen, mueren, y de nuevo brotan  
bajo formas más ricas todavía!

¡Allí mora el gran Dios, de que están llenos  
los mundos y los cielos superiores;  
el que enseña a los malos a ser buenos,  
y a los buenos enseña a ser mejores!

¡El que ama al triste, y el que al débil guía;  
el que cuida a las almas perdonadas,  
el que cambia la injuria en simpatía,  
devolviendo a la vaina las espadas!

El fuerte a quien no hay llanto que no ablande!  
el Dios que pone con bondad su mano  
entre el pobre y la cólera del grande,  
entre el pueblo y la espada del tirano!

Y cuando el grupo de ángeles se abisma  
allá por las regiones inflamadas,  
y cual manchas de luz en la luz misma,  
ya iban en Dios las almas engolfadas.

Dice el Mago Jesús, que va delante,  
con la mano hacia Dios siempre tendida,  
para enseñarle a Honorio la brillante  
ciudad, en los espacios encendida:

-¡Mira el por qué y el cómo embelesado,  
hacia ti y Soledad, tendí mi vuelo;  
poema que, en la tierra comenzado,  
acaba, al fin, cantándose en el cielo!-

FIN DEL DRAMA UNIVERSAL